

Belleza Negra





# Belleza Negra

Autobiografía de un caballo

Anna Sewell



Editorial Gente Nueva

Obra recomendada por el Programa Nacional de la Lectura,  
Biblioteca Nacional José Martí.

Título de la obra original en inglés: *Black Beauty. The autobiography of a horse.*

Ediciones de base: *Black Beauty*. Cleveland, The World Publishing House, 1946.  
*Azabache*. Buenos Aires, Acme Agency, Colección Robin Hood, 1948.

Con la colaboración para el cotejo del inglés de Rafael J. Padilla Ceballos

Edición: Norma Padilla Ceballos

Diseño: María Elena Cicard

Cubierta e ilustraciones: Bladimir González Linares

Cubierta: Armando Quintana Gutiérrez

Corrección: Wilma Estrada Asión

© Sobre la presente edición: Editorial Gente Nueva, 2002

ISBN 959-08-0509-4

Instituto Cubano del Libro, Editorial Gente Nueva, calle 2 no. 58,  
Plaza de la Revolución, Ciudad de La Habana, Cuba

# Primera parte



*Mi primer hogar*

**E**l primer lugar que puedo recordar bien era una larga y apacible pradera que tenía un estanque de aguas claras sobre las que se inclinaban unos árboles que daban buena sombra, y en cuya superficie se veían juncos y nenúfares. Rodeando la pradera hacia un lado y separado por un seto, se extendía un campo sembrado; al otro lado, delimitado por una valla, podíamos ver la casa de nuestro amo, que estaba al borde mismo del camino. Unos abetos bordeaban la cima de la pradera, mientras que abajo corría un arroyo, al pie de un profundo talud.

De pequeño me alimentaba de la leche de mi madre, pues no podía comer hierba. Durante el día correteaba junto a ella, y por la noche me tumbaba a su lado. Cuando hacía calor, solíamos permanecer junto al estanque, a la sombra de los árboles, y cuando hacía frío, teníamos un agradable refugio calentico cerca de los abetos.

En cuanto fui lo bastante mayor para comer hierba, mi madre salía a trabajar durante el día y volvía por las tardes.

En la pradera había otros seis jóvenes potros aparte de mí. Eran mayores que yo; algunos, ya casi del tamaño de un caballo adulto. Solía correr con ellos y me divertía en grande. Galopábamos juntos, dando vueltas y vueltas alrededor de la pradera, tan velozmente como podíamos. A veces nuestros juegos eran algo rudos, pues ellos solían morderse y darse coces mientras galopaban.

Un día en que hubo más coces que de costumbre, mi madre dio un relincho para atraerme hacia ella y me dijo:

—Me gustaría que prestaras atención a lo que voy a decirte. Los potros que viven aquí son buenos, pero como serán caballos de tiro, por supuesto que no han aprendido buenos modales. A ti te han criado bien





y eres de buena cuna; tu padre posee una buena reputación, y tu abuelo ganó dos años el trofeo en las carreras de Newmarket. Tu abuela tenía el temperamento más dócil que ningún otro caballo que yo haya conocido, y me parece que tú jamás me has visto a mí patear o morder. Espero que crezcas dócil y bueno, y que nunca aprendas malos modales. Haz tu trabajo con buena voluntad, levanta bien los cascos cuando trotes y nunca muerdas ni des coces, ni siquiera jugando.

Jamás he olvidado los consejos de mi madre; sabía que era una vieja yegua sabia, y nuestro amo la tenía en mucha consideración. Se llamaba Duquesa, pero él solía llamarla Mascota.

Nuestro dueño era un hombre bueno y amable. Nos aseguraba una excelente alimentación, unas cuadras cómodas y empleaba palabras cariñosas; nos hablaba con la misma dulzura con la que hablaba a sus hijos pequeños. Todos lo apreciábamos y mi madre lo quería mucho. Cuando ella lo veía junto a la valla, solía relinchar de alegría y se le acercaba al trote. Él entonces solía acariciarla, y le decía:

—Hola, vieja amiga, ¿cómo está tu Negrito?

Yo era de un color negro algo apagado, por eso me llamaba Negrito. Acostumbraba darme un pedazo de pan, que me gustaba mucho, y a veces traía una zanahoria para mi madre. Todos los caballos solían ir corriendo hacia él, pero creo que éramos sus preferidos. Era siempre mi madre quien lo llevaba a la ciudad los días de mercado en un calesín.

Recuerdo también a un peón de granja, Dick, quien a veces venía a nuestro campo a coger moras del seto. Cuando había saciado su hambre, solía divertirse con los potros, como él decía, tirándonos piedras y palos para hacernos correr. No nos molestaba demasiado porque podíamos alejarnos al galope, pero a veces nos alcanzaba alguna piedra y nos hería.

Un día estaba enfrascado en esta diversión sin saber que el amo se encontraba en el campo de al lado, mirando lo que nos hacía. En un segundo saltó la valla y, tomándolo por sorpresa, agarró a Dick por el brazo y le dio una bofetada tan fuerte que lo hizo gritar de dolor. En cuanto vimos a nuestro amo, nos acercamos al trote para ver lo que ocurría.

—¡Malvado! —dijo—. ¡Malvado que maltratas a los potros! Esta no es la primera vez, ni tampoco la segunda, pero será la última. Toma, coge tu dinero y vete. Ya no te quiero más en mi granja.

Ya no volvimos a ver a Dick nunca más. Y el viejo Daniel, el hombre que se ocupaba de los caballos, era tan bueno como nuestro dueño, así que vivíamos felices.



## II

### *La cacería*

**A**ntes de cumplir los dos años, ocurrió un acontecimiento que jamás he olvidado. Era el principio de la primavera; había caído una pequeña helada durante la noche, y una ligera neblina cubría aún los campos y las praderas. Los otros potros y yo pastábamos en la parte baja del prado cuando, a lo lejos, oímos lo que parecía el ladrido de unos perros. El mayor de los potros levantó la cabeza, aguzó el oído y dijo:

—¡Ahí está la jauría!

Inmediatamente se alejó a medio galope, seguido por todos nosotros, hacia la parte alta del prado, desde donde se divisaban varios campos al otro lado del seto. También estaban cerca mi madre y un viejo caballo de silla de nuestro amo, y parecían saber bien lo que estaba ocurriendo.

—Han encontrado una liebre —dijo mi madre—, y si vienen por aquí podremos ver la cacería.

Poco después, la jauría pasó a toda prisa por el campo de trigo que había junto a nuestro prado. En mi vida había oído un ruido como el que estos perros hacían. No se trataba de un ladrido, un aullido o un lamento, sino que emitían un ¡jau, uu! ¡jau, uu! a pleno pulmón. Tras ellos venía un grupo de hombres a caballo, algunos vestidos con capas verdes, al galope, lo más deprisa que podían. El viejo caballo resopló y los siguió apasionadamente con la mirada, y nosotros, los jóvenes potros, hubiéramos querido estar galopando con ellos, pero pronto se perdieron en los campos que se extendían allá abajo. Entonces parecieron detenerse; los perros habían dejado de ladrar y corrían en todas las direcciones, con los hocicos pegados al suelo.

—Han perdido el rastro —dijo el viejo caballo—. Tal vez se salve la liebre.





—¿Qué liebre? —pregunté yo.

—¡Oh, yo no sé qué liebre pueda ser! Es muy probable que sea una de las liebres de nuestras arboledas. Cualquiera liebre les parecería buena a estos perros y a estos hombres, si se trata de perseguirla.

Pronto volvió a oírse otra vez el ¡au! de los perros, y de nuevo se lanzaron todos juntos, a toda velocidad, directos hacia nuestro prado, allí donde el profundo talud y el seto dominaban el arroyo.

—Ahora veremos a la liebre —dijo mi madre, y nada más pronunciar esas palabras, pasó como una flecha una liebre en dirección a la arboleda, enloquecida de miedo. Detrás venían los perros, que lanzándose contra el talud, pasaron de un salto el arroyo recorriendo el campo a la velocidad del rayo, seguidos por los cazadores. Seis u ocho hombres saltaron el arroyo con sus caballos, muy próximos a los perros. La liebre intentó atravesar el seto, pero este era muy tupido, y entonces dio media vuelta y se dirigió al camino, aunque era demasiado tarde: la jauría estaba ya sobre ella con sus salvajes ladridos. La liebre chilló, y ahí terminó todo. Enseguida, apartando a los perros a latigazos, pues pronto habrían despedazado a la liebre, se acercó uno de los cazadores, y la alzó por la pata, rota y ensangrentada. Entonces todos los señores parecieron muy satisfechos.

En cuanto a mí, estaba tan estupefacto que al principio no me percaté de lo que sucedía junto al arroyo. Pero cuando miré hacia allí, lo que vi me afligió mucho: dos buenos caballos habían sido derribados; uno se debatía en el arroyo y el otro gemía sobre la hierba. Uno de los jinetes salía del agua cubierto de barro, y el otro yacía inmóvil en el suelo.

—Se ha desnucado —dijo mi madre.

—Le está bien empleado —añadió uno de los potros.

Yo estaba de acuerdo con él, pero mi madre no.

—Bueno, no —apuntó ella—. ¡No deben decir eso! Aunque soy una vieja yegua, y he visto y oído muchas cosas, nunca he comprendido por qué a los hombres les gusta tanto este deporte. A menudo resultan heridos; otras, arruinan buenos caballos y destrozan los campos; y todo ello por una liebre, un zorro o un ciervo que podrían atrapar mucho más fácilmente de cualquier otra forma. Pero nosotros sólo somos caballos, y no sabemos de eso.

Mientras mi madre decía esto, seguíamos observando lo que acontecía. Muchos de los jinetes habían acudido junto al joven; pero mi amo, que había estado observando lo que ocurría, fue el primero en levantarlo del suelo. Su cabeza cayó hacia atrás y sus brazos colgaron inertes, y todos los allí reunidos tenían una expresión grave. Ya

no se oía ningún ruido; incluso los perros estaban en silencio, y parecían darse cuenta de que algo malo había sucedido. Llevaron al joven a la casa de nuestro dueño. Después me enteré de que se trataba del joven George Gordon, el único hijo del señor del lugar, un buen joven, alto y elegante, que era el orgullo de su familia.

Ahora, los jinetes partían en todas las direcciones en busca del médico, del herrador y, sin duda, hacia la casa del señor Gordon, a informarle de lo ocurrido a su hijo. Cuando el señor Bond, el herrador, vino a examinar al caballo negro que yacía gimiendo en la hierba, le recorrió el cuerpo con las manos y sacudió la cabeza de lado a lado: tenía una pata rota. Entonces alguien corrió a la casa de nuestro amo y regresó con un fusil. Se oyó una fuerte detonación y un relincho espantoso, y luego sólo silencio. El caballo negro ya no se movió más.

Mi madre parecía muy afectada. Dijo que conocía a ese caballo desde hacía muchos años, y que se llamaba Rob Roy. Era un buen caballo, brioso y sin resabios. A partir de ese momento, mi madre nunca más volvió a esa parte del campo.

Pocos días después, oímos doblar largo rato las campanas de la iglesia, y mirando por encima de la valla vimos un extraño carruaje largo y negro cubierto con una tela negra y tirado por caballos negros. Tras él venía otro, y otro, y otro más, todos negros, mientras las campanas seguían doblando. Llevaban al joven Gordon al cementerio para enterrarlo. Nunca más volvería a montar a caballo. Lo que hicieron con Rob Roy nunca lo supe, pero todo fue por una pequeña liebre.





### III

#### *Mi doma*

**S**egún crecía, me iba haciendo más hermoso. Mi pelaje se volvía cada vez más fino y suave, de un negro brillante. Uno de mis pies era blanco, y tenía una bonita estrella blanca en la frente. La gente me encontraba muy elegante. Mi amo no pensaba venderme hasta que tuviera cuatro años. Decía que los jóvenes no debían trabajar como los hombres, y los potros no debían trabajar como los caballos hasta que no estuvieran muy crecidos.

Cuando cumplí cuatro años vino a verme el señor Gordon. Examinó mis ojos y mi boca, y palpó mis patas de arriba abajo. Luego me hizo ir al paso, al trote y al galope ante él. Parecía que yo le agradaba, y dijo:

—Cuando se le haya domado bien, será un caballo muy bueno.

Mi amo aseguró que me domaría él mismo, pues no quería que yo me asustara o resultara herido, y se puso a ello sin demora, empezando al día siguiente.

Tal vez no todo el mundo sepa lo que es domar, de modo que lo describiré. Significa enseñar a un caballo a llevar una silla y una brida para llevar a lomos a un hombre, una mujer o un niño. A avanzar exactamente como desea el jinete, y a hacerlo suavemente. Además de esto, tiene que aprender a llevar una collera, una baticolla y una retranca, y a permanecer inmóvil mientras se los colocan. A que se le enganche a una carreta o a un cabriolé, de manera que no pueda caminar o trotar sin tirar de ellos, despacio o deprisa, como así lo desee el conductor. Nunca debe dar un respingo por nada que vea, ni hablar con otros caballos, ni morder, ni dar coces, ni tener voluntad propia alguna, sino que debe siempre obedecer la voluntad de su amo, aunque esté muy hambriento o cansado. Pero lo peor de todo es que, una vez se le ha colocado el arnés, no debe ni saltar de alegría

ni tumbarse para descansar. Así, como pueden ustedes comprobar, esto de la doma es un asunto importante.

Por supuesto, hacía ya tiempo que yo me había acostumbrado a llevar un ronزال y una cabezada de cuadra y a dejarme llevar tranquilamente por el campo y por los caminos, pero ahora debía llevar un bocado y una brida. Mi amo me dio, como de costumbre, un poco de avena, y después, a fuerza de mucho engatusarme, consiguió ponerme el bocado y atarme la brida. ¡Qué cosa más desagradable! Aquellos que nunca han tenido un bocado no pueden imaginarse lo horrible que es: un gran pedazo de acero duro y frío, grueso como el dedo de un hombre, que se mete en nuestras bocas, entre los dientes y sobre la lengua, los extremos sobresaliendo por las comisuras de los labios y sujetos con correas sobre la cabeza, debajo del cuello, alrededor del hocico y debajo de la barbilla, de manera que no hay modo alguno de liberarse del horrible trozo de metal duro. ¡Es una cosa espantosa, de veras! Por lo menos eso pensaba yo, pero sabía que mi madre siempre llevaba uno cuando salía, igual que todos los caballos adultos. Así que, entre la rica avena, las dulces palabras, las caricias y los suaves modales de mi amo, yo también terminé llevando un bocado y una brida.

Después le llegó el turno a la silla, pero eso no era ni la mitad de desagradable que lo anterior. Mi amo me la colocó en el lomo con mucha suavidad, mientras el viejo Daniel me sostenía la cabeza. A continuación ciñó las cinchas por debajo de mi barriga, acariciándome y hablándome todo el tiempo. Luego me dio un poco de avena, y me llevó a pasear un rato. Esto mismo hizo todos los días hasta que terminé por esperar la avena y, con ella, la silla. Al cabo de un tiempo, mi amo me montó y me llevó por la suave hierba de la pradera. Aunque desde luego era una sensación extraña, debo confesar que me sentía bastante orgulloso de llevar a mi amo, y, al montar sobre mí todos los días un poquito, pronto terminé por acostumbrarme a ello.

El siguiente paso desagradable consistió en llevar las herraduras. Eso también resultó muy duro al principio. Mi amo me acompañó a la herrería, para asegurarse de que no me hicieran ningún daño y de que no me asustara. El herrador tomó en sus manos mis pies uno tras otro, recortando parte del casco. No sentía dolor, así que permanecí inmóvil apoyándome sobre tres de mis patas hasta que terminó con todos. Luego tomó un pedazo de hierro con la forma de mi pie y, golpeándolo sobre este, lo clavó en mi casco, de manera que quedara bien sujeto. Sentía los pies muy rígidos y pesados, pero con el tiempo me acostumbré a ello.





Tras esta etapa, mi amo procedió a domarme con el arnés. Todavía tenía que acostumbrarme a llevar algunas cosas más. Primero, una collera rígida y dura sobre mi cuello y una brida con grandes piezas de tela para llevar sobre los ojos, llamadas anteojeras, que no me dejaban ver nada a los lados, sino sólo al frente. Después de eso, una silla pequeña con una desagradable correa rígida que se colocaba justo debajo de mi cola: la baticola. Yo la odiaba. Sentir mi larga cola doblada por la mitad y metida por esa correa era casi tan desagradable como el bocado. Nunca antes había tenido tantas ganas de dar coces, aunque, por supuesto, no podía hacerle eso a un amo tan bueno como era el mío, así que con el tiempo llegué a acostumbrarme a todo, y era capaz de llevar a cabo mi trabajo tan bien como mi madre lo hacía.

No debo olvidar mencionarles una parte de mi doma, que me resultó muy provechosa para el resto de mi vida. Mi amo me mandó durante dos semanas a la casa de un granjero vecino, que era dueño de una pradera bordeada por la vía del tren. Allí había algunas ovejas y cabras, y a mí me colocaron junto a ellas.

Nunca olvidaré el primer tren que pasó por allí. Yo estaba pastando tranquilamente, cerca de los postes que separaban la pradera de la vía férrea, cuando oí a lo lejos un extraño ruido, y antes de que pudiera darme cuenta de dónde provenía, un largo tren negro que transportaba no sé qué mercancía pasó como una flecha, envuelto en una nube de humo y en medio de un ruido ensordecedor, y desapareció antes de que pudiera darme cuenta. Salí al galope lo más rápido que pude, hacia el otro extremo de la pradera, y allí permanecí, resoplando entre la sorpresa y el miedo. En el transcurso de aquel día pasaron muchos otros trenes, algunos más despacio que el primero. Se detenían en la estación de ferrocarril que quedaba cerca de allí, y a veces producían un horroroso chillido acompañado de un crujido antes de detener su marcha. Yo lo encontraba verdaderamente espantoso, pero las vacas seguían pastando muy tranquilas, y apenas levantaban la cabeza cuando la temible cosa negra pasaba traqueteando y despidiendo humo.

Durante los primeros días no podía comer tranquilo, pero cuando comprendí que aquella terrible criatura nunca entraba en la pradera, ni me hizo jamás daño alguno, empecé a ignorarla, y muy pronto el paso de un tren no me afectó más que a las vacas y a las ovejas.

Desde ese día he visto a muchos caballos muy asustados o recelosos cuando ven u oyen una locomotora de vapor. Pero gracias al buen entrenamiento que me dio mi amo, estoy tan tranquilo en las estaciones de ferrocarril como en mi propia cuadra.

Así, si alguien quiere domar bien a un potro, esta es la forma de hacerlo.

Mi amo me enganchaba a menudo junto a mi madre, porque era tranquila y podía enseñarme mejor que un caballo desconocido. Ella me dijo que cuanto mejor me portara yo, mejor habrían de tratarme, y que siempre era más sensato esforzarme por complacer a mi amo.

—Hay muchos tipos de hombres —me dijo—. Hay hombres buenos y considerados como nuestro amo, a los cuales cualquier caballo se sentiría orgulloso de servir. Pero también hay hombres malvados y crueles, que nunca deberían ser los dueños de ningún caballo o de ningún perro. Hay además muchos hombres insensatos, vanidosos, ignorantes y descuidados, que nunca se toman la molestia de pensar. Esos arruinan más caballos que los otros, sólo por su falta de sentido común. No lo hacen a propósito, pero lo hacen. Espero que tú caigas en buenas manos, aunque un caballo nunca sabe quién lo comprará, o quién lo montará. Para nosotros es siempre cuestión de suerte; sin embargo, te sigo diciendo que te esfuerces, estés donde estés, y que te mantengas a la altura de tu buen nombre.





#### IV

### *Birtwick Park*

**P**or aquellos tiempos yo vivía en la cuadra, y me cepillaban el pelaje todos los días hasta que brillara tanto como el ala de un cuervo. Era a principios del mes de mayo, cuando llegó un hombre que el señor Gordon enviaba, y me llevó hasta la mansión. Mi amo me dijo:

—Adiós, Negrito. Sé un buen caballo, y esfuézate siempre por dar lo mejor de ti.

Yo no podía decirle adiós, así que puse mi hocico en su mano. Él me dio unas bondadosas palmaditas, y dejé así mi primer hogar. Como viví varios años con el señor Gordon, mejor sería que les contara algo sobre mi nuevo destino.

La propiedad del señor Gordon se encontraba en las cercanías del pueblo de Birtwick. Se entraba a ella por una gran verja de hierro, cerca de la cual se hallaba el primer pabellón, y después se trotaba a lo largo de un camino llano entre dos hileras de grandes árboles viejos. Al final del camino surgían otro pabellón y otra verja que llevaban a la casa y a los jardines. Más allá se extendían el prado cercado, el viejo huerto y las cuadras. Había sitio para muchos caballos y carruajes, pero sólo les contaré acerca de la cuadra a la que me condujeron. Era muy acogedora, con cuatro buenos compartimentos y una gran ventana giratoria que se abría sobre el patio, lo cual permitía una buena ventilación, haciéndola agradable.

El primer compartimento era amplio y cuadrado, y la parte trasera estaba cerrada por una puerta de madera. Los demás eran normales, buenos, pero no tan amplios como el anterior, que tenía además un pesebre bajo para el heno y un comedero también bajo para el maíz. Era lo que se llama un box de libre movimiento, en el cual el caballo



permanecía sin atar, libre de hacer lo que se le antojara. Tener un box así es algo grandioso.

Fue dentro de este excelente box donde me instaló el mozo. Me resultaba agradable porque estaba limpio y bien ventilado. Nunca estuve en un box mejor que aquel. Allí las paredes no eran muy altas, por lo que podía ver todo lo que ocurría a través de los barrotes de hierro que llegaban hasta el techo.

El mozo me ofreció una muy sabrosa avena, me acarició, hablándome amablemente, y luego se marchó.

Cuando terminé de comer, observé lo que había a mi alrededor. En el compartimento junto al mío había un pequeño *poney* rechoncho de color gris, con una crin y una cola bien espesas, una cabeza muy bonita y un hocico corto y presuntuoso.

Levanté la cabeza al nivel de los barrotes de mi box y dije:

—¿Cómo está usted? ¿Cuál es su nombre?

Se volvió todo lo que su ronzal le permitía, levantó la cabeza y dijo:

—Mi nombre es Merrylegs. Soy muy hermoso. Llevo sobre mi lomo a las señoritas, y a veces saco a pasear a la señora de la casa en el cabriolé. Ellas me tienen mucha estima, y también James. ¿Va a vivir usted junto a mí en el box?

—Sí —le contesté yo.

—Bien, entonces —me dijo—, espero que tenga usted buen carácter. No me gusta tener por vecino a alguien que muerda.

Justo en aquel momento, apareció la cabeza de un caballo desde uno de los compartimentos alejados. Tenía las orejas echadas hacia atrás y una expresión malhumorada. Se trataba de una yegua de color castaño y gran estatura, con un largo y esbelto cuello. Me buscó con la mirada y dijo:

—Así que es usted quien me ha echado de mi box. Es algo des acostumbrado, de parte un potro como lo es usted, llegar y desalojar a una dama de su propia casa.

—Le ruego me disculpe —contesté—. Yo no he desalojado a nadie. El hombre que me trajo a esta cuadra me ha colocado aquí, y yo no tuve nada que ver con ello. En lo que a ser un potro se refiere, he cumplido ya los cuatro años de edad y soy un caballo adulto. Jamás he discutido con ningún caballo o yegua, y es mi deseo vivir en paz.

—Bien —dijo ella—, ya veremos. Por supuesto, no quiero discutir con un jovenzuelo como usted.

Yo permanecí callado.

Por la tarde, cuando ella salió, Merrylegs me lo contó todo.





—Ocurre lo siguiente —dijo Merrylegs—. Ginger tiene la mala costumbre de amenazar y morder, y de ahí le viene su nombre.<sup>1</sup> Cuando estaba en ese box, solía hacerlo a menudo. Un día mordió a James en el brazo hasta hacerlo sangrar, y por eso la señorita Flora y la señorita Jessie, aunque me tienen mucha estima, sentían temor a entrar en la cuadra. Antes solían traerme cosas ricas de comer, una manzana o una zanahoria, o un pedazo de pan, pero desde que Ginger actuó así no se atreven a venir, y yo las añoro mucho. Espero que ahora vuelvan, si usted no muerde.

Yo le dije que nunca mordía otra cosa que no fuera hierba, heno o maíz, y que no entendía qué gusto podía Ginger encontrar en ello.

—Bueno, no creo que encuentre placer en eso —añadió Merrylegs—. Es sólo una mala costumbre. Dice que nadie fue nunca amable con ella, y entonces, ¿por qué no habría de morder? Por supuesto, es muy mala costumbre. Pero no me cabe duda de que, si es cierto cuanto dice, deben haberla maltratado antes de venir aquí. John hace todo lo posible para contentarla, y James lo mismo, y nuestro amo nunca usa el látigo si un caballo se comporta como es debido; así es que yo pienso que ella debiera tener buen carácter aquí —dijo con aire de sabiduría—. Tengo doce años, sé mucho, y puedo decirle que en la región no hay mejor lugar que este para un caballo. John es el mejor caballerizo del mundo, lleva aquí catorce años. Y usted no verá nunca a un muchacho tan amable como James, de modo que si Ginger no se ha quedado en el box, la culpa ha sido suya y de nadie más.

<sup>1</sup>Ginger. En español, Jengibre. Esta palabra, usada como sobrenombre, denota carácter explosivo y agresivo. La autora hace un símil entre el sabor ácido y picante de la planta (jengibre) y el carácter irritable del animal. (*Todas las notas son de la Editora.*)

*Un buen comienzo*

**E**l cochero se llamaba John Manly; tenía mujer y un hijo pequeño, y vivían en el pabellón destinado para los cocheros, muy cerca de las cuadras.

A la mañana siguiente me sacó al patio y me dio un buen cepillado, y justo cuando volvía al box, con mi pelaje suave y brillante, el amo vino a verme y parecía satisfecho.

—John —dijo—, quería haber probado el nuevo caballo esta mañana, pero tengo otros asuntos de los que ocuparme. Harías bien en llevarlo a dar una vuelta después del desayuno; pasa por los campos comunales y por Highwood, y vuelve por el molino de agua y por el río; así veremos de lo que es capaz.

—Así lo haré, señor —contestó John.

Después del desayuno vino a la cuadra y me colocó la brida. Ponía mucho cuidado, al pasar y al soltar las correas, en ajustar mi cabeza de manera que yo estuviera cómodo. Luego trajo la silla, pero no era lo bastante ancha para mi lomo. Se dio cuenta de ello enseguida, y se marchó a buscar otra que me quedara bien. Montó y al principio me hizo ir al paso, luego al trote, y al medio galope, y cuando llegamos al campo comunal me dio un toque ligero con la fusta, y partimos a un espléndido galope.

—¡So, so, muchacho! —dijo tirando de las riendas—, me parece que a ti te gustaría correr detrás de una jauría.

Mientras volvíamos por el jardín, nos encontramos con el señor y la señora Gordon, que iban caminando. Se detuvieron y John saltó a tierra.

—Y bien, John, ¿qué tal es el caballo?

—De primera clase, señor —contestó John—. Es veloz como un ciervo, y también tiene brío; pero basta un ligerísimo toque con la





rienda para guiarlo. Allá al final del campo comunal nos hemos topado con una de esas carretas llena hasta arriba de cestos, alfombras y mil cosas más. Sabe usted, señor, que muchos caballos no son capaces de adelantar tranquilos a esas carretas. Él se limitó a mirarla bien, y luego prosiguió su camino con toda la tranquilidad del mundo. Estaban cazando conejos cerca de Highwood y se oyó un disparo cerca de nosotros; aminoró un poco la marcha y echó una mirada, pero no se desvió ni un paso de su camino. Yo sostuve las riendas con firmeza, sin meterle prisa, y mi opinión es que, cuando era joven, nadie lo asustó ni lo maltrató nunca.

—Eso está bien —dijo el señor—. Lo probaré yo mismo mañana.

Al día siguiente me llevaron ante mi amo. Recordé los consejos de mi madre y de mi buen amo anterior, y traté de hacer exactamente lo que él quería. Me pareció un excelente jinete, muy cuidadoso con su caballo. Cuando regresábamos, la señora nos esperaba a la puerta de la mansión.

—Y bien, querido —dijo—. ¿Qué te parece el caballo?

—Es exactamente tal y como lo describió John —contestó él—. Nunca esperé montar sobre un animal tan agradable. ¿Qué nombre le pondremos?

—¿Te gustaría llamarlo Ébano? —sugirió ella—. Es negro como el ébano.

—No, Ébano no.

—¿Y por qué no Blackbird, como el viejo caballo de tu tío?

—No. Es mucho más elegante de lo que jamás fue Blackbird.

—Sí —apuntó ella—, él es una verdadera belleza, y tiene una expresión dulce y dócil, y una mirada hermosa e inteligente. ¿Qué dirías si lo llamásemos Belleza Negra?

—Belleza Negra, sí, ¿por qué no? Pienso que es un nombre ideal. Si te gusta, ese será su nombre.

Y así fue.

Cuando John entró en la cuadra, le dijo a James que los señores habían elegido para mí un nombre acorde con la mejor tradición inglesa: Belleza Negra. No como Marengo, o Pegaso, o Abdallah. Ambos se rieron, y James dijo:

—Si no fuera porque nos hubiera traído recuerdos del pasado, yo lo habría llamado Rob Roy, pues nunca vi dos caballos tan parecidos.

—No es de extrañar —dijo John—. ¿No sabías acaso que Duquesa, la vieja yegua del granjero Grey, es la madre de ambos?

Nunca antes me lo habían dicho. ¡Así que el pobre Rob Roy, que había muerto en la cacería, era mi hermano! Ahora entendía por qué mi

madre había estado tan afligida. Los caballos parecen no tener familia, o, por lo menos, ya no se reconocen unos a otros una vez que han sido vendidos.

John parecía muy orgulloso de mí; hacía que mi crin y mi cola estuviesen tan sedosas como el cabello de una dama, y me hablaba mucho. Por supuesto, yo no lo entendía todo, pero iba aprendiendo un poco más cada día el significado de lo que él decía y lo que él deseaba que yo hiciera. Desarrollé una gran estima hacia él porque era muy bueno y amable conmigo. Parecía entender perfectamente cómo se siente un caballo; y cuando me limpiaba, conocía las partes delicadas y aquellas donde yo sentía cosquillas. Cuando cepillaba mi cabeza, trataba mis ojos con tanto cuidado como si hubiesen sido los suyos propios, y nunca me puso de mal humor.

James Howard, el mozo de cuadra, era a su manera tan bueno y agradable como John Manly, de manera que yo me sentía muy feliz. Había otro hombre que los ayudaba, pero pocas veces se ocupaba de Ginger y de mí.

Algunos días después, nos engancharon juntos a Ginger y a mí en el mismo carruaje. Yo me preguntaba cómo habríamos de llevarnos los dos; pero, exceptuando que echó las orejas para atrás cuando me condujeron junto a ella, se comportó muy bien. Llevó a cabo su tarea lealmente, cumpliendo con toda su parte del trabajo. Nunca podría haber deseado mejor compañera que ella. Cuando llegábamos al pie de una colina, en lugar de aminorar la marcha, colocaba todo su peso sobre la collera y tiraba hacia arriba. Ambos demostrábamos el mismo ímpetu en nuestro trabajo, y eran más las veces que John debía aguantarnos, por lo que nunca tuvo que recurrir al látigo con ninguno de los dos. Además, solíamos llevar siempre el mismo paso, y me resultaba muy fácil mantener un trote parejo al de ella. Esto era muy agradable. A nuestro amo le gustaba y a John también. Tras salir juntos dos o tres veces, hicimos buenas migas, lo cual me hizo sentir como en casa.

En cuanto a Merrylegs, pronto nos hicimos amigos; era una criaturita tan alegre, valiente y dócil, que era el preferido de todo el mundo, especialmente de las señoritas Jessie y Flora, quienes solían montar en él por el jardín, y se divertían mucho con él y con su perro Frisky.

Nuestro amo tenía dos caballos más en otra cuadra. El primero, Justicia, era una jaca ruana que usaban como caballo de monta o para tirar de la carreta del equipaje. El segundo era un viejo caballo de caza de color castaño, llamado Sir Oliver. Era ya demasiado viejo





para trabajar, pero era uno de los preferidos de nuestro amo, y lo montaba cuando quería dar un paseo por el parque. A veces también tiraba de alguna carga ligera en la finca, o lo montaba una de las señoritas cuando salían con su padre, pues era un caballo muy dócil, al cual, como a Merrylegs, se le podía confiar un niño. La jaca era fuerte, esbelta y de buen carácter, y a veces charlábamos un poco en el prado cercado, aunque por supuesto nuestra amistad no era tan íntima como la que me unía a Ginger, que estaba en mi misma cuadra.

**E**ra bastante feliz en mi nuevo hogar, y aunque había algo que yo añoraba, no deben pensar por ello que yo no estaba satisfecho. Todas aquellas personas que tenían algún trato conmigo eran buenas, estaba en una cuadra luminosa y bien ventilada, y me daban la mejor de las comidas. ¿Qué más podía yo desear? Pues, libertad. Durante tres años y medio yo había disfrutado de toda la libertad que podía desear; pero ahora, semana tras semana, mes tras mes y, sin lugar a dudas, año tras año, tendría que estar en una cuadra noche y día, salvo cuando se me necesitara, y entonces debía mostrar tanta calma y tranquilidad como un caballo que llevara trabajando veinte años: ceñido por múltiples correas, y llevando bocado y anteojeas. No piensen que me estoy quejando, porque sé que no debe ser así. Sólo quiero decir que para un joven caballo lleno de energía y de temperamento, acostumbrado a un gran campo o una amplia pradera, donde puede levantar la cabeza, agitar la cola y alejarse galopando a toda velocidad, para retornar resoplando junto a sus compañeros, es duro no disfrutar de un poco más de libertad para hacer lo que a uno le plazca. A veces, habiendo hecho menos ejercicio que de costumbre, sentía hervir en mí tanta vida y tanta energía que, cuando John me sacaba, no conseguía mantenerme tranquilo; hiciera lo que hiciese, daba la impresión de que tenía que saltar, o bailar, o hacer cabriolas, y sé que debí infligirle más de una sacudida, sobre todo al principio. Pero él siempre se mostraba bueno y paciente conmigo.

—Tranquilo, mi muchacho, tranquilo —solía decirme—. Aguarda un poco y pronto alcanzaremos un ritmo que te quitará ese hormigueo que sientes en las patas.

Entonces, tan pronto salíamos del pueblo, me hacía ir a un trote brioso durante varias millas, y luego, al regreso, me sentía como





nuevo, habiéndome quitado de encima esos nervios que no me dejaban estar quieto. Los caballos fogosos, si no hacen bastante ejercicio, cogen fama de caprichosos, cuando es sólo ganas de jugar lo que tienen; pero algunos caballerizos acostumbran castigarlos por ello. Nuestro John no, pues sabía que se trataba tan sólo de un exceso de vitalidad. Sin embargo, tenía su propia forma de hacerme entender sus deseos, por el tono de su voz o con un toque de las riendas. Yo siempre supe cuando me ordenaba algo en serio, y ello tenía más poder sobre mí que cualquier otra cosa, pues yo lo quería mucho.

Debo decir, sin embargo, que a veces, por unas horas, teníamos libertad; esto ocurría los agradables domingos durante el verano. Nunca se necesitaba el carruaje ese día, porque la iglesia no quedaba lejos.

Qué grato resultaba vernos libres en el prado cercado o en el viejo huerto. Sentíamos la hierba fresca y suave bajo nuestros pies, la brisa era dulce, y muy agradable tener libertad de hacer lo que nos viniera en gana: galopar, tumbarnos, revolcarnos por el suelo o morder la tierna hierba. Era también un momento para conversar, mientras permanecíamos todos juntos a la sombra del gran castaño.



VII  
*Ginger*

**U**n día que Ginger y yo estábamos solos a la sombra de los árboles, tuvimos una larga conversación. Ella quería saberlo todo sobre mi educación y sobre mi doma, y yo se lo conté.

—Pues bien —apuntó ella—, si me hubieran educado como a ti, tal vez hubiese tenido el buen carácter que tú tienes; pero ahora ya no creo que eso sea posible.

—¿Por qué no? —le pregunté yo.

—Porque todo ha sido muy diferente en mi caso —contestó—. No hubo jamás nadie, hombre o caballo, que se mostrara amable conmigo, ni a quien a mí me importara complacer. Para empezar, me separaron de mi madre nada más destetarme, y me pusieron con otros muchos potros: ninguno se ocupaba de mí, y yo no me ocupaba de ninguno de ellos. No tenía un amo considerado que me cuidara, me hablara, o me diera cosas agradables de comer, como tenías tú. El hombre que se ocupaba de nosotros no me dirigió jamás una palabra amable. No quiero decir que me maltratase, pero su interés por nosotros no iba más allá de asegurarse de que tuviéramos comida suficiente y un refugio para el invierno.

»Un sendero cruzaba nuestro campo y, a menudo, los muchachos que pasaban nos tiraban piedras para hacernos galopar. A mí nunca me hirieron, pero a un hermoso potro le hicieron un corte en la cara, y debo creer que se le quedará la cicatriz de por vida. No prestábamos atención a esos muchachos, pero no cabe duda de que nos hicieron más salvajes, y se nos quedó fija la idea de que los niños eran nuestros enemigos.

»Nos divertíamos mucho en la libertad de las praderas, sin parar de galopar, persiguiéndonos por el campo y descansando luego a la sombra de los árboles. Pero me llegó la hora de la doma, y lo pasé





muy mal. Vinieron varios hombres a atraparme, y cuando por fin me acorralaron en una esquina del prado, uno me agarró del copete, otro del hocico, apretándome con tanta fuerza que casi no podía respirar; después otro me cogió la mandíbula inferior con su mano áspera, obligándome a abrir la boca, y así, a la fuerza, consiguieron ponerme el ronزال y el freno; a continuación uno me arrastró tirando del ronزال, mientras otro me iba dando latigazos por detrás, y esta fue mi primera experiencia de la bondad de los hombres. No conocí otra cosa que violencia; no me dieron la más mínima oportunidad de entender lo que querían. Yo era un caballo de raza y tenía un gran temperamento, y no me cabe duda de que era muy salvaje y les di mucha guerra, pero hay que comprender que para mí era espantoso estar encerrada en una cuadra día tras día, en lugar de disfrutar de mi libertad. Estaba agitada y afligida y sólo quería liberarme. Tú lo sabes bien, ya es bastante doloroso aunque se tenga un amo bueno que te trata con dulzura, pero yo no conocí nada de eso.

»Había una persona, el viejo amo, el señor Ryder, que yo creo podría haberme metido en cintura rápidamente, y podría haber hecho de mí lo que quisiera, pero había delegado en su hijo y en otro hombre con experiencia todo el trabajo duro de su oficio, y él sólo venía de vez en cuando a supervisar las cosas. Su hijo era un hombre alto, fuerte y atrevido. Le llamaban Sansón, y se jactaba de no haberse topado nunca con un caballo capaz de derribarlo. Al contrario de su padre, no había en él ni la más mínima sombra de dulzura, sino tan sólo dureza. Su voz, su mirada, su trato eran duros, y desde el principio yo me di cuenta de que su único deseo era aplacar mi brío, para convertirme en nada más que un dócil, sumiso y obediente caballo sin vida. ¡Sí, eso es lo único en lo que él pensaba!

Ginger golpeó el suelo con el casco como si el solo hecho de pensar en él la irritase.

—Si no hacía exactamente lo que él quería —continuó—, se ponía fuera de sí, y me obligaba a correr, con la brida larga, dando vueltas alrededor del terreno de entrenamiento, hasta agotarme. Me parece que era un bebedor empedernido, y estoy casi segura de que cuanto más bebía, peor me trataba. Un día me hizo trabajar duro, y cuando tuve por fin la oportunidad de tumbarme, me sentía cansada, triste y enojada; todo me resultaba difícil. A la mañana siguiente vino a buscarme temprano, y me hizo correr de nuevo durante mucho rato. Apenas había descansado una hora, cuando regresó con una silla y una brida y un nuevo modelo de bocado. Ya no recuerdo bien cómo sucedió; no había hecho él sino montar sobre mí en el terreno de

entrenamiento, cuando algo que yo hice lo puso fuera de sí, y le dio una fuerte sacudida a la rienda. El nuevo bocado era muy doloroso, así que de repente me encabrité, lo cual lo puso de peor humor todavía, y empezó a azotarme. Sentí que toda mi alma se levantaba contra él, y empecé a dar coces, a corcovear y a encabritarme como nunca antes lo había hecho, y nos enzarzamos en una verdadera pelea. Consiguió mantenerse sobre la silla durante mucho tiempo mientras me castigaba cruelmente con el látigo y con las espuelas. Pero la sangre me hervía en las venas, y no me importaba otra cosa que no fuera quitármelo de encima. Por fin, tras una lucha sin cuartel, conseguí derribarlo hacia atrás. Lo oí caer pesadamente sobre la hierba y, sin mirar atrás, me alejé al galope hacia el otro extremo del campo. Entonces me di la vuelta y vi a mi torturador levantarse despacio del suelo y dirigirse hacia la cuadra. Me quedé observando bajo una encina, pero nadie vino a cogerme. Pasó el tiempo, el sol calentaba mucho, las moscas revoloteaban a mi alrededor, posándose sobre mis flancos ensangrentados, allí donde me había clavado las espuelas. Tenía hambre, pues llevaba sin comer desde la mañana temprano, pero en esa pradera no había hierba suficiente para alimentar a una oca. Quería tumbarme para descansar, pero no estaba cómoda con la silla tan ajustada sobre mí, y no tenía ni una gota de agua para beber. Pasó la tarde, y el sol se fue ocultando en el horizonte. Vi que conducían a los potros de regreso a la cuadra, y sabía que les estaban dando bien de comer.

»Por fin, justo cuando se ponía el sol, vi al viejo amo acercarse con un tamiz en la mano. Era un apuesto anciano de cabellos casi blancos. Hubiera reconocido su voz entre miles. No era alta, ni baja tampoco, pero sí plena, clara y amable, y cuando daba órdenes lo hacía con un tono tan tranquilo y decidido que todos, tanto hombres como caballos, sabían que esperaba que se le obedeciera. Se acercó despacio, sacudiendo de vez en cuando los copos de avena que tenía en el tamiz, y con un tono alegre y amable me dijo:

»—Ven aquí, muchachita; ven aquí, muchachita, ven aquí.

»Yo no me moví y dejé que se acercara; me tendió la avena y yo me puse a comer sin miedo; su voz se llevó todos mis temores. Se quedó junto a mí, acariciándome y dándome palmaditas mientras comía, y cuando vio las heridas ensangrentadas de mis flancos, pareció enojarse mucho:

»—¡Pobrecita! ¡Te maltrataron mucho! ¡Te maltrataron!

»Luego me cogió suavemente por la rienda y me llevó a la cuadra. Sansón estaba en la misma puerta. Eché las orejas para atrás y amenacé con morderlo.





»—Retírate —dijo el amo—, y quítate de su camino; lo que has hecho hoy con esta potranca está muy mal —Sansón masculló algo de que era un animal salvaje—. Escúchame bien —le dijo su padre—. Un hombre con mal carácter no conseguirá nunca que su caballo sea dócil. Todavía no has aprendido nada de tu oficio, Sansón.

»Luego me condujo a mi box, me quitó él mismo la silla y la brida y me ató. Después mandó que le trajeran una cubeta de agua tibia y una esponja, se quitó el abrigo y, mientras el mozo de cuadra sostenía la cubeta, me lavó las heridas durante largo rato con tanta ternura que estoy segura de que sabía cuánto dolor me producían.

»—Vamos, bonita —decía—, estate quieta, estate quieta.

»Su misma voz me hacía bien, y el baño resultó muy agradable. La piel de las comisuras de mis labios estaba tan desgarrada que no me pude comer el heno, pues las briznas me hacían daño. Observó de cerca estas heridas, sacudió la cabeza de lado a lado y le dijo al mozo que me trajera una papilla de salvado mezclada con un poco de avena. Qué sabrosa estaba, tan tierna, y qué bien le hacía a mi boca lastimada. Permaneció junto a mí todo el tiempo mientras yo comía, acariciándome y diciéndole al mozo:

»—Si no se doma a una yegua de esta categoría por las buenas, nunca valdrá para nada.

»Después de aquello vino a menudo a ver qué tal me encontraba, y cuando se me curó la boca, el otro domador, llamado Joe, prosiguió con la tarea. Era tranquilo y considerado, y pronto aprendí lo que él quería de mí.

## VIII

### *Continuación del relato de Ginger*

**L**a próxima vez que Ginger y yo volvimos a coincidir en el prado cercado, me describió su primer hogar.

—Al terminar mi doma, me compró un tratante de caballos para formar pareja con otro alazán. Nos enganchó juntos durante varias semanas, y luego nos vendió a un elegante caballero y nos mandó a Londres. El tratante de caballos solía llevarme con un engalle, que era lo que yo más odiaba en el mundo. Pero en este nuevo hogar se nos ataba al tiro de manera aún más estrecha, pues el amo y el cochero opinaban que lucíamos más elegantes, y nos conducían por el parque y por otros lugares de moda. Tú, que nunca has tenido que soportar un engalle, no sabes lo que es esto, pero yo te puedo asegurar que es algo espantoso.

»Me gusta menear la cabeza y tenerla tan erguida como cualquier otro caballo. Pero imagínate que tuvieras que mantener bien alta la cabeza y te vieras obligado a estar así, durante varias horas seguidas, sin poder moverla en absoluto, como no sea levantándola aún más, doliéndote el cuello hasta el punto de no saber ya cómo aguantar el dolor. Y además de ello, imagínate que tuvieras dos bocados en lugar de uno solo. Y el mío era tan afilado que me cortaba la lengua y la mandíbula. La sangre teñía de rojo la espuma que se me escapaba de la boca al morder los bocados y las riendas. Y era aún peor cuando teníamos que esperar a nuestra ama durante horas a la puerta de alguna gran fiesta o evento social. Y si la impaciencia me hacía agitarme o golpear el suelo con el casco, recibía latigazos. Era suficiente para volver loco a cualquiera.

—¿No se preocupaba entonces tu amo por ti? —pregunté yo.

—No —contestó ella—, sólo le interesaba que tuviera una elegante prestancia, como lo denominan ellos. Me parece que sabía muy poco





de caballos. Delegaba en su cochero, quien le dijo que yo tenía un temperamento irritable, que no me habían domado bien para llevar el engalle, aunque pronto me acostumbraría. Pero él, desde luego, no era la persona adecuada para lograrlo, porque cuando me encontraba en la cuadra, triste y enojada, en vez de reconfortarme y aplacarme con bondad, sólo me dedicaba una palabra malhumorada o un golpe. Si se hubiese comportado de manera cortés, habría intentado acostumbrarme. Yo estaba dispuesta a trabajar, bien duro incluso, pero me enojaba soportar todos esos tormentos sólo porque así les placía a ellos. ¿Qué derecho tenían a hacerme sufrir de esa manera? Aparte de las heridas en la boca y del dolor en el cuello, empezaba a padecer dificultades para respirar, y, de haber permanecido allí mucho tiempo, sé que mis pulmones se hubieran resentido. Me iba volviendo cada vez más inquieta e irritable, sin poder evitarlo, y empecé a intentar morder y patear a todo el que tratara de colocarme el arnés, por lo que recibía palizas del caballero. Un día, cuando acababan de engancharnos al carruaje y ya me estaban levantando la cabeza con esa correa, empecé a corcovear y a dar coces con toda mi alma. Conseguí enseguida romper muchas de las piezas del arnés y pude así liberarme, y ese fue el final de mi estancia en aquel hogar. Después de esto, me mandaron a Tattersall's para venderme en la subasta. Por supuesto, no se podía garantizar que yo no tuviera algún resabio, así que no se mencionó nada sobre eso. Mi apariencia elegante y mi paso esbelto pronto atrajeron a un caballero a hacer ofertas por mí, y se me adjudicó a otro tratante de caballos. Probó conmigo todo tipo de arneses y de bocados, y pronto dio con lo que yo podía soportar. Al final terminó por no usar conmigo el engalle, y me vendió como un caballo totalmente dócil a un caballero que vivía en el campo. Fue un buen amo, y yo era muy feliz con él, pero su viejo caballero lo dejó y vino uno nuevo. Era un hombre tan duro y tan malhumorado como Sansón. Siempre se dirigía a mí con una voz ruda e impaciente, y si coincidía que, estando en la cuadra, no me movía justo cuando a él se le antojaba, solía darme golpes en los jarretes con el cepillo de limpiar la cuadra o con la horca, o con lo que tuviera en la mano en ese momento. Todo lo que hacía era rudo, y empecé a odiarlo. Quería que le temiese, pero yo tenía demasiado carácter para ello. Un día, cuando me había exasperado más de lo acostumbrado, lo mordí. Esto, como es lógico, le hizo perder los estribos, y empezó a pegarme en la cabeza con la fusta de montar. Después de eso, ya nunca más osó entrar en mi cuadra, pues yo estaba dispuesta a recibirlo con mordiscos o coces y él lo

sabía. Yo era muy dócil con mi amo, pero él atendía a lo que el caballero le decía, de modo que me volvieron a vender.

»Esto llegó a oídos del mismo tratante de caballos, y dijo que creía conocer un sitio que podría convenirme.

—Es una lástima que una yegua tan buena se eche a perder porque no ha tenido una verdadera oportunidad —señaló, y el asunto se zanjó así: vine a parar aquí poco antes de que tú llegaras. Para entonces yo ya me había convencido de que los hombres eran mis enemigos naturales y que debía defenderme de ellos. No cabe duda de que mi situación aquí es bien diferente, pero ¿quién sabe cuánto ha de durar? Ojalá pudiera tener la misma opinión de las cosas que tienes tú; pero eso es imposible, teniendo en cuenta todo lo que he sufrido.

—Bueno —dije yo—, creo que sería imperdonable que mordieras o patearas a John o a James.

—No es mi intención hacer algo así —contestó ella—, siempre y cuando ellos se comporten bien conmigo. Mordí con fuerza a James una vez, pero John dijo: «Trátala con dulzura», y en lugar de castigarme como yo esperaba, James vino con el brazo vendado, me trajo una papilla de salvado y me acarició; y desde entonces nunca he intentado morderlo, y así seguiré.

Yo sentía lástima por Ginger, pero es verdad que entonces sabía muy poco del mundo, y me decía que probablemente ella exageraba; sin embargo, me pareció que, conforme iban transcurriendo las semanas, se iba volviendo más dócil y alegre, y había perdido la mirada recelosa y desafiante que solía dedicar a todo extraño que se le acercase. Un día, James dijo:

—Tengo la impresión de que esta yegua está empezando a encariñarse conmigo. Ha relinchado esta mañana cuando le he acariciado la frente.

—Dices bien, James, dices bien. Eso es el efecto Birtwick —apuntó John—. Poco a poco terminará por ser tan buena como Belleza Negra; ¡la única medicina que necesita la pobre criatura es un poco de bondad!

Nuestro amo también se percató del cambio y un día, al bajarse del carruaje para venir a hablar un poco con nosotros como solía hacer, le acarició el hermoso cuello, diciéndole:

—Bueno, preciosa, ¿cómo te va ahora? Me da la impresión de que te sientes mucho más feliz que cuando llegaste a nuestra casa.

Ella le acercó el hocico con un gesto amistoso y confiado, mientras él la acariciaba dulcemente.

—La vamos a curar, John.





—Sí, señor, ha mejorado de manera increíble; ya no es la misma criatura que era. Se lo debemos a las albóndigas de Birtwick, señor —comentó John riéndose.

Eso era una pequeña broma de John; solía decir que una administración regular de las albóndigas de Birtwick podía curar a casi cualquier caballo de mal temperamento. Esas albóndigas, decía, estaban hechas de paciencia y de dulzura, de firmeza y de caricias, en la proporción de una libra de cada ingrediente, mezcladas con media pinta de sentido común, y habían de administrarse al caballo todos los días.



IX  
*Merrylegs*

**E**l señor Blomefield, el vicario, tenía una gran familia, compuesta de niños y niñas; solían venir a veces a jugar con la señorita Jessie y la señorita Flora. Una de las niñas era de la edad de la señorita Jessie; dos de los niños eran algo mayores, y había otros más pequeños. Cuando venían, Merrylegs tenía mucho trabajo, pues nada les agradaba tanto como subirse a él por turnos y pasear por todo el jardín y el prado cercado durante horas y horas.

Una tarde había estado con ellos un buen rato, y cuando James lo llevó de vuelta a la cuadra y le puso el ronzal, le dijo:

—Hala, bribón, y a ver cómo te comportas, o nos meterás en un lío.

—¿Qué has hecho, Merrylegs? —pregunté.

—¡Oh! —respondió él meneando su cabecita—. Sólo les he dado una lección a esos jovencitos, que no saben cuándo ha sido suficiente para ellos ni cuándo ya ha sido suficiente para mí, así que sólo los he tumbado. Eso era lo único que podían entender.

—¿Qué? —pregunté yo—. ¿Has derribado a los niños? ¡Nunca te hubiese creído capaz de una cosa así! ¿Has derribado a la señorita Flora, o a la señorita Jessie?

Adoptando una expresión muy ofendida, dijo:

—Por supuesto que a ninguna de las dos. No haría una cosa así ni por la mejor avena que llegara a esta cuadra. Soy tan cuidadoso con las señoritas como nuestro amo puede serlo, y en lo que a los niños pequeños concierne, soy yo quien los enseña a montar. Cuando se muestran temerosos, o vacilantes sobre mi lomo, voy tan despacio y tan manso como la vieja gata cuando persigue a un pájaro; y cuando recuperan la seguridad, voy más deprisa, sabes, sólo para que se acostumbren a ello; de modo que no pierdas el tiempo sermoneándome; soy el mejor amigo y el mejor maestro de equitación que esos niños





tienen. No me refiero a ellos, sino a los niños más grandes. Los más grandes —repitió, sacudiendo la crin— son distintos, hay que domarlos, como se nos domó a nosotros cuando éramos potros, para que sepan cómo son las cosas. Los niños más pequeños me habían montado durante casi dos horas, y entonces los más grandes pensaron que les tocaba su turno; y así era, y yo estaba de acuerdo. Montaron por turnos, y los llevé al galope por los campos y por todo el huerto durante una hora larga. Cada uno había cortado un gran palo de castaño para utilizarlo de fusta, y la empleaban con una dureza excesiva; pero yo me lo tomé bien, hasta que pensé que habíamos tenido suficiente, de manera que me detuve dos o tres veces para hacérselo comprender a modo de advertencia. Esos niños piensan que un caballo, o un *poney*, es como una máquina de vapor que funciona sin parar y todo lo rápido que a alguien se le antoje; nunca piensan que un *poney* pueda fatigarse o pueda tener sentimientos; de manera que, como el niño que me fustigaba no entendía las cosas, no he hecho sino levantarme sobre mis patas traseras y dejar que él resbalara hacia atrás. Eso ha sido todo; volvió a montar, y otra vez hice lo mismo. Luego montó el otro niño, y tan pronto como empezó a usar su varita, lo dejé tendido en el suelo, y así sucesivamente, hasta que estuvieron en disposición de comprender, eso ha sido todo. No son malos niños; no pretenden ser crueles. A mí me agradan; pero, ¿te das cuenta?, tu ve que darles una lección. Cuando me llevaron a James y se lo contaron, me parece que se enojó mucho al ver palos tan grandes. Dijo que sólo eran propios de arrieros o de gitanos, y no de jóvenes caballeros.

—Yo, en tu lugar —intervino Ginger—, les habría dado una buena patada a esos niños, y eso sí les hubiera proporcionado una lección.

—No lo dudo —dijo Merrylegs—, pero yo no soy tan tonto, y me vas a disculpar, como para querer enojar a nuestro amo o para hacer que James se avergüence de mí; además, esos niños están bajo mi responsabilidad cuando montan; te diré incluso que me son confiados. Sin ir más lejos, el otro día oí que nuestro amo le decía a la señora Blomefield: «Querida señora, no necesita preocuparse por los niños; mi viejo Merrylegs velará por ellos tanto como usted o yo pudiéramos hacerlo: le aseguro que no vendería a ese *poney* ni por todo el oro del mundo, por el buen carácter que tiene y lo perfectamente digno de confianza que es». ¿Y piensas que soy una bestia tan malagradecida como para poder olvidar lo bien que me han tratado aquí durante estos cinco años, y toda la confianza que se me otorga, y que podría volverme resabioso sólo porque unos niños ignorantes

me han maltratado? ¡No! ¡No! Tú nunca estuviste en una casa donde fueran buenos contigo, y por ello no puedes saber, y lo siento por ti, pero déjame que te diga una cosa: las buenas casas hacen a los buenos caballos. Por nada del mundo querría yo enojar aquí a nadie, pues los quiero de veras —dijo Merrylegs dejando escapar un grave resoplido, como lo hacía en las mañanas cuando oía los pasos de James en la puerta—. Además —prosiguió—, si empezara a dar patadas, ¿adónde iría a parar yo? Pues vendido en un instante, con una pésima reputación, y podría hasta encontrarme esclavo de un mozo de carnicería, o trabajando a morirme en algún lugar de veraneo costero donde yo no le importara a nadie si no fuese para comprobar la velocidad que puedo alcanzar. También podría encontrarme enganchado a una carreta, con tres o cuatro hombretones azotándome, camino de una fiesta un domingo, como he visto con frecuencia en la casa donde vivía antes de venir para acá. No —añadió, sacudiendo la cabeza—, espero no acabar nunca de esa manera.





**G**inger y yo no pertenecíamos a la raza de altos caballos de tiro; éramos más bien caballos de carreras. Teníamos alrededor de siete cuartas y media de alzada; de manera que éramos igual de buenos para montar que para tirar de un carro, y nuestro amo solía decir que le desagradaban tanto un hombre como un caballo que sólo fueran útiles para una sola tarea determinada; y como no era interés suyo presumir por los parques londinenses, prefería un tipo de caballo más activo y útil. En lo que a nosotros concierne, nuestro mayor placer consistía en que nos ensillaran para un paseo a caballo; el amo montaba a Ginger; el ama me montaba a mí, y las señoritas, a Sir Oliver y a Merrylegs. Me hacía muy feliz ir al trote y al medio galope todos juntos, y nos ponía de buen humor. Yo me llevaba la mejor parte, porque siempre me montaba el ama: no pesaba mucho, su voz era dulce, y su mano sobre la rienda era tan ligera que me guiaba sin yo casi percibirlo.

¡Oh, si la gente supiera qué bienestar proporciona a los caballos una mano ligera, y cuánto contribuye a conservarnos una buena boca y un buen carácter, seguro que no sacudirían y tirarían de las riendas como suelen hacer! Nuestras bocas son tan sensibles que, si no se las ha maltratado o echado a perder por crueldad o por ignorancia, sienten el más ligero movimiento de la mano del jinete, y en un instante sabemos lo que se espera de nosotros. Mi boca nunca había sido maltratada, y creo que por esa razón el ama me prefería a mí antes que a Ginger, aunque su paso fuese, desde luego, tan bueno como el mío. No obstante, ella solía sentir celos de mí, y aseguraba que toda la culpa de que su boca no fuera tan perfecta como la mía, era a causa de la manera en que había sido domada y el bocado

que le pusieron en Londres. Y entonces Sir Oliver solía intervenir diciendo:

—Bueno, bueno, no se irrite; a usted le corresponde el mayor honor; una yegua que puede soportar el peso de un hombre de la estatura de nuestro amo, con todo ese brío y esa vivacidad tuyas, no debe ir con la cabeza gacha sólo porque no lleva al ama; nosotros los caballos debemos aceptar las cosas como son, y estar siempre satisfechos y dispuestos mientras se nos trate con bondad.

Siempre me había intrigado el hecho de que Sir Oliver tuviera la cola tan corta; no debía medir más de seis o siete pulgadas, con una borla de pelo colgando en un extremo. En uno de nuestros momentos de descanso en el huerto, le pregunté de qué forma había perdido su cola.

—¿Perdida? —resopló, con una mirada fiera—. ¡No la perdí! ¡Fue una cruel y vergonzosa acción realizada a sangre fría! Cuando yo era joven, me llevaron a un lugar donde se practicaban crueldades de esta índole; me ataron fuerte para que no pudiera moverme, y entonces vinieron y me cortaron mi preciosa y larga cola, hasta el hueso, pasando por la carne, y se la llevaron.

—¡Qué horror! —exclamé yo.

—¡Horroroso! ¡Ah, sí, fue horroroso! Pero no fue sólo el dolor, que fue terrible y duró mucho tiempo; no fue sólo la deshonra de que me arrebataran mi mejor ornamento, aunque eso me resultara ya muy doloroso; era, sobre todo, esto: ¿cómo habría de espantarme ahora las moscas de los flancos y de las patas traseras? Ustedes, que tienen colas, simplemente las ahuyentan sin pensar en eso, y no pueden imaginarse el tormento de que se posen sobre uno sin dejar de picar, y no tener nada en el mundo con qué espantarlas. Yo les digo que es un daño que me han causado, un daño para toda la vida. Pero ¡alabado sea el cielo! Ya no es costumbre hacerlo.

—¿Y con qué fin lo hicieron entonces? —preguntó Ginger.

—¡Por una cuestión de moda! —señaló el viejo caballo pateando el suelo con el casco—. ¡Una cuestión de moda! ¿Entienden lo que ello significa? No había caballo de buena raza en mi época al que no cortaran la cola de esa vergonzosa manera, como si el buen Dios que nos creó no hubiese sabido lo que necesitábamos y lo que mejor nos hacía lucir.

—Supongo que es también cuestión de moda lo que los lleva a ponernos las correas que nos obligan a erguir la cabeza con esos horribles bocados con los que me torturaron en Londres —dijo Ginger.

—Por supuesto que lo es —corroboró él—; a mi entender, la moda es una de las cosas más crueles que existen en el mundo. Consideren si





no, por ejemplo, la manera en que tratan a los perros, cortándoles la cola para darles un aire de valentía, y recortando sus lindas orejas en forma de punta para darles más estilo. ¡Así hacen! Antaño tuve una amiga muy querida, una terrier castaña llamada Skye. Me quería tanto que nunca dormía fuera de mi compartimento; dispuso su lecho debajo del comedero, y allí tuvo una camada de cinco preciosos cachorros. No se ahogó a ninguno, pues eran de buena raza. ¡Qué orgullosa estaba de ellos! Y cuando abrieron los ojos y empezaron a corretear por todas partes, daba gusto verlos. Pero un día llegó el hombre y se los llevó. Pensé que tal vez le daba miedo que yo pudiera pisarlos. Pero no era esta la razón: por la noche Skye los trajo otra vez, uno a uno, en su boca. Ya no eran los cachorros felices de antes, sino criaturitas que sangraban y lloraban lastimeramente; a todos les habían recortado la cola, y el doblez de sus delicadas orejas había desaparecido casi por completo. ¡Cómo los lamía su madre, y qué afligida estaba la pobre! Nunca lo olvidé. Con el tiempo sanaron sus heridas y olvidaron el dolor, pero el suave y lindo doblez, cuya función, por supuesto, era la de proteger la parte delicada de sus oídos del polvo o de los golpes, había desaparecido para siempre. ¿Por qué los hombres no recortarán en forma de punta las orejas de sus propios hijos para que parezcan más distinguidos? ¿Por qué no se cortarán la punta de sus propias narices para darse un aire más valeroso? Una cosa sería tan sensata como la otra. ¿Qué derecho tienen a torturar y desfigurar a las criaturas de Dios?

Sir Oliver, aunque era muy amable, demostraba un fiero carácter, y lo que dijo me resultaba tan nuevo y tan horroroso que sentí crecer en mí un sentimiento de amargura hacia los hombres que nunca antes había experimentado. Por supuesto, que Ginger estaba muy excitada con este relato. Levantó la cabeza, mirando con ojos que echaban chispas, y declaró que los hombres eran unos imbéciles y unos brutos.

—¿Quién habla de imbéciles? —dijo Merrylegs, que acababa de acercarse a nosotros. Había estado frotándose contra una rama baja del viejo manzano—. ¿Quién habla de imbéciles? Eso me parece una palabra grosera.

—Las palabras groseras se inventaron para designar las cosas groseras —señaló Ginger, y le contó lo que Sir Oliver les había relatado.

—Todo ello es cierto —dijo Merrylegs con tristeza—, y lo vi en los perros muchas veces en mi primer hogar; pero no hablaremos de eso aquí. Saben que el amo, como también John y James, son siempre buenos con nosotros. Hablar mal de los hombres en un lugar como

este no me parece justo ni agradecido. Y saben también que hay buenos amos y buenos caballeros, aparte de los nuestros, aunque sin duda los nuestros son los mejores.

Estas sabias palabras del bueno y pequeño Merrylegs, que sabíamos eran verdaderas, nos tranquilizaron a todos, especialmente a Sir Oliver, que amaba profundamente a su amo. Para cambiar de tema, pregunté:

—¿Puede alguien explicarme la utilidad de las anteojeras?

—¡No! —exclamó Sir Oliver—, porque no tienen utilidad alguna.

—Se supone —dijo Justicia, la jaca ruana, con su voz pausada—, que impidan que los caballos se sobresalten y se asusten tanto como para causar accidentes.

—Entonces, ¿por qué no se las colocan a los caballos de monta, sobre todo a los que usan las damas? —pregunté.

—No hay razón alguna —dijo tranquilamente—, si no es por una cuestión de moda. Dicen que un caballo se asustaría tanto al ver avanzar tras él las ruedas de su propio carro o carruaje, que seguro huiría de ellas, aunque, por supuesto, también cuando lleva un jinete, ve ruedas por todas partes a su alrededor, si las calles están llenas de gente. Confieso que en algunas ocasiones se nos acercan tanto que no resultan agradables, pero no huimos; estamos acostumbrados a ello y lo entendemos. Y si nunca nos colocaran anteojeras, jamás las necesitaríamos. Sin ellas sabríamos a qué atenernos, y nos asustaríamos mucho menos.

»Es posible, por supuesto, que haya caballos nerviosos que fueron heridos o asustados cuando jóvenes, y a los que las anteojeras puedan serles útiles, pero como yo nunca he sido nervioso, no puedo opinar.

—Yo considero —añadió Sir Oliver— que las anteojeras son peligrosas por la noche. Nosotros, los caballos, vemos mucho mejor en la oscuridad que los hombres, y son muchos los accidentes que se hubieran evitado si los caballos hubiesen tenido pleno uso de su vista. Recuerdo que una noche oscura, hará unos años, volvía una carroza fúnebre tirada por dos caballos. Justo al lado de la casa del granjero Sparrow, donde la carretera bordea la charca, las ruedas se aproximaron demasiado a la orilla, y la carroza fúnebre cayó al agua. Ambos caballos se ahogaron, y el cochero salvó la vida de milagro. Por supuesto, después de este accidente colocaron una sólida barrera pintada de blanco para que fuera bien visible. Si esos caballos hubiesen podido ver por donde iban, ellos mismos se hubieran apartado del borde, y no habría ocurrido ningún accidente. Cuando el carruaje de nuestro amo volcó, antes de que usted llegara a esta casa,





dijeron que si el farol del lado izquierdo no se hubiera apagado, John habría visto el gran hueco que los constructores de carreteras habían dejado; y en verdad lo habría visto. Pero si el viejo Colin no hubiese llevado anteojeras, lo habría visto con farol o sin él, pues era un caballo con demasiada experiencia como para no advertir el peligro. Él resultó gravemente herido, el carruaje se rompió, y de cómo John pudo librarse, eso nadie lo supo.

—Debo decir —intervino Ginger, arrugando el hocico— que estos hombres tan sabios, deberían dar la orden de que en el futuro todos los potros vengan al mundo con los ojos plantados en medio de la frente, en lugar de a cada lado, pues ellos siempre creen que pueden mejorar la naturaleza y corregir lo que Dios ha hecho.

El ambiente volvía a tornarse algo amargo, cuando Merrylegs levantó su sabia carita y dijo:

—Les revelaré un secreto: me parece que John no aprueba el uso de las anteojeras; lo oí un día hablar de este asunto con nuestro amo. El amo le dijo que si los caballos se habían acostumbrado a ellas, en algunos casos podría ser peligroso quitárselas, y John dijo que en su opinión sería buena idea que se domara a todos los potros sin anteojeras, como era costumbre en algunos países extranjeros. De modo que alegrémonos y corramos al otro extremo del huerto, pues me parece que el viento ha hecho caer algunas manzanas, y tenemos el mismo derecho a comerlas que las babosas.

No había quien se resistiera a la proposición de Merrylegs, de modo que interrumpimos nuestra larga conversación y nos animamos comiendo unas manzanas muy dulces que había esparcidas por la hierba.



*Hablando con franqueza*

Cuanto más tiempo yo vivía en Birtwick, más feliz y orgulloso me sentía de tener un hogar así. Nuestros amos eran respetados y queridos por todos aquellos que los conocían; eran buenos y amables no sólo con hombres y mujeres, sino también con caballos y burros, perros y gatos, reses y pájaros. No había criatura maltratada u oprimida que no tuviera en ellos a un amigo, y sus sirvientes aplicaban los mismos principios. Si llegaban a saber que cualquier niño del pueblo trataba a una criatura con crueldad, pronto recibían noticias de la mansión.

El caballero y el granjero Grey habían trabajado juntos, como decían, durante más de veinte años para que se aboliera el uso del engalle, y en nuestras tierras no era frecuente verlo. En ocasiones, si nuestra ama se encontraba con un caballo excesivamente cargado y con la cabeza alzada a la fuerza, solía detener el carruaje y trataba de razonar con el cochero con su dulce y seria voz, intentando hacerle comprender cuán tonta y cruel era esa costumbre.

No creo que ningún hombre pudiera oponerse a nuestra ama. Ojalá todas las damas fuesen como ella. Nuestro amo también solía tratar este asunto con mano dura. Recuerdo que una mañana íbamos a casa, cuando vimos a un hombre corpulento que venía hacia nosotros en un pequeño cabriolé tirado por un hermoso *poney* zaino de esbeltas patas y cabeza inteligente, signo de una gran raza. Cuando pasaron frente a las verjas del parque, la pequeña criatura se dirigió hacia allí directamente. El hombre, sin mediar palabra o advertencia alguna, le torció la cabeza con una fuerza y una brusquedad tales, que a punto estuvo de levantarlo sobre las patas posteriores. Recuperándose, el *poney* iba a seguir su camino, cuando el hombre empezó a azotarlo con furia. El *poney* se lanzó hacia delante, pero, con





mano fuerte y pesada, el hombre lo retuvo con violencia suficiente para romperle la mandíbula, mientras lo seguía golpeando con el látigo. Fue para mí una escena horrorosa, pues sabía el tremendo dolor que esa boca delicada sentía. En un segundo el amo me condujo hacia ellos.

—¡Sawyer! —gritó con voz severa—. ¿Está hecho de carne y hueso ese *poney*?

—Carne, hueso y temperamento —dijo él—. Le tiene demasiado apego a su propia voluntad, y eso no me complace —habló como si fuera presa de gran cólera. Era un albañil que había venido a menudo a trabajar a la mansión.

—¿Y piensa —preguntó el amo severamente— que tratándolo así conseguirá que le tenga apego a su voluntad?

—No tenía motivos para torcer por ahí; ¡su camino debía seguir recto! —dijo el hombre con aspereza.

—A menudo ha conducido a ese animal hasta mi casa —continuó el amo—. Eso sólo demuestra la buena memoria y la inteligencia de esa criatura. ¿Cómo podía él saber que usted no iba esta vez también a mi casa? Pero esto no tiene nada que ver con el asunto. Tengo que decirle, señor Sawyer, que nunca he tenido la dolorosa suerte de ser testigo de un trato más brutal e impropio de un hombre hacia un pequeño *poney*, y dejándose llevar en una demostración tal de cólera, usted se provoca a sí mismo tanto perjuicio, o incluso más, que a su caballo. Y recuerde: seremos juzgados por nuestras obras, tanto hacia los hombres como hacia las bestias.

El amo me llevó a casa despacio, y podía decir por el tono de su voz cuánto le había afligido este asunto. Hablaba con la misma libertad tanto a un caballero de su mismo rango como a los que estaban por debajo de él. Otro día que salimos, nos encontramos al capitán Langley, un amigo del amo. Conducía un espléndido par de caballos grises enganchados a un tipo de carruaje usado para la doma. Tras una corta conversación, el capitán dijo:

—¿Qué le parece mi nueva pareja de tiro, señor Douglas? Sé que usted es la persona más indicada por estos lugares para opinar sobre caballos, y me agradecería tener su parecer.

El amo me hizo retroceder un poco, para ver mejor a los caballos.

—Es un par de caballos de una elegancia poco común —apuntó—, y si son tan buenos como parecen, estoy seguro de que no desearía nada mejor; pero veo que usted mantiene su costumbre y que insiste en atormentar a sus caballos y en disminuir su fuerza.

—¿A qué se refiere? —dijo el otro—. ¿Al engalle? Oh, sé que es uno de sus temas favoritos; pues bien, el hecho es que me gusta ver a mis caballos con la cabeza bien alta.

—A mí también —corroboró el amo—, como a cualquier otro hombre, pero no me gusta verlos esclavizados; eso les quita todo su esplendor. Ahora es usted un hombre de armas, Langley, y no me cabe duda de que le agrada que en los desfiles su regimiento luzca bien, respondiendo a la voz de «firmes» y todo eso; pero ¿qué mérito tendría el entrenamiento de sus hombres si todos tuvieran la cabeza sujeta a una estaca? Tal vez no resulte muy dañino en un desfile, salvo que atormenta y fatiga a los hombres, pero ¿cómo sería en una carga a la bayoneta contra el enemigo, cuando necesitan el libre uso de cada músculo y toda su fuerza lanzada hacia delante? No confiaría mucho en sus posibilidades de victoria, y exactamente lo mismo ocurre con sus caballos: irrita y exaspera su carácter, y disminuye su fuerza; no les permite lanzarse a su tarea con todo el peso de sus cuerpos, de manera que tienen que apoyarse demasiado en sus músculos y sus articulaciones, y, por supuesto, eso los agota más rápido. Puede usted creerme: los caballos nacieron para tener libre la cabeza, tan libre como la de los hombres; y si nos dejáramos guiar un poco más por el sentido común y mucho menos por la moda, veríamos que las cosas funcionarían mejor. Además, sabe usted tan bien como yo que si un caballo da un traspié, tiene muchas menos probabilidades de recuperarse si lleva sujetos la cabeza y el cuello. ¿Y bien? —añadió el amo riendo—. Habiendo dado un rato rienda suelta a este tema de mi predilección, ¿se decide usted a unírseme, capitán? Su ejemplo arrastraría a los demás.

—Opino que en teoría tiene razón —dijo el otro—, y me ha dado usted donde duele con la historia de los soldados; pero... bueno, lo pensaré —y con estas palabras se separaron.





## XII

### *Un día de tormenta*

**U**n día, al final del otoño, mi amo tuvo que emprender un largo viaje de negocios. Me engancharon a un coche de dos ruedas, y John acompañó al amo. Siempre me gustaba tirar de ese coche porque era muy ligero, y las altas ruedas rodaban suavemente. Había llovido mucho y el viento empezó a soplar con fuerza, levantando en remolinos las hojas secas del camino. Avanzábamos alegremente hasta que llegamos a la barrera de peaje y al puente bajo de madera, que había sido construido al nivel de las márgenes del río. En caso de elevarse el nivel del agua, esta podía alcanzar la estructura de madera y el entarimado de planchuelas. Pero como el puente tenía barandas altas a cada lado, a la gente no le importaba.

El hombre de la barrera dijo que el río crecía con rapidez y que temía se avecinara una mala noche. Muchos de los prados estaban inundados, y en una parte baja de la carretera el agua llegaba a las rodillas. Pero el suelo era firme y el amo me conducía con cuidado, de manera que no me inquietaba.

Cuando llegamos a la ciudad, tuve que soportar una larga espera, y como los negocios del amo lo retuvieron mucho rato, no nos pusimos en camino de vuelta a casa hasta bien avanzada la tarde. El viento soplaba entonces mucho más fuerte, y oí que el amo le decía a John que nunca había salido con una tormenta semejante; yo pensaba lo mismo. Fuimos bordeando el lindero de un bosque, donde las grandes ramas de los árboles se mecían a merced del viento como si fueran ramitas, y el estruendo era terrible.

—Quisiera que ya estuviésemos lejos de este bosque —dijo mi amo.

—Sí, señor —contestó John—, sería una desgracia que nos cayera encima una de estas ramas.

Apenas había terminado de pronunciar estas palabras cuando se oyó un estruendo, seguido de un crujido y el ruido de algo rompiéndose: chocando contra los otros árboles se vino abajo un roble, arrancado de cuajo, y cayó en el camino justo delante de nosotros. No pudiera decir que no estaba asustado, porque lo estaba. Me detuve en seco, y creo recordar que temblé; por supuesto, no di media vuelta ni eché a correr, pues no había sido educado para una reacción tal. John saltó a tierra y en un segundo estaba junto a mí.

—Por poco nos alcanza —dijo mi amo—. ¿Qué se puede hacer ahora?

—Pues bien, señor, no podemos pasar por encima del árbol, ni rodearlo. No nos queda otro remedio que volver al cruce de los cuatro caminos, y nos quedarían unas seis millas antes de llegar de nuevo al puente de madera. Eso nos retrasará, pero el caballo no está cansado.

De manera que regresamos hasta el cruce de caminos, pero cuando llegamos al puente era ya casi noche cerrada. Apenas se distinguía nada, aunque vimos que el agua inundaba la parte central. Como eso había ocurrido otras veces cuando el río estaba crecido, el amo no se detuvo. Avanzábamos a buen paso, pero en el momento en que mis cascos tocaron los primeros maderos del puente, me di cuenta de que algo no iba bien. No me atrevía a seguir adelante, y me quedé inmóvil.

—Vamos, Belleza —dijo mi amo rozándome con el látigo, pero yo no me atrevía a moverme. Entonces me dio con más fuerza. Yo me sobresalté y di un brinco, pero no me atreví a seguir adelante.

—Algo no marcha bien, señor —señaló John saltando a tierra. Se acercó a mí y miró en derredor. Intentó tirar de mí hacia delante—. Vamos, Belleza, ¿qué ocurre? —por supuesto, yo no podía decirle nada, pero sabía muy bien que el puente no era seguro.

En ese momento, el hombre de la barrera de peaje que estaba al otro lado del río salió de la casa corriendo, agitando su farol como un loco.

—¡Eh, eh, eh, deténganse! —gritó.

—¿Qué ocurre? —preguntó a su vez mi amo.

—El puente se ha partido en el medio, y parte de los maderos se los ha llevado la corriente; si siguen adelante caerán al agua.

—¡Gracias a Dios! —dijo mi amo.

—¡Bendito Belleza! —dijo John cogiendo la brida y conduciéndome con suavidad hacia el camino que bordeaba por la derecha el río.

Hacía tiempo que se había puesto el sol ya, tornándose cada vez más oscuro el bosque, pero el viento parecía haberse apaciguado después de aquella ráfaga furiosa que arrancó de cuajo el árbol. Yo iba tranquilamente al trote, y apenas se oían las ruedas sobre la tierra blanda. Durante largo rato, ni mi amo ni John pronunciaron





palabra, hasta que mi amo empezó a hablar con voz seria. No podía entender mucho de lo que decían, pero creo que dijeron que si yo hubiese continuado hacia delante como quería el amo, muy probablemente el puente habría cedido bajo nuestro peso y todos, caballo, coche, amo y sirviente, habríamos caído al río; y como la corriente era muy fuerte y no había luz ni ayuda a mano, era más que probable que nos hubiésemos ahogado todos. El amo dijo que Dios había dado el raciocinio a los hombres para que pudieran averiguar las cosas por ellos mismos, pero a los animales les había dado un conocimiento que no dependía de la razón, y que a su manera era mucho más rápido y perfecto, gracias al cual habían salvado a menudo la vida de los hombres. John conocía muchas historias de perros y de caballos, y de las maravillas que estos habían hecho. En su opinión, la gente no valoraba a sus animales ni la mitad de lo que estos merecían, ni sabían desarrollar amistad con ellos como deberían. Estoy seguro de que él, en cambio, sí sabía ser amigo de los animales, mejor que ningún otro hombre.

Por fin llegamos a las verjas del parque, y encontramos que el jardinero nos estaba buscando. Dijo que el ama estaba angustiada desde que había oscurecido, temiendo que hubiese ocurrido algún accidente, y que había mandado a James con Justicia, la jaca ruana, hacia el puente de madera a preguntar por nosotros.

Vimos luz en el vestíbulo de la mansión y en las ventanas del primer piso, y cuando subíamos salió mi ama diciendo:

—¿Estás de verdad sano y salvo, querido? ¡Oh, he estado tan angustiada, imaginándome todo tipo de cosas! ¿No les ha ocurrido ningún accidente?

—No, querida; pero de no haber sido tu Belleza Negra más sabio que nosotros, a todos nos habría llevado la corriente en el puente de madera.

Ya no oí más, pues entraron en la casa y John me llevó a la cuadra. ¡Oh, qué buena cena me dio aquella noche! Una buena papilla de centeno y judías machacadas junto con mi avena, y un lecho de paja bien mullido que acogí con gusto, pues estaba cansado.

### XIII

#### *La marca del diablo*

Un día que John y yo habíamos salido a cumplir con alguna gestión de nuestro amo, y volvíamos despacio por un largo camino recto, vimos a cierta distancia a un muchacho intentando hacer saltar a un *poney* por encima de un portón. Este no quería saltar, y el muchacho lo azotaba con el látigo. Lo único que consiguió fue que el caballo se volviera hacia un lado. Lo azotó de nuevo, pero el *poney* giró hacia el otro lado. Entonces el muchacho se bajó y le dio una buena paliza, golpeándolo en la cabeza. Luego volvió a montar y quiso de nuevo que saltara, pateándolo continuamente; pero aun así, el *poney* se negó. Cuando nos acercamos, el *poney* bajó la cabeza y, levantando los cascos traseros, lo lanzó hacia delante, con lo que el muchacho cayó sobre un gran seto de espino, y el *poney*, con la rienda colgando, se fue a casa a todo galope. John soltó una sonora carcajada.

—Le está bien empleado —dijo.

—¡Ay, ay, ay! —gritó el muchacho, luchando por zafarse de las espinas—. Venga a ayudarme.

—De ninguna manera —respondió John—. Me parece que está usted donde se merece, y unos cuantos arañazos tal vez lo enseñen a no hacer saltar a un *poney* por encima de un obstáculo demasiado alto para él —y con estas palabras, John se alejó.

—Puede ser —se dijo a sí mismo— que ese joven sea un mentiroso además de ser cruel; iremos a casa pasando por la del granjero Bushby, Belleza, y si quiere enterarse de este asunto, se lo podemos contar tú y yo.

Así que giramos a la derecha, y pronto llegamos al almiar desde donde veíamos la casa. El granjero se dirigía deprisa a la carretera. Su mujer estaba junto al portón, y parecía muy asustada.





—¿Ha visto usted a mi hijo? —preguntó el señor Bushby cuando nos acercamos—. Salió hace una hora a lomos de mi *poney* negro y el animal acaba de regresar sin jinete.

—En mi opinión, señor —dijo John—, mejor es que vaya sin jinete, a no ser que sea uno que lo sepa montar.

—¿Qué quiere usted decir?

—Pues bien, señor, he visto a su hijo azotar, dar patadas y puñetazos a ese pequeño *poney* desvergonzadamente porque no quería saltar un portón que era demasiado alto para él. El *poney* se comportó bien, sin malicia, pero al final levantó los cascos y lanzó al muchacho al seto de espino. Quería que yo lo ayudara; pero, me disculpará usted, yo no sentía el más mínimo deseo de hacerlo. No se ha roto ningún hueso, señor, sólo tiene unos pocos arañazos. Yo amo a los caballos y no soporto ver que los maltraten; es muy mala costumbre exasperar a un caballo hasta el punto de que llegue a emplear sus cascos; la primera vez no suele ser la última.

Mientras tanto, la madre se echó a llorar.

—¡Oh, mi pobre Bill! Tengo que ir a buscarlo, debe de estar herido.

—Será mejor que entres a la casa, mujer —intervino el granjero—. Bill necesita una lección y tengo que encargarme de que la reciba. No es la primera vez, ni la segunda, que ha maltratado a ese *poney*, y pondré fin a esto. Te lo agradezco mucho, Manly. Buenas tardes.

Proseguimos nuestro camino, y John iba riendo todo el rato. Luego se lo contó a James, quien rió también y dijo:

—Le está bien empleado. Conocí a ese muchacho en la escuela; se daba mucha importancia porque era el hijo de un granjero; solía pavonearse y se metía con los más pequeños. Por supuesto, nosotros los mayores no tolerábamos sus tonterías, y le hicimos comprender que en el patio de la escuela eran iguales los hijos de granjero que de obrero. Recuerdo muy bien un día, justo antes de las clases de la tarde, que lo sorprendí junto a la gran ventana cogiendo moscas y quitándoles las alas. Él no me había visto y le di un bofetón que lo dejó tumbado en el suelo. Gritaba y vociferaba de tal manera que, a pesar de lo enfadado que yo estaba, casi me asusté. Los muchachos entraron corriendo desde el patio de la escuela, y el maestro acudió a toda prisa para ver a quién estaban matando. Por supuesto, yo dije enseguida, sin mentir, lo que había hecho y por qué. Luego le mostré al maestro las pobres moscas, unas aplastadas y otras arrastrándose por el suelo, impotentes, y le enseñé las alas, que estaban sobre el alféizar de la ventana. Nunca lo había visto tan molesto, pero como Bill seguía gritando y gimiendo, como el cobarde que era, no le propinó



ningún otro castigo de ese estilo, sino que lo hizo pararse sobre un taburete el resto de la tarde, y le prohibió salir a jugar al recreo durante toda la semana. Luego habló con mucha seriedad a los otros muchachos sobre la crueldad, y explicó que hacer daño a los débiles y a los indefensos era una cobardía. Pero lo que más me llamó la atención fue lo siguiente: dijo que la crueldad era la marca del diablo, y que si veíamos a alguien que sintiera placer en mostrarse cruel, sabríamos a quién pertenecía, pues el demonio es un asesino desde el principio y un torturador hasta el final. Dijo, además, que cuando viéramos personas que amaban a sus vecinos y se mostraban bondadosos con los hombres y con las bestias, sabríamos que esa era la marca de Dios.

—Tu maestro nunca pudo enseñarte algo más cierto —dijo John—. No hay religión alguna sin amor, y ya pueden hablar los hombres todo lo que quieran de su religión, que si no les enseña a ser buenos y a amar a los hombres y a las bestias, no es más que una farsa, pura comedia, James, y no valdrá nada cuando nos llegue la hora del juicio.





#### XIV

### *James Howard*

Una mañana de principios de diciembre, cuando John acababa de conducirme a mi box después de mi entrenamiento diario y me estaba colocando la manta, y James venía del granero con un poco de avena, el amo entró en la cuadra. Su semblante era serio, y tenía una carta abierta en la mano. John cerró la puerta de mi box, se llevó la mano a la gorra y esperó las órdenes del amo.

—Buenos días, John —saludó mi amo—. Quiero saber si tienes alguna queja sobre James.

—¿Queja? No, señor, ninguna.

—¿Es trabajador y se muestra siempre respetuoso contigo?

—Sí, señor, siempre.

—¿No te ha parecido que abandona su trabajo cuando das la espalda?

—Nunca, señor.

—Eso está bien; pero debo hacerte otra pregunta: ¿tienes alguna razón para sospechar que cuando sale con los caballos para que hagan ejercicio, o para llevar mensajes, se detiene a conversar con sus conocidos, o visita casas donde nada tiene que hacer, dejando a los caballos solos afuera?

—No, señor, desde luego que no, y si alguien ha estado diciendo una cosa así de James, no lo creo y no pienso creerlo mientras no haya sido probado por testigos. No me interesa quién haya intentado manchar el buen nombre de James, pero le diré, señor, que jamás he conocido en esta cuadra a un joven más serio, agradable, honrado e inteligente. Confío en su palabra y en su trabajo; se comporta de manera dulce y sensata con los caballos, y antes los dejaría a su cargo que al de muchos de los jóvenes con librea y sombrero

que conozco. Y el que quiera saber de la reputación de James Howard —añadió John con un gesto decidido—, que venga a preguntarle a John Manly.

Durante todo este tiempo el amo estuvo serio y atento, pero cuando John concluyó, se extendió una gran sonrisa por su rostro y, mirando bondadosamente a James, que había estado sin moverse en la puerta, dijo:

—James, mi muchacho, deja la avena y ven aquí. Me alegro mucho de saber que la opinión de John sobre tu carácter coincide exactamente con la mía. John es un hombre prudente —dijo con una sonrisa divertida— y no siempre es fácil conseguir su opinión sobre una persona, de manera que pensé que si tanteaba el terreno de esta manera, la liebre terminaría por saltar y me enteraría rápidamente de lo que necesitaba saber. Pero ahora vayamos a lo que nos ocupa. He recibido una carta de mi cuñado, sir Clifford Williams, de Clifford Hall. Quiere que le busque un caballero digno de confianza, de unos veinte o veintiún años, que sepa su oficio. Su viejo cochero, que ha vivido con él treinta años, está envejeciendo y quiere un hombre que trabaje con él y aprenda su estilo, de manera que pueda, una vez este se retire, ocupar su puesto. Ganaría al principio dieciocho chelines por semana, y tendría un atuendo de cuadra, un uniforme de cochero, una habitación encima de las cocheras y un ayudante. Sir Clifford es un buen amo, y si consigieras el puesto, sería un buen comienzo. No quiero separarme de ti, y si nos dejaras sé que John perdería su brazo derecho.

—Desde luego, señor —dijo John—, pero por nada del mundo me interpondría en su camino.

—¿Qué edad tienes, James? —dijo el amo.

—Cumpliré diecinueve en mayo, señor.

—Eres algo joven. ¿Tú qué piensas, John?

—Bueno, señor, es algo joven; pero es tan serio como un hombre hecho y derecho, y es fuerte y corpulento, y aunque no tiene aún mucha experiencia como cochero, tiene una mano firme y suave con la rienda, es previsor y muy cuidadoso, y no me cabe ninguna duda de que jamás un caballo suyo se echará a perder porque haya descuidado sus cascos o sus herraduras.

—Tu palabra llegará donde tiene que llegar, John —dijo el amo—, pues sir Clifford añade en una posdata: «Si encontraras a un hombre entrenado por John, lo preferiría a cualquier otro». Así que, James, muchacho, piénsalo, háblalo con tu madre durante la cena y hazme saber tu decisión.





Unos días después de esta conversación, fue decidido que James iría a Clifford Hall en un mes o seis semanas, como conviniese a su amo; mientras tanto, habría de recibir toda la práctica que se le pudiese dar como cochero. Nunca había visto que el carruaje saliera tan a menudo: cuando no salía mi ama, el amo conducía el cabriolé de dos ruedas; pero ahora, ya fuera porque salían el amo o las señoras, o por un simple recado que hubiera que hacer, a Ginger y a mí nos enganchaban al carruaje, y James nos conducía. Al principio, John viajaba con él en el pescante, dándole instrucciones, y después James conducía solo.

Era maravilloso el número de lugares a los que podía ir el amo en la ciudad los sábados, y las extrañas calles por las que nos llevaba. Se las agenciaba para ir a la estación de ferrocarril justo cuando llegaba el tren, y todos los coches de punto y los carruajes, las carretas y las diligencias intentaban pasar por el puente al mismo tiempo. Ese puente requería buenos caballos y buenos cocheros cuando sonaba la campana del tren, pues era estrecho y había una curva muy cerrada camino de la estación. No habría sido muy difícil que los carruajes chocasen unos con otros, si los cocheros no actuaban con precisión y mostraban buenos reflejos.

*El viejo mozo de cuadra*

**D**espués de este episodio, mis amos decidieron ir a visitar a unos amigos que vivían a unas cuarenta y seis millas de nuestra casa, y James había de llevarlos. El primer día recorrimos treinta y dos millas; había colinas muy altas y empinadas, pero James conducía con tanto cuidado y atención que no nos sentimos en modo alguno agotados. No olvidaba nunca poner la retranca cuando íbamos cuesta abajo, ni quitarla cuando ya no era menester. Nos hacía andar por la parte mejor del camino, allí donde el suelo era más suave para nuestros cascos; y si la subida de la colina era muy larga, colocaba las ruedas del carruaje ligeramente en diagonal para que no rodáramos hacia atrás, y nos daba un respiro. Todas estas pequeñas cosas son de gran ayuda para un caballo, sobre todo si recibe además palabras cariñosas.

Nos detuvimos un par de veces en el camino, y justo cuando ya se ocultaba el sol llegamos a la ciudad en la que habíamos de pasar la noche. Paramos en el hotel principal, situado en la plaza del mercado. Era un hotel muy grande. Pasamos bajo unas arcadas hasta llegar a un gran patio, en cuyo extremo se encontraban las cuadras y las cocheras. Llegaron dos mozos de cuadra para ocuparse de nosotros. El de mayor rango era un hombre amable y activo, que tenía una pierna torcida y vestía un chaleco de rayas amarillas. Nunca he visto a nadie desabrochar un arnés tan rápido como él. Con una palmadita y una palabra amable, me condujo a una gran cuadra, con seis u ocho compartimentos en su interior, donde había ya dos o tres caballos. El otro hombre se ocupó de Ginger, y James se quedó cerca mientras nos cepillaban y nos lavaban.

Nunca antes me habían lavado con tanta suavidad y rapidez como lo hizo aquel hombrecillo mayor. Cuando hubo terminado, James se





acercó y me tocó, como si pensara que no me habían lavado del todo bien, pero vio que mi pelaje estaba limpio y suave como la seda.

—Bueno —dijo—, pensaba que yo era bastante rápido, y que nuestro John lo era aún más, pero desde luego usted le gana a todos los que yo he conocido por su rapidez y perfección.

—La práctica hace la perfección —respondió el viejo mozo de cuadra cojo—, y si no fuera así sería una lástima. ¡Cuarenta años de práctica, y no haber alcanzado la perfección! —rió—. Eso sí que sería una lástima; y en cuanto a la rapidez, déjeme que le diga que eso sólo es cuestión de costumbre: si uno se acostumbra a ser rápido, resulta tan fácil como ser lento; más fácil incluso. Yo diría, de hecho, que no va bien para mi salud emplear en una tarea el doble de tiempo del que sería necesario. ¡Dios mío! Ya no podría silbar de contento si me quedara rezagado en mi trabajo como hacen algunas personas. Mire usted, llevo ocupándome de caballos desde que tenía doce años, en cuadras de caza o de carreras, y siendo pequeño, como usted puede ver, yo fui *jockey* durante varios años. Pero, sabe usted, en Goodwood la pista de carrera era muy resbaladiza y el pobre de Larkspur<sup>2</sup> sufrió una caída, y me rompí la rodilla, con lo que, por supuesto, ya no fui de ninguna utilidad allí. Pero no podía vivir sin los caballos, de ninguna manera podía, así que me dediqué a trabajar en los hoteles, y puedo decirle que es un absoluto placer ocuparme de un animal como este, de buena raza, bien educado y bien cuidado. ¡Dios mío, si sabré yo cómo ha sido cuidado un caballo! Déjeme ocuparme de un caballo veinte minutos, y le diré qué mozo lo ha tratado. Fíjese en este caballo: dócil, tranquilo, se dirige exactamente hacia donde uno quiere, levanta el casco para que se le limpie, o hace cualquier otra cosa que uno desee. Pero hay otros caballos agitados, nerviosos, que no se mueven hacia donde deben, o que huyen al otro extremo del compartimento de su cuadra, sacuden la cabeza en cuanto uno se le acerca, agachan las orejas, y parecen temerle a uno. ¡Incluso llegan a encarársele a uno pateando el piso! ¡Pobres animales! Sé qué tipo de trato han recibido. Si son de naturaleza tímida, eso los hace sobresaltarse o huir de la gente; si son fogosos, eso los vuelve peligrosos y llenos de resabios; su carácter se decide en gran parte cuando aún son jóvenes. ¡Vaya por Dios! Son como niños: si se los educa como está en la Biblia, cuando sean

<sup>2</sup>Larkspur. Se puede traducir como Espuelas de Caballero. En el Medioevo, el rey premiaba a los guerreros muy destacados con el título de caballero, otorgándoles, entre otros atributos, un par de espuelas.

mayores se atenderán a ese comportamiento, por mucho que se les presente la ocasión de obrar de otro modo.

—Me gusta oír lo que usted dice —aseguró James—. Así es como vemos las cosas en casa de mi señor.

—¿Quién es su señor, joven? Si no le molesta que se lo pregunte... Diría que es una buena persona, según lo que veo.

—Es el señor Gordon, de Birtwick Park, al otro lado de las colinas Beacon —apuntó James.

—¡Ah, sí, sí! He oído hablar de él. Un gran conocedor de caballos, ¿no es así? El mejor jinete del condado.

—Creo que así es, pero ya monta muy poco, desde que se mató nuestro pobre joven señor.

—¡Ah, pobre caballero! Me enteré de todo por los periódicos. También murió un gran caballo, ¿no es cierto?

—Sí —continuó James—, era una espléndida criatura, hermano de este, e igual a él.

—¡Qué lástima, qué lástima! —suspiró el viejo mozo de cuadra—. No era un buen lugar para saltar, si no recuerdo mal; una fina valla en lo alto, un talud muy inclinado hasta el arroyo, ¿no es verdad? No había forma de que un caballo viera por dónde iba. No negaré que a mí, como a cualquiera, me gusta ser atrevido cuando monto, pero hay algunos saltos que sólo un viejo cazador con experiencia puede permitirse; la vida de un hombre y la de un caballo valen más que la cola de un zorro, o por lo menos así me lo parece a mí.

Mientras tanto, el otro mozo había terminado de ocuparse de Ginger y nos había traído nuestro maíz, de manera que James y el viejo mozo se marcharon juntos de la cuadra.





XVI  
*El incendio*

**S**egún avanzaba la tarde, el segundo mozo trajo a la cuadra el caballo de un viajero, y mientras lo estaba limpiando vino a charlar un joven fumando en pipa.

—Towler —dijo el mozo—, ¿podrías subir al granero y traer un poco de heno para ponerlo en el pesebre de este caballo? Pero, antes, deja aquí la pipa.

—Está bien —contestó el otro, y subió por la trampilla. Lo oí caminar por el granero y después bajar el heno. James volvió por última vez a comprobar cómo estábamos, y luego cerraron la puerta.

No puedo decir cuánto dormí ni qué hora era, pero me desperté muy incómodo, aunque no acertaba a adivinar el porqué. Me puse en pie, y el aire se me antojó pesado y asfixiante. Oí a Ginger toser y uno de los otros caballos se movía inquieto de un lado a otro. Estaba muy oscuro y no podía ver nada, pero la cuadra estaba llena de humo y apenas podía respirar.

Habían dejado abierta la trampilla que comunicaba con el granero, y pensé que de ahí venía todo ese humo. Escuché y percibí un leve ruido y un suave crepitar como de algo rompiéndose. No sabía lo que era, pero había algo tan peculiar en ese sonido, que me hizo temblar de los pies a la cabeza. Ya se habían despertado todos los demás caballos; unos tiraban de sus ronzales y otros golpeaban el suelo con los cascos.

Por fin oí que alguien se acercaba, y el mozo que se había ocupado del caballo del viajero irrumpió en la cuadra con un farol y empezó a desatar a los caballos, intentando llevarlos fuera. Pero parecía tener tanta prisa, y parecía él mismo tan asustado, que me asustó a mí mucho más. El primer caballo no quiso seguirlo; lo intentó con otro, y con otro más, y ninguno quiso moverse. Luego se acercó a mí e



intentó sacarme a la fuerza del compartimento; por supuesto, fue en vano. Lo intentó con todos nosotros, uno tras otro, y luego se marchó.

Admito que fuimos unos insensatos, pero el peligro parecía rodearnos por todas partes, y no había nadie conocido en quien confiar, y todo se nos antojaba extraño e incierto. El aire fresco que había entrado por la puerta abierta nos ayudó a respirar, pero el sonido que oíamos sobre nuestras cabezas se hizo más fuerte, y cuando miré hacia arriba, a través de los barrotes de mi pesebre vacío, vi una luz roja brillar sobre la pared. Luego oí que gritaban «¡fuego!», y el viejo mozo de cuadra entró rápidamente, pero con una gran tranquilidad, e hizo salir a un caballo. Volvió por otro, pero las llamas danzaban alrededor de la trampilla, y el rugido que venía de arriba era espantoso.

La siguiente cosa que oí fue la voz de James, tranquila y alegre, como de costumbre:

—Vamos, mis preciosos, es hora de salir de aquí, así que despierten y vengan conmigo.

Yo era quien estaba más cerca de la puerta, de modo que llegé primero a mí, acariciándome.

—Vamos, Belleza, te pongo la brida, mi niño, y pronto estaremos fuera de esta humareda.

Me puso la brida en un segundo, luego se quitó el pañuelo que llevaba al cuello, me lo ató con suavidad sobre los ojos y, dándome palmaditas y hablándome con persuasión, me sacó de la cuadra. Cuando estábamos a salvo en el patio, me quitó el pañuelo de los ojos y gritó:

—¡Que venga alguien a llevarse este caballo mientras vuelvo a buscar el otro!

Un hombre alto y corpulento se acercó y me cogió por la brida, y James se precipitó de nuevo a la cuadra. Lancé un relincho estridente cuando vi que se alejaba. Ginger me dijo después que ese relincho fue lo mejor que pude haber hecho por ella, pues, de no haberme oído ahí fuera, nunca habría tenido el valor de salir de la cuadra.

Reinaba una gran confusión en el patio; habían sacado los caballos de otras cuadras, y también los carruajes y los cabriolés de las cocheras y de los garajes, para que las llamas no se extendieran aún más. Enfrente, las ventanas se abrían de par en par y la gente gritaba toda clase de cosas; pero yo mantuve la vista fija en la puerta de la cuadra, desde donde el humo salía más denso que antes, y veía fulgores de una luz roja. Entonces oí, por encima del estruendo y de la conmoción, una voz alta y clara que reconocí como la de mi amo.





—¡James Howard! ¡James Howard! ¿Estás ahí?

No hubo respuesta, pero oí el ruido de algo que caía en el interior de la cuadra, y al segundo lancé un relincho fuerte y alegre, pues vi a James aparecer entre el humo, llevando con él a Ginger; esta tosía con violencia, y él no podía pronunciar palabra.

—¡Valiente muchacho! —dijo el amo, apoyando una mano sobre su hombro—. ¿Estás herido?

James negó con la cabeza, pues aún no podía hablar.

—Sí —dijo el hombre corpulento que me sujetaba—, es un muchacho valiente, no hay duda.

—Y ahora —dijo el amo—, cuando recuperes el aliento, James, saldremos de este lugar lo más rápido que podamos —nos dirigíamos hacia la salida, cuando de la plaza del mercado llegó un sonido de galope y un fuerte rechinar de ruedas sobre el suelo.

—¡Es el carruaje de los bomberos! ¡El carruaje de los bomberos! —gritaron dos o tres voces—. ¡Atrás! ¡Dejen paso! —y traqueteando sobre los adoquines, entraron a toda prisa dos caballos en el patio, con el pesado carruaje detrás. Los bomberos saltaron a tierra; no hacía falta preguntar dónde estaba el fuego: todo el techo se encontraba en llamas.

Llegamos lo más rápido que pudimos a la tranquila y espaciosa plaza del mercado; brillaban las estrellas, y con excepción del ruido que habíamos dejado atrás, todo estaba tranquilo. El amo nos llevó a un gran hotel que había al otro lado, y en cuanto apareció el mozo, dijo:

—James, ahora debo ocuparme de tu ama. Te confío los caballos; ordena lo que sea necesario —con estas palabras se alejó. El amo no corría, pero palabra que nunca he visto a un mortal caminar tan rápido como él aquella noche.

Oímos un espantoso estruendo antes de entrar en nuestros departamentos; eran los relinchos de aquellos pobres caballos que quedaron abandonados quemándose vivos. ¡Fue terrible! Ginger y yo nos sentimos muy mal. Nosotros, en cambio, fuimos llevados a la cuadra y nos atendieron bien.

A la mañana siguiente vino el amo a vernos y a hablar con James. No oí gran cosa, pues el mozo de cuadra me estaba cepillando, pero veía que James parecía muy contento, y diría que el amo estaba orgulloso de él. Nuestra ama había sufrido tanto con los acontecimientos de la noche, que fue necesario aplazar el viaje hasta la tarde, así que James tenía la mañana libre. Fue primero al hotel a buscar nuestro arnés y el carruaje, y para saber algo más sobre el fuego. Cuando regresó, oímos lo que le contaba al mozo de cuadra.

Al principio nadie sabía cómo había empezado el fuego, pero por fin un hombre dijo haber visto a Dick Towler entrar en el granero con la pipa en la boca, y ya no la tenía cuando salió, por lo que había ido a la taberna a buscar otra. Entonces el segundo mozo de cuadra dijo que le había pedido a Dick subiera a buscar heno, advirtiéndole que antes de subir dejara la pipa. Dick negó haber subido con la pipa, pero nadie le creyó. Recordé entonces la norma de John Manly sobre no permitir nunca una pipa en el establo, y pensé que esta debía ser una norma universal.

James dijo que el tejado y el suelo se habían derrumbado por completo, y que sólo quedaban en pie los muros ennegrecidos; los dos pobres caballos a los que no se pudo sacar quedaron sepultados bajo las vigas y las tejas quemadas.





## XVII

### *Los consejos de John Manly*

**E**l resto de nuestro viaje transcurrió sin dificultad alguna, y un poco después del atardecer llegamos a la casa del amigo de nuestro amo. Nos llevaron a una cuadra limpia y acogedora. Había un amable cochero que nos hizo estar muy a gusto, y quien al parecer se formó una gran opinión de James cuando supo la historia del fuego.

—Hay algo muy claro, joven —dijo—: sus caballos saben en quién pueden confiar; una de las cosas más difíciles del mundo es sacar a los caballos de la cuadra cuando hay fuego o inundación. Y no sé por qué, pero ellos no quieren salir. No encontrará uno entre veinte que lo haga.

Pasamos dos o tres días en ese lugar y luego regresamos a casa. El viaje transcurrió muy bien; nos alegrábamos de estar de vuelta en nuestra cuadra, y John también se alegraba de vernos.

Antes de que él y James nos dejaran esa noche, James dijo:

—Me pregunto quién me sustituirá aquí.

—El pequeño Joe Green, el del pabellón —informó John.

—¡El pequeño Joe Green! ¡Pero si no es más que un niño!

—Tiene catorce años y medio.

—¡Es todavía muy pequeño!

—Sí, es pequeño, pero es rápido y trabajador, tiene también un gran corazón y está deseando venir aquí, como así lo desea su padre; y yo sé que al amo le gustaría darle una oportunidad. Dijo que si me parecía que no daba la talla, buscaría a un muchacho de más edad, pero yo le dije que estaba dispuesto a tenerlo a prueba durante seis semanas.

—¡Seis semanas! —exclamó James—. ¡Pero si harían falta por lo menos seis meses antes de que sea de alguna utilidad aquí! Te dará un montón de trabajo, John.

—Bueno —dijo John sonriente—, el trabajo y yo somos muy buenos amigos; nunca le he tenido miedo al trabajo.

—Eres un hombre muy bueno —dijo James—. ¿Cómo me gustaría ser algún día como tú!

—No suelo hablar de mí mismo —respondió John—, pero ya que nos dejas para establecerte por tu cuenta, te diré mi opinión sobre estos asuntos. Tenía yo la misma edad que Joe cuando mis padres murieron de fiebres, en un espacio de diez días, y me dejaron solo con mi hermana Nelly, que está lisiada, solos en el mundo, sin un solo pariente al cual pedir ayuda. Yo era un peón de granja y apenas ganaba para mantenerme a mí mismo, y mucho menos a mi hermana. También ella hubiera tenido que ir a trabajar a un taller, de no haber sido por nuestra ama. Nelly la llama su ángel, y con toda la razón. Nuestra ama le alquiló una habitación en casa de la vieja viuda Mallet, y le proporcionó trabajo de costura y tejido. Y cuando estaba enferma le hacía llegar algo de comer y otras cosas agradables, y se portaba con ella como una madre. En cuanto a nuestro amo, me empleó en la cuadra bajo las órdenes del viejo Norman, el cochero de entonces. Comía en la casa y dormía en el granero, y se me dio un uniforme y tres chelines semanales para poder ayudar a Nelly. Norman podría haberme dado la espalda diciendo que a su edad ya no estaba para enseñar a un muchacho sin experiencia alguna que acababa de venir del campo. Pero fue como un padre para mí, y tuvo toda la paciencia del mundo conmigo. Cuando murió unos años después, ocupé su lugar, y ahora gano un salario muy bueno y puedo descansar, cada vez que se presenta la ocasión, y Nelly es feliz como un pajarito. De modo que ya ves, James: no soy hombre que quiera darle la espalda a un niño pequeño, disgustando a un amo bueno y amable. ¡De ninguna manera! Te echaré mucho de menos, James, pero saldremos adelante. No hay nada como hacer una buena obra cuando se tiene la oportunidad, y yo me alegro de poder hacerlo.

—Entonces —intervino James—, ¿no estás de acuerdo con el dicho «que cada palo aguante su vela»?

—En modo alguno —dijo John—. ¿Dónde estaríamos Nelly y yo si nuestros amos y el viejo Norman hubiesen aguantado solamente su propia vela? ¡Pues bien, ella en el taller y yo plantando nabos! ¿Dónde estarían ahora Belleza Negra y Ginger si tú sólo hubieras pensado en ti durante el incendio? ¡Se habrían quemado vivos! No, Jim, no, ese es un dicho egoísta, sea quien sea el que lo emplee. Y cualquiera que piense sólo en ocuparse de sí mismo, debo decir, muy a mi pesar, que mejor sería que no hubiese nacido. Esa es mi opinión —enfaticó John.





James se echó a reír, pero estaba conmovido cuando dijo:

—Aparte de mi madre, has sido mi mejor amigo. Espero que no me olvides.

—¡No, muchachón, no! —exclamó John—, y si alguna vez puedo hacerte algún favor, espero que tú tampoco me olvides.

Al día siguiente, Joe llegó a la cuadra para aprender todo lo posible antes de que James se fuera. Aprendió a barrer la cuadra, a colocar la paja y el heno; empezó a limpiar los arneses, y ayudó a lavar el carruaje. Como era demasiado bajito para cepillarnos a Ginger y a mí, James le hizo una demostración con Merrylegs, pues Joe habría de ocuparse de él por completo, a las órdenes de John. Era un muchacho simpático e inteligente, y siempre venía silbando al trabajo.

A Merrylegs le contrarió mucho ser «manejado», según dijo, por ese «muchacho que nada sabía», pero hacia el final de la segunda semana me confesó en confianza que le parecía que el muchacho resultaría un buen mozo de cuadra.

Por fin llegó el día en que James debía dejarnos. Aunque siempre estaba animado, aquella mañana parecía bastante apesadumbrado.

—¿Sabes? —le dijo a John—, dejo atrás muchas cosas: mi madre y Betsy, tú mismo, unos buenos amos, los caballos y mi viejo Merrylegs. En mi nuevo empleo no conoceré a nadie. Si no fuera porque voy a conseguir un cargo más alto y podré ayudar así a mi madre mucho mejor, no creo que me hubiera decidido a aceptarlo; es en realidad un disgusto, John.

—Sí, James, muchacho, así es, pero no habría tenido una gran opinión de ti si fueras a dejar tu hogar por primera vez sin sentirte así. Anímate, allí harás nuevos amigos, y si te va bien, y estoy seguro de que así será, resultará muy bueno para tu madre y estará muy orgullosa de ti.

De esa forma trató John de animarlo, pero todos sentían perder a James. En cuanto a Merrylegs, estuvo triste por su partida durante varios días y perdió el apetito. De manera que John lo sacó varias mañanas con un cabestro, cuando me llevaba a mí a hacer ejercicio, y a fuerza de hacerlo trotar y galopar junto a mí, le devolvió el ánimo.

El padre de Joe solía venir a echar una mano, pues tenía experiencia con el trabajo, y Joe se esforzó mucho por aprender, de modo que John se sentía muy optimista por él.

## XVIII

### *En busca del médico*

Una noche, días después de la marcha de James, me había comido el heno y dormía plácidamente sobre mi lecho de paja, cuando de pronto me despertó la campana de la cuadra, que tañía muy fuerte. Oí que abrían la puerta de la casa de John y que él corría hacia la mansión. Volvió enseguida, abrió la puerta de la cuadra y entró gritando:

—Despierta, Belleza; llegó el momento de demostrar lo que vales.

Y antes de que pudiera siquiera darme cuenta, me había ensillado y me había colocado la brida. Corrió a buscar su capa y luego me llevó a buen trote hasta la puerta de la mansión. Allí estaba el señor con un farol en la mano.

—Corre, John —dijo—, corre como si te fuera la vida en ello; es decir, corre porque en ello va la vida de tu ama. No hay un segundo que perder; dale esta nota al doctor White, deja que el caballo descanse un poco en la posada y vuelve lo más rápido que puedas.

John dijo a todo que sí y en un segundo ya estaba sobre mi lomo. El jardinero que vivía en el pabellón había oído sonar la campana y estaba preparado, con la verja abierta, y allá nos lanzamos a través de la finca y del pueblo, colina abajo hasta que llegamos a la barrera. John dio una voz y aporreó la puerta; el hombre salió enseguida y abrió la puerta de par en par.

—Mantenga la puerta abierta para cuando venga el médico —dijo John—. Aquí tiene el dinero —y volvimos a galopar.

Ante nosotros, siguiendo el cauce del río, se extendía un largo camino llano. John me dijo:

—Ahora, Belleza, da lo mejor de ti.

Y así lo hice. No necesitaba látigo ni espuela, y galopé lo más rápido que pude durante dos millas; no creo que mi viejo abuelo, que ganó la carrera en el hipódromo de Newmarket, pudiese haber ido





más rápido que yo aquella noche. Cuando llegamos a la altura del puente, John me retuvo un poco y me acarició el cuello.

—¡Bravo, Belleza! Mi buen y viejo amigo —dijo.

De haber sido por él, me habría permitido ir más despacio, pero mi ardor era tal que me lancé otra vez al galope tan veloz como antes. Hacía un aire helado, brillaba la luna y la temperatura era muy agradable. Pasamos por un pueblo, luego por un bosque oscuro, después loma arriba y loma abajo, y tras galopar ocho millas, llegamos a la ciudad y recorrimos sus calles hasta desembocar en la plaza del mercado. Sólo se oía el retumbar de mis cascos sobre el empedrado, pues todo el mundo dormía. El reloj de la iglesia dio las tres cuando llegamos a la puerta del doctor White. John llamó dos veces y luego aporreó la puerta con toda su fuerza. Se abrió una ventana de par en par y el doctor White, con su gorro de dormir, asomó la cabeza y preguntó:

—¿Qué quiere?

—La señora Gordon está muy enferma. El amo quiere que vaya inmediatamente; cree que ella morirá si usted no llega a tiempo. Aquí tiene esta nota.

—Espere —dijo—. Ya voy.

Cerró la ventana y de inmediato apareció en la puerta.

—El problema es que mi caballo ha estado fuera todo el día y está agotado —dijo—. Acaban de llamar a mi hijo y se ha llevado el otro caballo. ¿Qué podemos hacer? ¿Me presta usted el suyo?

—Ha venido galopando casi todo el camino, señor, y quería dejarlo descansar aquí. Pero no creo que mi amo se opondría, si a usted le parece bien, señor.

—De acuerdo entonces. Estaré listo enseguida.

John permaneció junto a mí y me acarició el cuello. Yo tenía mucho calor. El doctor volvió con su fusta.

—No la necesita, señor —le informó John—. Belleza Negra correrá hasta caer rendido. Pero cuide bien de él, señor, si puede. No querría que le ocurriera nada.

—No, John, por supuesto que no —respondió el doctor.

Un minuto más tarde, ya estábamos lejos. No diré nada del camino de vuelta; el doctor era más corpulento que John y peor jinete. No obstante, yo me esforcé al máximo. El hombre de la barrera había dejado abierta la puerta. Cuando llegamos a la colina, el doctor me frenó.

—Bueno, mi buen amigo —dijo—, descansa un poco.

Me alegré de que dijera eso, pues estaba casi agotado; ese descanso me ayudó a continuar y pronto llegamos a la finca. Joe estaba en la puerta del pabellón, y mi amo en la puerta de la mansión, pues



nos había oído llegar. No dijo una sola palabra. El doctor entró en la casa con él y Joe me condujo a la cuadra. Yo estaba contento de llegar a casa, me temblaban las piernas y sólo tenía fuerza para quedarme de pie, jadeando. Estaba tan bañado en sudor, que este me chorreaba por las patas, y todo mi cuerpo exhalaba vapor, a decir de Joe, como una tetera sobre el fuego. ¡Pobre Joe! Era joven y pequeño, y tenía aún muy poca experiencia. Su padre, que hubiera podido ayudarlo, había ido al pueblo más cercano a hacer una gestión; pero no me cabe duda de que Joe lo hizo lo mejor que supo. Me frotó las patas y el cuerpo, pero no me cubrió con mi cálida manta; pensó que yo tenía tanto calor que no me gustaría. Luego me dio un cubo de agua entero para beber; el agua estaba fría y era muy agradable, así que me la bebí toda. Después, un poco de heno y de maíz, y pensando que había obrado bien, se marchó. Pronto empecé a temblar y a tiritar y me quedé completamente helado. Me dolían las piernas, el lomo y el pecho, y sentía un malestar por todo el cuerpo. ¡Oh, cómo echaba de menos mi manta calentica mientras temblaba! Deseé que estuviese allí John, pero le quedaba una caminata de ocho millas, de manera que me tumbé sobre la paja y traté de dormir. Mucho después oí a John en la puerta. Emití un quejido, pues tenía grandes dolores. En un segundo se plantó a mi lado y se agachó junto a mí. No podía decirle cómo me sentía, pero él parecía darse cuenta. Me cubrió con dos o tres mantas y luego corrió a casa a buscar agua caliente; me preparó unas gachas, me las tomé y luego creo que me dormí.

John parecía muy enojado. Hablando consigo mismo, repetía, una y otra vez: «Estúpido, estúpido! Mira que no ponerle una manta, y seguramente le dio agua fría. Los niños no sirven para nada». Pero Joe era un buen muchacho a pesar de todo.

Yo estaba muy enfermo; una gran inflamación me había afectado los pulmones, y no podía respirar sin que me doliera. John me cuidaba noche y día, se levantaba dos o tres veces en mitad de la noche para venir a verme; mi amo también venía a menudo para ver cómo me encontraba.

—Mi pobre Belleza —dijo una vez—, mi buen caballo, le salvaste la vida a tu ama. ¡Sí, Belleza, le salvaste la vida!

Me alegró mucho oír aquello, pues, según parece, el médico había dicho que, de haber esperado un poco más, habría sido ya demasiado tarde. John le dijo a mi amo que jamás en su vida había visto a ningún caballo ir tan rápido, que era como si el caballo entendiese lo que estaba ocurriendo. Por supuesto que yo lo entendía, aunque John pensara que no; por lo menos, yo sabía que John y yo debíamos ir lo más rápido posible, y que era por mi ama.





## XIX

### *Simple ignorancia*

**N**o sé cuánto tiempo estuve enfermo. El señor Bond, el veterinario, vino todos los días. Un día me sangró; John sostuvo el cubo que recogía la sangre. Después de eso me sentí muy débil, y pensaba que me iba a morir, y me parece que todos lo pensaron también.

Se habían llevado a Ginger y a Merrylegs a la otra cuadra para que yo estuviera tranquilo, pues la fiebre me había vuelto muy sensible, y cualquier ruidito me hería los oídos, tanto que podía oír los pasos de cualquiera que entrara o saliese de la casa. Sabía todo lo que estaba ocurriendo. Una noche, John me hizo tomar un brebaje y Thomas Green vino a ayudarlo. Cuando me lo hube tomado, y John me acomodó, dijo que se quedaría media hora para ver qué efecto hacía la medicina. Thomas dijo que se quedaría con él, así que fueron a sentarse en un banco que pusieron en el compartimento de Merrylegs, y colocaron el farol a sus pies para que no me molestara la luz.

Los dos hombres permanecieron un rato en silencio, y luego Tom Green dijo en voz baja:

—John, me gustaría que le dijeras una palabra amable a Joe; el muchacho está destrozado. No come y no quiere ni sonreír. Dice que sabe que todo fue culpa suya, aunque él lo hizo lo mejor que supo, y dice que si Belleza muere, nadie volverá a dirigirle la palabra. Me parte el corazón oírlo hablar así; pensé que tú podrías decirle algo, no es un mal muchacho.

Tras una breve pausa, John respondió:

—No seas demasiado duro conmigo, Tom. Sé que no lo hizo con mala intención, yo nunca he dicho eso; sé que no es un mal muchacho, pero sabes que a mí también me duele. Ese caballo, Tom, es el orgullo de mi corazón, y ni qué decir que es el favorito de mi amo y de mi ama. Pensar que su vida vaya a extinguirse así es más de lo que

puedo soportar. Pero si tú piensas que soy demasiado severo con el muchacho, intentaré decirle algo amable mañana, si es que Belleza se encuentra mejor.

—Bueno, John, muchas gracias. Sabía que no querías mostrarte demasiado duro con él, y me alegra que te dieras cuenta de que fue simple ignorancia.

La voz de John casi me hizo sobresaltar cuando respondió:

—¡Simple ignorancia! ¡Simple ignorancia! ¿Cómo puedes decir que fue simple ignorancia? ¿Es que no sabes que esa es lo peor que existe en el mundo, si dejamos fuera la maldad? Y sólo Dios sabe cuál de las dos causa más daño. La gente dice: «Oh, no lo sabía, no lo hice con mala intención», y se creen que ya está todo arreglado. Supongo que Martha Mulwash no quería matar a esa criatura cuando la atiborró de jarabe para la tos, pero la mató y fue juzgada por homicidio.

—Y le está bien empleado —confirmó Tom—. Una mujer no debería aceptar la responsabilidad de cuidar de una criaturita sin saber lo que es bueno o lo que es malo para ella.

—Bill Starkey —prosiguió John— no quería seguramente provocarle un ataque de terror a su hermano cuando se disfrazó de fantasma y lo persiguió en plena noche, a la luz de la luna; pero lo hizo, y ese muchacho guapo e inteligente, que podría haber sido el orgullo de su madre, ahora no es más que un retrasado, y así será toda su vida, aunque viva ochenta años. Y si no que te lo digan a ti, Tom, cuando hace dos semanas esas señoritas dejaron abierta la puerta de tu invernadero, cuando soplaban ese viento helado del Este. Dices que mató muchas de tus plantas.

—¡Muchas, sí! —aseguró Tom—. No se salvó ni una de las que empezaban a brotar; tendré que rehacer todo el trabajo, y lo peor es que no sé de dónde sacar otras semillas. Por poco me vuelvo loco de furia cuando entré y vi el destrozo.

—Y sin embargo —añadió John—, estoy seguro de que las señoritas no lo hicieron a propósito; ¡fue simple ignorancia!

Ya no oí más porque la medicina hizo efecto y me dormí. Por la mañana me encontraba mucho mejor. A veces he recordado las palabras de John al saber más sobre el mundo.





**J**oe Green progresaba; aprendía deprisa, y era tan atento y cuidadoso que John empezó a confiarle muchas labores. Pero, como ya he dicho, era bajito para su edad, y rara vez se le permitía sacarme a mí o a Ginger para hacer ejercicio. Pero una mañana John había salido con Justicia en el carretón del equipaje, y el amo quería que se llevara de inmediato una nota a casa de un caballero, a unas tres millas de distancia, y ordenó a Joe que me ensillara y llevara él la nota; le recomendó que montara con prudencia.

Entregó la nota, y regresábamos plácidamente cuando llegamos a la cantera. Allí vimos una carreta pesadamente cargada con ladrillos. Las ruedas se habían atascado, enterrándose en unos profundos surcos de fango. El carretero gritaba y azotaba a los dos caballos sin piedad. Joe se acercó. Era una escena triste. Ahí estaban los dos caballos, tirando y luchando con todas sus fuerzas para sacar la carreta, pero no podían moverla. El sudor les chorreaba por las patas y por los flancos, jadeaban continuamente y sus músculos estaban contraídos en el esfuerzo por tirar de la carreta, mientras el hombre, tirando salvajemente de la cabeza del primer caballo, blasfemaba y los azotaba brutalmente.

—Un momento —dijo Joe—, no siga azotando a los caballos; las ruedas están tan hundidas que no pueden mover la carreta.

El hombre no le prestó atención y siguió azotando a los caballos.

—Deténgase, se lo ruego —insistió Joe—. Lo ayudaré a aligerar la carreta; así como está no pueden moverla.

—Ocupate de tus asuntos, jovencito impertinente, y yo me ocuparé de los míos.

El hombre estaba de pésimo humor, agravado por el alcohol, y volvió a azotar a los caballos. Joe me hizo girar, y al instante nos

dirigimos al galope hacia la casa del fabricante de ladrillos. No puedo decir si John hubiese aprobado nuestra velocidad, pero Joe y yo compartíamos el mismo estado de ánimo, y estábamos tan enfadados que no hubiésemos podido ir más despacio.

La casa se hallaba junto al camino. Joe llamó a la puerta y gritó:

—¡Eh! ¿Está el señor Clay en casa?

Se abrió la puerta y salió el señor Clay en persona.

—Buenas, joven, parece tener prisa. ¿Alguna orden de tu señor esta mañana?

—No, señor Clay, pero hay un hombre en su cantera matando a latigazos a dos caballos. Le dije que cesara, pero no quiso hacerlo; así que he venido a contárselo a usted. Por favor, acuda, señor —Joe estaba tan nervioso que le temblaba la voz.

—Gracias, mi muchacho —dijo el hombre, corriendo a buscar su sombrero. Luego se detuvo un segundo y añadió—: ¿Darías testimonio de lo que has presenciado si llevara a ese hombre ante un juez?

—Por supuesto —contestó Joe—, y lo haría con gusto.

El hombre se marchó, y nosotros regresamos a casa al trote.

—¿Qué te ocurre, Joe? Pareces muy enojado —dijo John cuando el muchacho saltó de la montura.

—Desde luego que estoy enojado, puedes creerme —contestó Joe y, apresuradamente, le contó nervioso todo lo que había sucedido. Él era un muchacho callado y gentil, y llamaba la atención verlo tan furioso.

—Bien, Joe, has hecho bien, muchacho, reciba o no reciba ese hombre una citación para presentarse ante el juez. Mucha gente hubiera pasado de largo, pretendiendo que no era asunto suyo. Pues bien, yo opino que cuando se trata de la crueldad y de la opresión, es asunto de todos intervenir; has hecho bien, muchacho.

Para entonces, Joe ya se había tranquilizado bastante y estaba orgulloso de que John aprobara su comportamiento. Me limpió los cascos y me cepilló con más seguridad que de costumbre.

Estaban a punto de retirarse a sus casas para cenar, cuando llegó el lacayo a la cuadra y dijo que requerían a Joe en las habitaciones privadas del amo. Habían traído a un hombre, acusado de maltratar a unos caballos, y se necesitaba el testimonio de Joe. El muchacho enrojeció hasta la raíz del cabello y sus ojos lanzaron chispas.

—Si quieren mi testimonio, lo tendrán —respondió.

—Ponte presentable —aconsejó John.

Joe se colocó bien la corbata, se estiró la chaqueta y salió enseguida. Al ser nuestro amo uno de los jueces del condado, a veces acudían





a él para arreglar ciertos asuntos o para oír su opinión sobre otros. En la cuadra no nos enteramos de nada más, pues era la hora de la cena de las personas, pero cuando Joe volvió, vi que estaba de muy buen humor. Me dio una palmadita cariñosa y me dijo:

—No vamos a tolerar comportamientos como este, ¿verdad, viejo amigo?

Después, nos enteramos que había ofrecido su testimonio con mucha claridad, y los caballos estaban en un estado de agotamiento tal y presentaban las señales de un trato tan brutal, que habían puesto al carretero en manos de la justicia, y posiblemente se le sentenciaría a dos o tres meses de cárcel.

Era extraordinario el cambio que había sufrido Joe. John se reía y decía que el muchacho había crecido una pulgada esa semana, y yo estoy de acuerdo con John. Era tan bueno y amable como antes, pero demostraba más voluntad y más determinación en todo lo que hacía, como si de golpe hubiese pasado de niño a hombre.

*La separación*

Llevaba ya tres años viviendo en ese feliz lugar, pero tristes cambios estaban a punto de ocurrir. De vez en cuando oíamos decir que nuestra ama estaba enferma. El médico visitaba la casa con frecuencia, y el amo parecía serio y preocupado. Entonces nos enteramos de que el ama debía abandonar inmediatamente su hogar y marchar a un país cálido durante dos o tres años. Esta noticia golpeó la casa como un repique de campanas en una misa de difuntos. Todos estaban desolados; pero el amo se puso inmediatamente manos a la obra para liquidar sus bienes y dejar Inglaterra. Solíamos oír hablar de este asunto en la cuadra, pues en verdad no se hablaba de otra cosa.

John se entregaba a su trabajo silencioso y triste, y Joe rara vez silbaba. Había mucho ajeteo de ir y venir: Ginger y yo trabajábamos sin descanso.

Las primeras en marcharse fueron la señorita Flora y la señorita Jessie, con su institutriz. Vinieron a despedirse de nosotros. Abrazaron al pobre Merrylegs como a un viejo amigo, y eso es lo que era. Entonces nos enteramos de lo que se había dispuesto para nosotros. El amo nos había vendido a Ginger y a mí a su viejo amigo, el conde de W..., pues pensó que allí había de aguardarnos un buen hogar. Merrylegs fue entregado al vicario, que necesitaba un *poney* para la señora Blomefield, pero con la condición de que no lo vendería nunca, y cuando se le pasara la edad de trabajar, lo sacrificaría y lo enterraría.

Contrataron a Joe para que se ocupara de él y para que ayudara en la casa, así que me parecía que Merrylegs había resultado afortunado. John recibió varias buenas ofertas de trabajo, pero dijo que esperaría un poco antes de decidirse por alguna.





La noche antes de marcharse, el amo entró en la cuadra a dar unas órdenes y a despedirse por última vez de sus caballos. Parecía muy apesadumbrado, así me lo daba a entender su voz. Creo que nosotros los caballos somos capaces de adivinar más cosas por la voz que muchos hombres.

—¿Has decidido qué hacer, John? —preguntó—. Tengo entendido que no has aceptado ninguna de esas ofertas.

—No, señor. He decidido que para mí lo mejor sería encontrar un empleo con algún buen domador de potros y entrenador de caballos. Muchos animales jóvenes se echan a perder y se asustan por un trato que no es el adecuado. Eso no ocurriría si se ocupara de ello la persona apropiada. Siempre se me han dado bien los caballos, y si pudiera ayudar a algunos de ellos a empezar con buen pie, sentiría que me estoy empleando en algo bueno. ¿Cuál es su opinión al respecto, señor?

—No conozco hombre alguno que yo piense que esté mejor capacitado para eso que tú —dijo el amo—. Entiendes a los caballos, y de alguna manera, ellos te entienden a ti, y con el tiempo, tal vez llegues a establecerte por tu cuenta; me parece que no podrías hacer nada mejor. Si yo puedo ayudarte de alguna manera, escíbeme. Le hablaré de ti a mi agente en Londres.

El amo le dio a John su nueva dirección y luego le agradeció su larga y fiel dedicación.

—No, señor, se lo ruego, no tiene usted que agradecerme nada. Usted y mi querida señora han hecho tanto por mí que jamás podré pagárselo. Pero nunca los olvidaremos, señor, y si Dios así lo quiere, la señora se recuperará; debemos mantener la esperanza, señor.

El amo estrechó la mano de John sin pronunciar palabra, y se marcharon juntos de la cuadra.

Y llegó el triste día de la separación. El lacayo se había marchado el día anterior con el pesado equipaje, y en casa sólo quedaban el señor, la señora y la doncella de esta. Ginger y yo llevamos por última vez el carruaje hasta la puerta de la mansión. Los sirvientes trajeron cojines, esteras y otras muchas cosas, y cuando lo dispusieron todo, el amo bajó las escaleras llevando en brazos a mi ama (yo me encontraba en el lado del carruaje más cercano a la casa, y podía ver todo lo que ocurría); la acomodó con cuidado en el interior del carruaje, mientras los sirvientes de la casa lo rodeaban llorando.

—Una vez más, adiós —dijo—. No nos olvidaremos de ninguno de ustedes —subió entonces al carruaje—. En marcha, John.



Joe subió al pescante, y a un suave trote atravesamos la finca y el pueblo, donde la gente, a la puerta de sus hogares, nos miraba pasar por última vez, diciendo: «Que Dios los bendiga».

Cuando llegamos a la estación de ferrocarril, creo que mi ama recorrió a pie la distancia que la separaba del carruaje y de la sala de espera. La oí decir con su dulce voz:

—Adiós, John, que Dios te bendiga.

Noté que la rienda temblaba, pero John no contestó, porque tal vez no era capaz de pronunciar palabra. En cuanto Joe sacó los bultos del carruaje, John lo llamó para que se quedara con los caballos, mientras él iba al andén. ¡Pobre Joe! Se quedó junto a nuestras cabezas para esconder las lágrimas. Muy pronto, el tren llegó a la estación resoplando; tras un par de minutos, se cerraron con fuerza las puertas de los vagones, el jefe de estación silbó y el tren se alejó, dejando tras de sí tan sólo nubes de vapor blanco y unos corazones muy tristes.

Cuando ya casi no se le veía, regresó John.

—No volveremos a verla nunca —dijo—. Jamás.

Cogió las riendas, se subió al pescante y regresó despacio a casa junto con Joe; pero ya no era nuestro hogar.





Segunda parte



XXII  
*Earlshall*

La mañana siguiente, después del desayuno, Joe enganchó a Merrylegs al cabriolé bajo de nuestra ama para llevarlo a la vicaría. Vino primero a despedirse de nosotros y Merrylegs nos dedicó un relincho desde el patio. Luego, John ensilló a Ginger y me colocó a mí el cabestro, y cabalgamos por el campo unas quince millas hasta llegar a Earlshall Park,<sup>3</sup> donde vivía el conde de W... Allí había una casa muy bonita y muchas cuadras. Entramos en el patio atravesando la puerta de entrada al cercado de piedra y John preguntó por el señor York. Tardó un poco en aparecer. Era un hombre elegante de mediana edad, cuya voz indicaba al instante que esperaba ser obedecido. Fue muy amable y educado con John, y tras dedicarnos una breve mirada, llamó a un mozo para que nos condujera a nuestros boxes, y le ofreció un refrigerio a John.

Nos llevaron a una cuadra luminosa y ventilada y nos colocaron en boxes contiguos, donde nos cepillaron y nos dieron de comer. Cerca de media hora después, John y el señor York, que había de ser nuestro nuevo cochero, vinieron a vernos.

—Pues bien, señor Manly —dijo, después de mirarnos a los dos con atención—, no veo defecto alguno en estos caballos, pero todos sabemos que cada uno tiene sus peculiaridades igual que los hombres, y que a veces necesitan un trato diferenciado; me gustaría saber si estos caballos presentan algo especial que quisiera usted mencionar.

—Bueno —dijo John—, creo que no hay mejor par de caballos en todo el país y me duele en el alma separarme de ellos, pero no son iguales. El negro tiene el mejor temperamento que he conocido jamás;

<sup>3</sup>Earlshall. La palabra *earls*, del inglés, significa conde; y *hall*, aquí, mansión. La unión de ambas puede traducirse como casa condal o mansión del conde.





supongo que no ha recibido ningún maltrato desde que nació, y su único deseo parece ser complacerlo a uno. Pero el zaino creo que sí ha sido maltratado; por lo menos, eso nos dijo el tratante. Esta yegua llegó a nuestra casa recelosa y siempre dispuesta a morder, pero cuando vio cómo la tratábamos, todo aquello fue desapareciendo poco a poco. En los últimos tres años no le he visto ni la más mínima demostración de mal genio, y si se la trata bien, no hay animal mejor ni más voluntarioso. Naturalmente, tiene un temperamento más irritable que el caballo negro; las moscas le molestan más; cualquier problema con el arnés la irrita más, y si fuera maltratada o se abusara de ella, no dudaría en devolver el mismo trato; usted sabe que muchos caballos fogosos reaccionarían así.

—Por supuesto —dijo York—, lo entiendo bien, pero usted sabe que no es fácil que en cuadras como esta todos los caballerizos sean como es debido; yo lo hago lo mejor que puedo, y no puedo hacer más. Recordaré lo que ha dicho usted sobre la yegua.

Salían de la cuadra cuando John se detuvo y le recomendó:

—Debe saber que nunca hemos empleado el engalle con ninguno de estos caballos; el negro no lo ha llevado nunca, y el tratante mencionó que fue el bocado lo que arruinó el carácter de la yegua.

—Bueno —dijo York—, si vienen aquí, deben llevarlo. Yo prefiero una rienda normal, y el señor conde hace gala de mucho juicio con los caballos; pero la señora condesa es otra historia. A ella le gusta el estilo; y si sus caballos de carruaje no llevan la cabeza bien alta, no se digna mirarlos. Yo siempre me he opuesto a ese tipo de bocado, y con ese espíritu seguiré, pero cuando mi señora monta, las riendas deben estar bien tensas.

—Me aflige usted mucho —respondió John—, pero ahora debo irme o perderé el tren.

Se acercó a cada uno de nosotros para acariciarnos y hablarnos por última vez. Su voz parecía muy triste.

Acerqué la cabeza a él; eso es todo lo que pude hacer para decirle adiós. Luego se marchó, y no lo he vuelto a ver desde entonces.

Al día siguiente, lord W... vino a vernos. Pareció agradarle nuestro aspecto.

—Tengo una gran confianza en estos caballos —dijo— por las referencias que de ellos me ha dado mi amigo el señor Gordon. Por supuesto, el color de su pelaje es disparejo, pero opino que estarán bien para el carruaje mientras permanezcamos en el campo. Antes de que nos traslademos a Londres, tengo que encontrar compañero para Barón. Me han comentado que el caballo negro es perfecto como caballo de silla.

York le contó entonces lo que John había dicho de nosotros.

—Bien —comentó—. Debes vigilar a la yegua y no abusar del engalle; apuesto a que todo irá muy bien si los mimamos un poco al principio. Se lo haré saber a la señora condesa.

Por la tarde se nos colocó el arnés y se nos enganchó al carruaje, y cuando el reloj de la cuadra dio las tres, nos condujeron a la entrada principal de la casa. Era un edificio grandioso, tres o cuatro veces mayor que la vieja casa de Birtwick, pero ni la mitad de agradable, si se le puede permitir a un caballo expresar su opinión. Dos lacayos, vestidos con libreas de color apagado, pantalones escarlatas y medias blancas, aguardaban de pie.

Entonces percibimos un murmullo de seda cuando milady bajó los escalones de piedra. Se acercó a mirarnos; era una mujer altanera, de elevada estatura, que parecía estar descontenta por algún motivo, pero no dijo nada y subió al carruaje. Era la primera vez que yo llevaba un engalle, y debo decir que, aunque desde luego era una molestia no poder bajar la cabeza de vez en cuando, no me hacía llevar la cabeza más alta que de costumbre. Me sentía preocupado por Ginger, pero parecía estar tranquila y satisfecha.

Al día siguiente, a las tres, nos encontramos de nuevo ante la puerta principal de la casa, al igual que los lacayos; oímos el murmullo de la seda. La señora bajó los escalones y con voz imperiosa dijo:

—York, debes elevar más las cabezas de esos caballos; así no están presentables.

York bajó del carruaje y dijo con gran respeto:

—Ruego me disculpe, milady, pero hace tres años que estos caballos no llevan engalle, y milord opina que sería mejor acostumarlos poco a poco a ello. Pero si milady así lo desea, puedo levantarles la cabeza ligeramente.

—Hazlo —ordenó.

York se acercó a nuestras cabezas y él mismo acertó el engalle, tensando la correa un agujero más, me parece. Pero cualquier variación se hace sentir, ya sea para bien o para mal, y ese día teníamos que subir una colina empinada. Entonces empecé a comprender lo que había oído. Por supuesto, yo sentía deseos de echar la cabeza hacia delante para tirar del carruaje con energía, como nos habían enseñado. Ahora tenía que tirar con la cabeza levantada hacia arriba, y eso me dejaba sin fuerzas, y mi espalda y mis patas soportaban toda la tensión del esfuerzo. Cuando volvimos, Ginger dijo:

—Ahora ya comprendes lo que es esto. No obstante, así no está mal, y si no empeora mucho, no me quejaré, pues aquí nos tratan





bien; pero si me llevan con la cabeza demasiado alta, ¡que tengan cuidado! No puedo soportarlo y no lo haré.

Día tras día, iban acortando el engalle poco a poco, y en vez de mostrarme contento de que me engancharan el arnés como antes, empecé a temerlo. Ginger también parecía inquieta, aunque no hablaba mucho. Por fin pensé que lo peor había pasado; durante varios días no nos acortaron más el engalle, y yo resolví esforzarme al máximo por cumplir con mi deber, aunque ahora resultara una mortificación continua en vez de un placer; pero lo peor aún estaba por llegar.



*Un intento de liberación*

Un día, milady bajó unas horas después de lo habitual, y el murmullo de la seda de su vestido se hizo oír más de lo acostumbrado.

—Llévame a casa de la duquesa de B... —dijo. Y tras una pausa, añadió—: ¿Es que nunca vas a levantar las cabezas de esos caballos, York? Levántalas de una vez, y pongamos fin a estos mimos y a estas tonterías.

York se acercó primero a mí, mientras el mozo se colocaba junto a la cabeza de Ginger. Me echó la cabeza para atrás y ajustó tanto la rienda que resultaba casi intolerable; luego fue hasta Ginger, que sacudía con impaciencia la cabeza de un lado a otro del bocado, como acostumbraba hacer últimamente. Ella sabía bien lo que iba a ocurrir. En el momento en que York sacó la rienda de la argolla para acortarla, aprovechó la ocasión y se encabritó de forma tan repentina que lo golpeó brutalmente en la nariz, tumbándole el sombrero, mientras que el mozo estuvo a punto de caerse. Ambos se lanzaron inmediatamente a su cabeza, pero ella era tan fuerte como ellos juntos y se puso a dar coces, a encabritarse y a lanzarse hacia delante desesperada. Por fin, golpeó con los cascotes la lanza del carruaje y cayó al suelo, después de propinarme una buena patada en el cuarto izquierdo. No hay manera de saber qué otros daños podría haber provocado si York no llega a sentarse enseguida sobre su cabeza para impedir que siguiera forcejeando, a la vez que gritaba:

—¡Desengancha al caballo negro! ¡Corre a buscar el cabrestante y desmonta la lanza del carruaje! ¡Que alguien corte las correas si no se pueden desenganchar!

Uno de los lacayos corrió a buscar el cabrestante, y otro trajo un cuchillo de la casa. El mozo no tardó en liberarme de Ginger y del carruaje, y me condujo a mi box. Me encerró allí sin más y corrió





junto a York. Yo estaba muy nervioso por lo que había sucedido, y de haber tenido costumbre de patear o de encabritarme, estoy seguro de que lo habría hecho; pero no era el caso, de modo que permanecí allí, enojado. Me dolía la pata, mi cabeza seguía prisionera de la argolla enganchada a la silla y no tenía posibilidad de bajarla. Estaba muy afligido, y me sentía inclinado a patear al primero que se me cruzara.

Pero Ginger no tardó mucho en volver, conducida por dos mozos, con el cuerpo cubierto de heridas y magulladuras. York vino con ella y repartió órdenes, y luego se acercó a mí. Liberó mi cabeza inmediatamente.

—¡Maldito engalle! —dijo para sí—. Sabía que de un momento a otro tendríamos algún problema. Milord se pondrá furioso. Pero si un marido no puede imponerse a su esposa, mucho menos puede hacerlo un sirviente; de manera que yo me lavo las manos, y si la señora no llega a tiempo a la fiesta campestre de la duquesa, yo no puedo hacer nada.

York no dijo esto delante de los sirvientes; siempre hablaba respetuosamente ante ellos. Luego recorrió todo mi cuerpo con la mano y pronto encontró el lugar donde había recibido el golpe. Tenía inflamada la parte alta de mi jarrete y me sentía dolorido. Ordenó que me limpiaran la zona con agua caliente y me aplicaran algún ungüento.

Lord W... se enojó mucho cuando se enteró de lo ocurrido. Le echó la culpa a York por ceder a la voluntad de milady, a lo que este replicó que, en un futuro, preferiría recibir órdenes sólo de milord. Pero creo que al final no fue así, porque nada cambió. Pensé que York podría haber defendido mejor a sus caballos, pero tal vez yo no sea quién para juzgar.

Nunca volvieron a enganchar a Ginger al carruaje, y cuando se recuperó de sus heridas, uno de los hijos menores de lord W... dijo que la quería para él, pues estaba seguro de que sería un buen caballo de caza. En cuanto a mí, todavía debía tirar del carruaje, con un nuevo compañero llamado Max. Siempre había llevado el engalle, y le pregunté cómo podía soportarlo.

—Pues bien —dijo—, lo soporto porque es mi deber, pero me está acortando la vida, y también acortará la tuya si te obligan a llevarlo.

—¿Tú crees —le pregunté yo— que nuestros amos saben lo malo que es para nosotros?

—No sabría decirte —contestó—, pero los tratantes de caballos y los veterinarios lo saben muy bien. Recuerdo una vez cuando estaba con un tratante que nos enseñaba a mí y a otro caballo a trabajar en

pareja. Nos iba levantando la cabeza, como decía él, un poquito más cada día. Un caballero que se encontraba allí le preguntó por qué lo hacía, y él respondió: «Porque si no lo hacemos así, nadie comprará estos caballos. Los londinenses siempre quieren que sus caballos lleven la cabeza bien alta y que caminen levantando bien las patas. Por supuesto, es muy malo para los caballos, pero bueno para el negocio. Pronto los animales se agotan, o enferman, y entonces vienen a buscar otro par de caballos». Esto es lo que le oí yo decir —concluyó Max—, así que puedes juzgar tú mismo.

Lo que sufrí durante cuatro largos meses con ese engalle en el carruaje de milady sería difícil describirlo. Pero estoy seguro de que, de haber durado mucho más tiempo, mi salud o mi temperamento se habrían resentido. Antes de entonces, yo no había conocido nunca lo que era echar espuma por la boca, pero ahora el efecto del afilado bocado sobre mi lengua y mi mandíbula, y la posición forzada de mi cabeza y mi cuello, me hacían echar espuma por la boca en mayor o menor medida. Algunas personas, al verlo, piensan que es una señal de estilo y dicen: «¡Qué criaturas más bellas y fogosas!». Pero echar espuma por la boca es tan poco natural para un caballo como lo es para un hombre. Es una señal clara de alguna molestia que habría que remediar. Aparte de eso, sentía una presión en la tráquea que me hacía respirar con dificultad. Cuando volvía del trabajo, tenía el cuello y el pecho rígidos y doloridos, la boca y la lengua sensibles, y me sentía agotado y deprimido.

En mi antiguo hogar siempre supe que John y mi amo eran mis amigos; pero aquí, aunque recibiera un buen trato de muchas maneras, no tenía amigo alguno. Tal vez (yo diría incluso que es bastante probable) York supiera cuánto me mortificaba el engalle, pero supongo que lo tomaba como un hecho contra el que nada se podía hacer. Sea como fuere, no se hizo nada para aliviarme.



*Lady Anne o un caballo desbocado*

**A**l principio de la primavera, lord W... y parte de su familia fueron a instalarse a Londres, y se llevaron a York con ellos. A Ginger, a mí y a otros caballos nos dejaron en casa para quien nos pudiera necesitar, y el lacayo principal recibió la responsabilidad de la cuadra.

Lady Harriet, quien permanecía en la mansión, era inválida y nunca salía en el carruaje, y lady Anne prefería montar a caballo con su hermano o con sus primos. Era una perfecta amazona, tan alegre y amable como hermosa. Me eligió como su caballo, y me nombró Black Auster.<sup>4</sup> Yo disfrutaba mucho de estas cabalgadas con ella al aire libre, unas veces con Ginger, otras con Lizzie. Lizzie era una yegua de pelaje blanco amarillento brillante, casi purasangre, muy apreciada por los caballeros por ser fogosa y elegante. Pero Ginger, que la conocía mejor que yo, me dijo que era algo nerviosa.

Había un caballero llamado Blantyre hospedado en la mansión. Siempre montaba a Lizzie, y le hacía tantas alabanzas que un día lady Anne ordenó que se le colocara a la yegua la jamuga, y a mí la silla normal. Cuando llegamos a la puerta, el caballero parecía muy inquieto.

—¿Qué sucede? —dijo—. ¿Te has cansado de tu buen Black Auster?

—Oh, no, en absoluto —contestó ella—, pero voy a tener la gentileza de dejar que lo montes tú por una vez, y yo probaré a tu encantadora Lizzie. Tienes que admitir que, en lo que a su altura y su aspecto se refiere, es mucho más un caballo de dama que mi favorito.

—Permíteme que te aconseje que no la montes —observó—. Es una criatura encantadora, pero demasiado nerviosa para una dama.

<sup>4</sup>Black Auster. Austro, del Sur. Aquí con el significado de *sureño*. Black Auster pudiera traducirse como Negro Sureño.

Puedes estar convencida de que ella no es completamente segura; permíteme que te ruegue que cambiemos las sillas.

—Mi querido primo —intervino lady Anne riendo—, te ruego que no te preocupes por mí; soy una buena amazona desde que era pequeña y he participado en cacerías en muchas ocasiones, aunque sé que tú no apruebas que las damas se dediquen a estos menesteres. Pero así es, y tengo intención de probar esta Lizzie a la que tanto aprecian ustedes los caballeros; de modo que, como buen amigo, ayúdame a montar.

No había nada más que decir. La instaló con cuidado sobre la jamuga, se cercioró de que estuvieran bien el bocado y la cadenilla, le colocó delicadamente las riendas entre las manos y luego él le montó. Justo cuando salíamos, llegó un lacayo con un mensaje de lady Harriet:

—¿Podrían dirigirle esta pregunta al doctor Ashley de su parte, y traerle la respuesta?

El pueblo estaba a casi una milla de distancia de allí, y la casa del doctor era la última. Cabalgamos alegremente hasta llegar a su puerta. Altos cipreses crecían a los lados de un pequeño camino que llevaba hasta la casa. Blantyre bajó del caballo frente a la verja, y se dispónía a abrirla para lady Anne cuando ella dijo:

—Te aguardaré aquí. Puedes atar la rienda de Auster a la verja.

Él la miró dudoso.

—No tardaré más de cinco minutos —advirtió.

—Oh, no tengas prisa. Lizzie y yo no nos escaparemos.

Ató mi rienda a una de las puntas de hierro de la verja y pronto desapareció tras los árboles. Lizzie se situó con toda calma a un lado del camino, a unos pasos de mí, dándome la espalda. Mi joven ama estaba sentada tranquilamente, había dejado la rienda suelta y canturreaba una cancioncilla. Escuché los pasos de mi jinete hasta que llegó a la casa, y lo oí llamar a la puerta. Al otro lado del camino había una pradera cuya cerca estaba abierta. En ese preciso momento se acercaron trotando de manera muy desordenada unos caballos de tiro y unos potros, y tras ellos venía un muchacho sacudiendo un gran látigo. Los potros eran salvajes y revoltosos, y uno de ellos cruzó repentinamente el camino y chocó contra las patas traseras de Lizzie. No sé si fue por el estúpido potro, o por el fuerte chasquido del látigo, o por las dos cosas a la vez, pero Lizzie pateó con violencia y se lanzó a cabalgar precipitadamente. Fue tan repentino que a punto estuvo lady Anne de caer a tierra, pero pronto recuperó el control. Emití un fuerte y agudo relincho pidiendo ayuda,





y después otro y otro más, pateando el suelo con impaciencia y agitando la cabeza para soltar la rienda. No tuve que esperar mucho. Blantyre llegó corriendo a la verja. Miró angustiado a su alrededor y apenas tuvo tiempo de ver la figura que se alejaba al galope por el camino. En un segundo ya estaba subido a la silla. Yo no necesitaba látigo ni espuelas, pues estaba tan impaciente como mi jinete. Él se dio cuenta de ello y, soltando la brida, se inclinó un poco hacia delante y nos lanzamos tras ellas.

El camino era recto a lo largo de milla y media, luego se inclinaba hacia la derecha, y por último se bifurcaba. Mucho antes de que llegásemos al cruce, habían desaparecido. ¿Hacia qué lado se habrían dirigido? Había una mujer de pie en la verja de su jardín, mirando angustiada hacia el camino. Sin apenas tirar de las riendas, Blantyre gritó:

—¿Por dónde siguieron?

—¡Por la derecha! —gritó la mujer señalando con la mano, y hacia allá nos dirigimos, por el camino de la derecha. Después, sólo por un segundo, las vimos. Pero tras otra curva volvieron a desaparecer. Varias veces alcanzamos a verlas brevemente, para volver a perderlas de vista. Nos parecía que apenas lográbamos ganar terreno. Un viejo peón caminero que se encontraba junto a un montón de piedras, había soltado la pala y nos indicaba algo con los brazos en alto. Cuando nos acercamos a él, Blantyre tiró ligeramente de la rienda.

—Hacia los campos comunales, señor; hacia allí se ha dirigido.

Yo conocía muy bien esos campos. La mayor parte del terreno era irregular, cubierto de brezo y de arbustos de tojo de color verde oscuro, con algún viejo espino achaparrado aquí y allá. También había espacios abiertos de hierba corta y buena, horadados de hormigueros y toperas. El peor lugar que yo conocía para lanzarse a todo galope.

Al llegar al campo comunal divisamos de nuevo el capote verde de la señorita. Lady Anne había perdido el sombrero y su larga cabellera castaña ondeaba a su espalda. Tenía la cabeza y el cuerpo inclinados hacia atrás, al parecer tirando de las riendas con las últimas fuerzas que le quedaban. Por supuesto, lo escabroso del camino había disminuido mucho la velocidad de Lizzie, y existía la posibilidad de que la alcanzáramos.

Blantyre me había dejado correr libremente mientras estábamos en el camino, pero ahora me guiaba por el campo, con mano suave y ojo experto, de forma tan hábil que, sin apenas reducir mi carrera, nos acercábamos a ellas.

Casi a la mitad del campo cubierto de brezos, acababan de cavar una gran zanja y habían amontonado la tierra al otro lado. ¡Esto tendría que detenerlas! Pero no fue así. Sin apenas dudarlo un segundo, Lizzie saltó, tropezó con los terrones y cayó al suelo. Blantyre murmuró:

—¡Vamos, Auster, demuéstreme lo que vales!

Cogió firmemente las riendas, yo me preparé bien y, de un salto decidido, sobrevolé la zanja y el talud de tierra.

Mi pobre joven ama yacía inmóvil entre los brezos. Blantyre se arrojó y la llamó por su nombre, pero no se oyó sonido alguno. Le ladeó la cara con cuidado; estaba muy pálida y tenía los ojos cerrados.

—¡Annie, querida Annie, hálbame!

Pero no hubo respuesta. Le desabrochó la capa y le abrió el cuello de la blusa, le palpó las manos y las muñecas y luego se incorporó y miró a todos lados buscando ayuda desesperado.

No muy lejos de allí había unos hombres limpiando los terrenos, quienes, al ver a Lizzie correr desbocada sin jinete, habían dejado su trabajo para atraparla.

A los gritos de Blantyre los hombres llegaron enseguida al lugar del accidente. El primero preguntó qué podía hacer.

—¿Sabe usted montar a caballo?

—Bueno, señor, no muy bien, pero me jugaría la vida por lady Anne; se portó divinamente bien con mi mujer este invierno.

—Entonces monte este caballo, amigo mío, que usted no correrá peligro alguno; vaya a buscar al doctor y dígame que venga aquí inmediatamente. Luego siga hasta la mansión, cuénteles todo lo que sabe, y por favor que me manden el carruaje con la doncella de lady Anne y ayuda. Yo me quedaré aquí.

—De acuerdo, señor, haré cuanto pueda, y quiera Dios que nuestra joven señorita abra pronto los ojos —entonces, al ver al otro hombre, lo llamó—: Joe, ven aquí. Corre a buscar un poco de agua y dile a mi mujer que venga junto a lady Anne lo antes que pueda.

Se subió entonces como pudo a la silla, y con un «arre!» y presionando mis flancos con las piernas se puso en camino, dando un pequeño rodeo para evitar la zanja. No tenía látigo, lo cual parecía preocuparle, pero mi paso pronto puso remedio a esa dificultad, y comprendió que lo mejor que podía hacer era tratar de no caerse de la silla y sujetarse, lo cual hizo con valentía. Yo lo sacudí lo menos que pude, pero un par de veces, sobre el suelo irregular, gritó:

—¡Espacio, eh, espacio!





En la carretera no tuvimos problema. Al llegar a casa del doctor, y luego a la mansión, cumplió con su encomienda como un hombre bueno y leal. Allí lo invitaron a pasar para que bebiera algo.

—¡No, no! —dijo—. Volveré junto a ellos por un atajo y llegaré antes que el carruaje.

La noticia fue acogida con gran revuelo y excitación. A mí me llevaron a mi box, me quitaron la silla y la brida, y me cubrieron con una manta.

Ensilaron a Ginger y fueron a toda prisa a buscar a lord George, y pronto oí el carruaje cuando salía del patio.

Pasó mucho tiempo, o por lo menos eso me pareció a mí, hasta que volvió Ginger y nos dejaron solos; entonces me contó todo lo que había visto.

—No puedo decir mucho —comentó—. Fuimos al galope casi todo el camino, y llegamos allí justo al mismo tiempo que el médico. Había una mujer sentada en el suelo, sosteniendo la cabeza de milady en su regazo. El médico le vertió algo en la boca, y todo lo que oí fue: «No está muerta». Luego, un hombre me condujo a poca distancia del lugar. Un rato después, la instalaron dentro del carruaje y regresamos todos juntos a casa. Oí a nuestro amo decirle a un caballero que lo había parado para pedirle noticias, que esperaba que ella no tuviera algún hueso roto, pero que aún no había hablado.

Cuando lord George se llevó a Ginger para cazar, York sacudió la cabeza de lado a lado y dijo que se necesitaba una mano firme durante esta primera temporada de caza para ella, de manera que pudieran entrenarla, y no un jinete inexperto como lord George.

A Ginger le gustaba mucho ir de cacería, pero a veces, al regreso, yo veía que estaba muy extenuada, y de vez en cuando tosía un poco. Tenía demasiado carácter como para quejarse, pero yo no podía evitar estar preocupado por ella.

Dos días después del accidente, Blantyre vino a visitarme. Me acarició y me alabó mucho. Le dijo a lord George que estaba seguro de que el caballo había comprendido tan bien como él, todo el peligro que había corrido lady Anne.

—¡Aunque lo hubiese querido, no hubiese podido retenerlo! —dijo—. Annie no debería montar jamás otro caballo que no sea este.

Me enteré por su conversación de que mi joven ama estaba ya fuera de peligro, y que pronto podría volver a montar. Era una buena noticia para mí, y esperaba con impaciencia una futura vida feliz.



*Reuben Smith*

**D**ebo contarles algo respecto a Reuben Smith, a quien se le encomendó el cuidado de las cuadras cuando York fue a Londres. Nadie entendía mejor su oficio que él, y cuando se encontraba bien no había hombre más leal ni valioso. Era amable y muy inteligente en su manejo de los caballos, y podía ocuparse de ellos casi tan bien como un herrador,<sup>5</sup> pues había vivido dos años con un cirujano veterinario. Como cochero estaba entre los primeros; podía llevar un carruaje de cuatro caballos con la misma facilidad que un tándem o un tiro de dos. Era un hombre apuesto, culto y de modales exquisitos. Pienso que todos lo apreciaban, sobre todo los caballos. Pero resultaba extraño que estuviera en una colocación por debajo de sus méritos, en vez de trabajar de cochero principal, como York. Su gran defecto radicaba en su inclinación por la bebida, aunque no podía considerársele un bebedor habitual. Él podía permanecer sobrio durante semanas, e incluso meses, y un buen día se escapaba y cogía una buena borrachera, como decía York. Perdía entonces el sentido del decoro, aterrorizaba a su mujer e incomodaba a todo el que tuviera algo que ver con él. No obstante, era tan eficiente que en dos o tres ocasiones York había silenciado el asunto, evitando que fuese conocido por el señor conde. Una noche que Reuben debía recoger a varias personas en un baile, estaba tan borracho que no podía sostener las riendas, y un caballero tuvo que subirse al pescante para llevar a las damas a casa. Por supuesto, no hubo manera de ocultar este episodio y Reuben fue inmediatamente despedido.

<sup>5</sup>El herrador, en la época aquí referida, además de poner herraduras, podía ocuparse de la atención médica de los caballos, independientemente de la atención que brindaban los veterinarios profesionales.





Su pobre mujer y sus hijos pequeños tuvieron que abandonar la bonita casa en la que vivían junto a la entrada de la finca para ir a vivir donde pudiesen. El viejo Max me contó todo esto, pues ocurrió hace ya largo tiempo. Pero poco antes de que Ginger y yo llegáramos a la casa, habían vuelto a contratar a Smith. York intercedió en su favor ante el señor conde, quien poseía un gran corazón, y Smith prometió solemnemente que no volvería a probar una gota mientras viviera allí. Mantuvo tan bien su promesa, que York creyó que podría ocupar su lugar mientras él estuviera en Londres, y era tan inteligente y tan honrado que nadie parecía más adecuado que él para ese puesto.

Estábamos ya a primeros del mes de abril, y se esperaba que la familia volviera a casa en el mes de mayo. Había que dejar como nuevo el ligero cupé, y como el coronel Blantyre habría de reincorporarse a su regimiento, se decidió que Smith lo conduciría a la ciudad en el cupé y luego regresaría a caballo. Con este propósito, se llevó la silla y me eligieron a mí para el viaje. En la estación, el coronel le dio a Smith algo de dinero y se despidió de él diciendo:

—Cuida de tu joven ama, Reuben, y no dejes que ningún mojígato que pase por ahí monte a Black Auster; resérvalo para lady Anne.

Dejamos el carruaje en el taller. Smith me montó hasta la posada El León Blanco y le ordenó al mozo de cuadra que me diese bien de comer y me tuviera listo para las cuatro en punto. Se me había salido un clavo de uno de mis cascos delanteros mientras íbamos de camino hacia allí, pero el mozo no se percató de ello hasta que ya eran casi las cuatro. Smith no apareció hasta las cinco, y entonces dijo que no habría de marcharse hasta las seis, pues se había encontrado con unos viejos amigos. El mozo le comentó entonces lo del clavo y le preguntó si debía revisar la herradura.

—No —dijo Smith—, eso puede esperar hasta que llegemos a casa.

Hablaba con desparpajo y muy alto, y me pareció impropio de él que no quisiera comprobar mi herradura. No apareció a las seis, ni a las siete, ni a las ocho, y eran casi las nueve cuando vino a llamarme, y lo hizo con una voz áspera y fuerte. Parecía de muy mal humor, e insultó al mozo de cuadra, aunque no sé bien por qué.

El dueño de la posada estaba en la puerta y le dijo:

—¡Tenga cuidado, señor Smith!

Pero él respondió airadamente. Casi sin haber llegado a la salida de la ciudad, comenzamos a galopar, golpeándome frecuentemente con la fusta, aunque yo corría a toda velocidad. La luna todavía no había aparecido en el cielo y estaba muy oscuro. Los caminos estaban llenos

de piedras, pues los habían arreglado recientemente. Galopando sobre ellas a esa velocidad, se me fue soltando la herradura, y cuando nos acercábamos a la barrera de peaje se me salió.

Si Smith hubiese estado en sus cabales, se habría dado cuenta de que algo raro le ocurría a mi paso, pero estaba demasiado borracho para notarlo.

Al otro lado de la barrera se extendía un largo camino sobre el que acababan de disponer unos adoquines nuevos. Eran unas piedras grandes y puntiagudas, sobre las que ningún caballo podía galopar deprisa sin riesgo. Con una herradura menos, mi jinete me obligó a galopar a toda velocidad sobre ese camino, mientras me seguía castigando con la fusta y me conminaba a ir aún más deprisa con violentas expresiones. El casco desprovisto de herradura me dolía horriblemente. Como es natural, se rompió por completo y las piedras afiladas cortaron la parte interna.

Era imposible continuar así; ningún caballo podría evitar tropezar en esas circunstancias, pues el dolor era demasiado fuerte. Tropecé y caí violentamente sobre las rodillas. Smith salió despedido y, debido a la velocidad a la que yo iba, debió de golpearse con mucha fuerza contra el suelo. Yo me incorporé enseguida y me dirigí cojeando a un lado del camino, allí donde no había piedras. Acababa de aparecer la luna por encima del seto, y su luz me permitió ver a Smith tumbado en el suelo a unos metros delante de mí. No se movía. Hizo un débil esfuerzo por levantarse y luego emitió un sonoro quejido. Yo también podría haberme quejado, pues sentía un dolor intenso en el casco y en las rodillas, pero los caballos están acostumbrados a aguantar el dolor en silencio. No emití sonido alguno, permanecí allí de pie, escuchando. Se oyó otro profundo quejido de Smith, pero, aunque ahora lo bañaba por completo la luz de la luna, no distinguí movimiento alguno. No podía hacer nada por él, ni por mí mismo, pero ¿cómo me esforzaba por oír el ruido de un caballo, o de unas ruedas, o de pasos! No era un camino muy frecuentado, y a esa hora de la noche podíamos estar así durante horas, antes de que alguien viniese a ayudarnos. Seguí observando y escuchando. Era una dulce y tranquila noche de abril; no se oía nada más que el suave canto de un ruiseñor, y nada se movía, salvo las nubes junto a la luna y una lechuga marrón que se agitaba sobre el seto. Me hizo pensar en las noches de verano de hacía mucho tiempo, cuando solía tumbarme junto a mi madre en el agradable prado verde del granjero Grey.





**D**ebía de ser casi medianoche cuando oí el ruido de los cascos de un caballo a gran distancia. A veces el ruido se desvanecía y luego se volvió a oír claramente, cada vez más cerca. El camino hasta Earls Hall transcurría a través de campos sembrados que pertenecían al conde. El ruido provenía de esa dirección, y yo tenía la esperanza de que fuera alguien que viniera en nuestra búsqueda. Mientras el ruido se acercaba paulatinamente, estaba casi seguro de poder distinguir los pasos de Ginger. Cuando se acercó un poco más, me percaté de que se encontraba tirando de una carreta. Relinché bien fuerte, y me dio una gran alegría oír un relincho de Ginger como respuesta, y voces de hombres. Se acercaron despacio a las piedras y se detuvieron junto a la silueta oscura que yacía sobre el suelo.

Uno de los hombres saltó a tierra y se inclinó sobre ella.

—¡Es Reuben! —exclamó—. Y no se mueve.

El otro hombre lo siguió y se inclinó sobre él.

—Está muerto —dijo—; mira qué frías tiene las manos.

Lo levantaron del suelo, pero no latía vida en él y tenía el pelo empapado de sangre. Lo volvieron a tumbar sobre el suelo y se acercaron a mirarme. Enseguida vieron los cortes en mis rodillas.

—¡Caramba, el caballo se ha caído y lo ha tirado al suelo! ¿Quién hubiera pensado que el caballo negro pudiera hacer una cosa así? Nadie se habría imaginado que pudiera caerse. ¡Reuben debe de llevar horas aquí tirado! También es extraño que el caballo no se haya movido de este lugar.

Robert intentó entonces hacerme avanzar. Di un paso, pero de nuevo estuve a punto de caerme.

—¡Caramba! Tiene también el pie herido, no sólo las rodillas. Mira esto: tiene el casco totalmente desgarrado. ¡Es lógico que se hubiese

caído, pobre animal! Te diré algo, Ned: temo que Reuben no estuviese en sus cabales. ¡Mira que llevar a un caballo sin herradura sobre estas piedras! Porque, de haber estado lúcido, no se le hubiera ocurrido semejante estupidez. Me temo que otra vez tiene la culpa la vieja historia de siempre. ¡Pobre Susan! Estaba pálida como un muerto cuando vino a mi casa a preguntar si él no había vuelto aún. Me hizo creer que no estaba preocupada, y mencionó muchas causas por las que podía haberse entretenido. Pero, a pesar de todo, me rogó que saliera a su encuentro. ¿Qué hacemos? Tenemos que llevar a casa al caballo y el cadáver, y no habrá de ser tarea fácil.

Luego siguió una conversación entre ellos, hasta que se acordó que Robert, como mozo de cuadra, me llevaría y que Ned habría de encargarse del cadáver. Fue un trabajo difícil meterlo dentro de la carreta; no había nadie que sostuviera a Ginger, pero ella sabía tan bien como yo lo que estaba ocurriendo, y permaneció como una estatua. Eso me llamó la atención, porque si Ginger tenía un defecto, era justamente que se volvía impaciente cuando debía quedarse quieta demasiado tiempo.

Ned se puso en camino muy despacio con su triste carga y Robert se acercó a examinar otra vez mi casco; luego cogió su pañuelo y lo ató firmemente alrededor, y de esta manera me llevó a casa. Nunca olvidaré ese paseo nocturno; eran más de tres millas. Robert me llevaba muy despacio, y yo avanzaba cojeando y renqueando como podía con gran dolor. Estoy seguro de que sentía lástima por mí, pues a menudo me acariciaba para animarme, hablándome con una voz agradable.

Por fin llegué a mi box y comí un poco de maíz. Robert me vendó las rodillas con unos paños mojados, me aplicó una cataplasma de salvado en el pie para que disminuyera la temperatura y para limpiar la herida antes de que la examinara el veterinario a la mañana siguiente. Conseguí tumbarme sobre la paja y me dormí a pesar del dolor.

Al día siguiente, el herrador veterinario examinó mis heridas y dijo que esperaba que la articulación no se hubiera afectado, y que de ser así seguiría siendo apto para trabajar, aunque me quedarían para siempre unas cicatrices en las rodillas. Pienso que hicieron todo lo posible por administrarme una buena curación, pero fue larga y dolorosa. Se me formaba una costra, como ellas la llamaban, sobre las rodillas y la quemaban con una sustancia cáustica. Cuando por fin la herida sanó, me aplicaron un ungüento que me curaba las ampollas y me hacía brotar de nuevo el pelo. Yo supongo que tendrían un buen motivo para hacer algo así.





Como la muerte de Smith había sido tan repentina y no había habido testigos, se llevó a cabo una investigación. El dueño de la posada El León Blanco y el mozo de cuadra, junto con otras personas, declararon que estaba ebrio cuando se marchó de allí. El guardián de la barrera de peaje dijo que atravesó la puerta a todo galope, y encontraron mi herradura entre las piedras; de modo que el caso quedó suficientemente claro para ellos, y a mí me exoneraron de toda culpa.

Todo el mundo sentía lástima por Susan. Estaba casi desquiciada; repetía una y otra vez:

—¡Oh! ¡Era un hombre tan bueno, tan bueno! La culpa la tenía la maldita bebida. ¿Por qué venderán el maldito alcohol? ¡Oh, Reuben, Reuben!

Siguió repitiendo esto hasta después de que lo enterraran, y entonces, como no tenía hogar ni parientes, una vez más, ella y sus seis hijos pequeños tuvieron que abandonar su acogedora casita junto a los altos robles para ir a instalarse en el siniestro edificio de la beneficencia.

*Un descenso de categoría*

**E**n cuanto me hube recuperado lo bastante de mi herida en las rodillas, me llevaron a un pequeño prado durante un par de meses. No había allí ninguna otra criatura, y aunque disfrutaba de mi libertad y de la suave hierba, llevaba tanto tiempo acostumbrado a la compañía, que allí me sentía muy solo. Ginger y yo nos habíamos hecho muy buenos amigos, y ahora la extrañaba enormemente. Solía relinchar cuando oía a algún caballo pasar por el camino, pero rara vez recibí respuesta. Hasta que una mañana se abrió la verja y ¿quién entró por ella? ¡Mi querida Ginger! El hombre le quitó el ronزال y la dejó allí. Fui trotando a su encuentro, relinchando alegremente. Estábamos los dos contentos de vernos, pero pronto comprendí que no la habían traído allí conmigo para complacernos a nosotros. Su historia sería demasiado larga de contar, pero el resumen de esta era que la habían echado a perder por una monta abusiva y la habían traído aquí para ver qué resultado daba un poco de reposo.

Lord George era joven y no aceptaba consejos. Era un jinete empecinado que salía a cazar siempre que tenía ocasión, sin importarle nada su caballo. Poco después de que yo abandonara la cuadra, se organizó una carrera de obstáculos y él decidió participar. Aunque el caballerizo le dijo que Ginger estaba algo cansada y no era adecuada para la carrera, él no lo creyó, y el día de la carrera apremió a Ginger para que se mantuviera siempre a la altura de los primeros jinetes. Como era una yegua fogosa, se esforzó al máximo y llegó entre los tres primeros. Pero su aparato respiratorio se vio afectado y, además de esto, él era demasiado pesado para ella, por lo que su lomo se resintió.

—Así que —dijo Ginger— aquí estamos: echados a perder en lo mejor de nuestra juventud y de nuestra fuerza; tú por un borracho, y yo por un estúpido. Es muy duro.





Ambos sentíamos que ya no éramos lo que antaño habíamos sido. Sin embargo, aquello no echó a perder el placer que nos proporcionaba nuestra mutua compañía; ya no galopábamos como antes, pero solíamos comer juntos y tumbarnos uno al lado del otro, y permanecíamos horas a la sombra de unos limeros con las cabezas juntas; y así pasamos el tiempo hasta que la familia regresó de la ciudad.

Una vez vimos al conde entrar en el prado, acompañado por York. Al ver quiénes eran, nos quedamos quietos bajo un limero y dejamos que se acercaran. Nos examinaron con atención. El conde parecía muy molesto.

—Trescientas libras<sup>6</sup> perdidas por no haberlos tratado como se debería —dijo—, pero lo que más me importa es que estos caballos de mi buen amigo, quien pensó que conmigo encontrarían un buen hogar, se han echado a perder. A la yegua le vamos a dar doce meses de reposo, y ya veremos cómo le sienta; pero el negro hay que venderlo; es una verdadera lástima, pero no puedo tener rodillas como esas en mis cuadras.

—No, milord, por supuesto que no —estuvo de acuerdo York—; pero tal vez encuentre un lugar donde el aspecto no revista gran importancia y lo traten bien. Conozco a una persona en Bath, dueño de unas caballerizas de alquiler de caballos, que suele querer buenos ejemplares a bajo precio. Sé que cuida bien de sus animales. La investigación dejó limpia la reputación de este caballo, y la recomendación de su señoría, o la mía propia, serán garantía suficiente.

—Es mejor que le escribas a ese señor, York. Yo me preocuparía más de su destino que del dinero que habrá de aportarnos.

Tras estas palabras nos dejaron.

—Pronto te llevarán de aquí —dijo Ginger—, y yo perderé al único amigo que tengo. Lo más probable es que no volvamos a vernos nunca. ¡Qué mundo más duro!

Alrededor de una semana después, Robert apareció en el prado con un ronzal, me lo colocó y me sacó de allí. Ginger y yo no nos despedimos; intercambiamos un relincho cuando me iba y ella trotó nerviosa bordeando el seto, llamándome todo el rato hasta que dejó de oír el ruido de mis pasos.

Gracias a la recomendación de York, fui comprado por el propietario de las caballerizas de alquiler de caballos. Tuve que ir hasta allí en tren, lo cual era una novedad para mí, y necesité mucho valor aquella primera vez. Pero cuando me di cuenta de que ni el ruido, ni la

<sup>6</sup>Libra. Unidad monetaria de Gran Bretaña.



velocidad, ni los silbidos, y sobre todo la vibración del compartimento para caballos en el que me encontraba, no me hacían daño alguno, enseguida me calmé.

Al término de mi viaje, me hallé en una cuadra tolerablemente cómoda y me atendieron bien. No era tan ventilada y agradable como la cuadra a la que yo estaba acostumbrado. Los compartimentos estaban inclinados, en lugar de en un terreno plano, y como mi cabeza estaba atada al comedero, eso me obligaba a permanecer de pie en aquel desnivel, lo cual me fatigaba mucho. Los hombres no parecen haber comprendido aún que los caballos pueden trabajar mucho más si están cómodos y pueden moverse un poco. No obstante, me alimentaban y me limpiaban bien, y en general pienso que nuestro dueño se ocupaba de nosotros lo mejor que podía. Ofrecía en alquiler muchos caballos y carruajes de distinta índole. A veces sus propios empleados hacían de cocheros; otras veces, se alquilaba sólo el carruaje y el caballo, y eran los caballeros o las damas quienes los conducían.





## XXVIII

### *Un caballo de alquiler y sus conductores*

**H**asta entonces siempre había tenido cocheros que sabían su oficio; pero en este lugar tuve ocasión de adquirir experiencia con todos los tipos de cocheros malos e ignorantes de los que somos víctimas los caballos, pues yo era un «caballo de alquiler», a la disposición de cualquier clase de persona que quisiese contratar mis servicios. Como yo tenía buen carácter y era dócil, pienso que me reservaban más a menudo para los cocheros ignorantes que a algunos de los otros caballos, porque en mí se podía confiar. Me llevaría mucho tiempo describir los diferentes estilos en que me conducían, por lo que sólo mencionaré algunos.

Primero estaban los cocheros de rienda tensa. Ellos consideraban que era imprescindible sostener las riendas con la mayor dureza posible, sin relajar jamás la presión en la boca del caballo y sin otorgarle la más mínima libertad de movimientos. Siempre hablan de «controlar bien al caballo» y de «sostener a un caballo», como si un caballo no estuviera hecho para sostenerse solo.

Tal vez mis palabras sirvan de consuelo a algunos pobres caballos destrozados, a los que precisamente los cocheros de este estilo han arruinado las bocas; pero para un caballo que mantiene todavía toda la fuerza de sus piernas, cuya boca está aún en buen estado y al que se puede conducir fácilmente, manejarlo de esta forma no es sólo una tortura, sino también una estupidez.

Luego están los cocheros de rienda floja, que dejan las riendas flotando sobre nosotros, y cuyas manos reposan perezosamente sobre sus rodillas. Por supuesto, si algo sucede de forma repentina, estos cocheros no tienen control alguno sobre sus caballos. Si un caballo de pronto se sacude molesto, o se encabrita, o tropieza, y las manos no están donde tienen que estar, el conductor no puede ayudar ni al

caballo ni a sí mismo, y así ocurren los accidentes. Yo, por supuesto, no tenía objeción alguna a este tipo de conducción, pues no era costumbre mía encabritarme ni tropezar, y me habían educado para que del cochero sólo necesitase que me guiara y me animara. Pero a uno le gusta sentir un poco la rienda cuando va cuesta abajo, y saber que el cochero, o el jinete, no se ha quedado dormido.

Además, una conducción descuidada desarrolla malos hábitos y pereza en el caballo; y cuando cambia de manos hay que quitarle estos resabios a latigazos, con mayor o menor sufrimiento y dificultad. El señor Gordon obtenía siempre de nosotros el mejor comportamiento y el mejor rendimiento. Decía que malcriar a un caballo, dejando que incurriera en malos hábitos, era tan cruel como malcriar a un niño, y ambos habrían de sufrir por ello más adelante.

Por otra parte, esos cocheros son descuidados en todos los aspectos, y se ocupan de cualquier asunto antes que de sus caballos. Un día salí a trabajar enganchado al faetón con uno de esos cocheros. En los asientos traseros se acomodaban una dama y dos niños. En cuanto nos pusimos en marcha, empezó a sacudir las riendas de un lado a otro y, por supuesto, me dio varios latigazos sin motivo, pues yo ya había alcanzado un buen paso. Habían arreglado bastante el camino, pero en aquellas zonas donde no se habían colocado nuevas piedras recientemente, muchas estaban sueltas. Mi cochero estaba hablando y bromeando con la dama y con los niños, y comentando el paisaje a derecha e izquierda del camino, pero en ningún momento le pareció útil vigilar a su caballo o conducirlo por la parte menos difícil del camino; de manera que no tardó en alojarse una piedra en uno de mis pies doloridos.

Si el señor Gordon, John o cualquier buen cochero hubieran estado allí, se habrían dado cuenta de que algo no marchaba bien antes de que me hubiera dado tiempo a dar dos pasos. Y aunque estuviese oscuro, una mano experimentada hubiese sentido en la rienda que había algo mal en mi paso, y se habrían bajado para quitarme la piedra. Pero el hombre siguió riendo y charlando, mientras a cada paso la piedra se me iba clavando más entre el pie y la herradura. La piedra era afilada en un extremo y redondeada en el otro, y, como todo el mundo sabe, este es el tipo de piedra más peligroso que un caballo puede clavarse, pues por un lado le lacera la carne y por otro hace muy probable que tropiece y caiga.

No sabría decir si el hombre estaba medio ciego o si era sólo descuidado, pero el caso es que me hizo trotar con esa piedra clavada durante media milla por lo menos, antes de darse cuenta. Para





entonces yo cojeaba tanto de dolor que, por fin, se percató de ello y exclamó:

—¡Demonios! ¡Nos han dado un caballo cojo! ¡Qué vergüenza! —y empezó a sacudir las riendas y a menear el látigo, diciendo—: Vamos, no te hagas el tonto conmigo, que no te servirá de nada; hay que terminar este viaje y no es el momento de hacerse el cojo ni el perezoso.

Entonces pasó por ahí un granjero a lomos de una jaca zaina, y, saludando con su sombrero, se acercó a nosotros.

—Le ruego me disculpe, señor —dijo—, pero me parece que algo le ocurre a su caballo. Por su forma de caminar, se diría que se le ha clavado una piedra en el casco. Si me lo permite, le echaré un vistazo. ¡Estas piedras sueltas son terriblemente peligrosas para los caballos!

—Es un caballo de alquiler —comentó el cochero—; no sé lo que le ocurre, pero está mal ofrecer en alquiler una bestia coja como esta.

El granjero desmontó del caballo y, enganchándose la rienda en el brazo, cogió decidido mi pie izquierdo.

—¡Lo que yo decía, una piedra! ¡Claro que va cojo! —primero intentó extraerla con la mano, pero como ya se había incrustado profundamente, utilizó un sacapiedras que llevaba en un bolsillo y, con mucho cuidado y no sin dificultad, extrajo la piedra. Sosteniéndola, dijo—: Mire, aquí está la piedra que se había clavado su caballo; ¡es un milagro que no se cayera, rompiéndose de paso las rodillas!

—¡Caramba, qué cosas! —exclamó el cochero—. No deja de ser curioso. ¡No sabía que los caballos se clavasen piedras!

—¿Ah, no? —preguntó el granjero con cierto desdén—. Pues sí que lo hacen; incluso los mejores caballos no pueden evitarlo en caminos como este. Y si no quiere que su caballo se quede cojo, debe usted prestar mucha atención y extraer las piedras inmediatamente. Tiene el pie muy malherido —dijo, dejándolo en el suelo con cuidado y acariciándome—. Si me permite un consejo, señor, será mejor que conduzca usted despacio un rato, pues la herida es fea y no se le pasará la cojera enseguida.

Entonces, montando su jaca y saludando a la dama con su sombrero, se alejó al trote.

Cuando desapareció, el cochero empezó a sacudir las riendas desordenadamente y a golpear el arnés, lo cual me hizo entender que quería que prosiguiera el camino, y así lo hice, contento de haber perdido la piedra, pero todavía muy dolorido.

Este era el tipo de experiencia que a menudo nos tocaba vivir a los caballos de alquiler.

*Los cockneys*

**T**enemos también el estilo de conducción «locomotora». Estos cocheros eran sobre todo gente de las ciudades, que no tenían nunca caballo propio y solían viajar en tren.

Por lo general consideraban al caballo como una locomotora de vapor, sólo que de menor tamaño. Sea como fuere, pensaban que pagando por el alquiler, un caballo debía ir tan lejos, tan rápido y con una carga tan pesada como ellos quisieran, sin importarles que los caminos estuviesen en mal estado y fangosos, o secos y en buen estado, pedregosos o lisos; lo mismo si se va cuesta arriba o cuesta abajo: el caballo debía seguir siempre adelante al mismo paso, sin descanso y sin consideración alguna.

A estas personas no se les ocurre nunca bajar del carruaje cuando se sube una pendiente empinada. ¡Oh, no, han pagado por un caballo, y no piensan bajarse! ¿Y el caballo? ¡Oh, el caballo está acostumbrado! ¿Para qué nacieron, sino para tirar cuesta arriba? ¿Ir caminando, ellos? ¡Debe ser una broma! Y venga a utilizar el látigo y sacudir las riendas, y recriminar con voz ruda: «Avanza, bestia perezosa!». Y a esto sigue otro latigazo, cuando nosotros siempre nos esforzamos al máximo por seguir avanzando, obedientes y sin queja, aunque a menudo nos sintamos mortificados y abatidos.

Los cocheros del estilo «locomotora» nos agotan más rápido que los de cualquier otro estilo. Preferiría mil veces cabalgar veinte millas con un cochero bueno y considerado, que diez con uno de estos, pues me cansaría menos.

Otra cosa: casi nunca hacen uso de la retranca, por muy pronunciada que sea la bajada, y por ello ocurren a veces desdichados accidentes. O si la colocan, suelen olvidar quitarla al llegar al final de la





pendiente, y así más de una vez he tenido que tirar del carro hasta la mitad de una subida, con una de las ruedas retrancada, hasta que mi cochero se dignara darse cuenta. Y eso resulta terriblemente agotador para un caballo.

Y estos *cockneys*,<sup>7</sup> en vez de ponerse en marcha a un paso moderado como haría cualquier caballero, suelen salir a toda velocidad desde el mismo patio de la cuadra; y cuando quieren detenerse, primero nos golpean con el látigo y luego tiran de las riendas de forma tan repentina que a punto estamos de caer sobre los cuartos traseros y de herirnos con el bocado. ¡A esto lo llaman parar en seco! Y cuando doblan una esquina, lo hacen sin respetar el sentido del camino.

Recuerdo una tarde de primavera en que Rory y yo habíamos salido a trabajar el día entero. (Rory era el caballo que salía conmigo casi siempre cuando pedían una pareja de caballos, y era un buen compañero.) Teníamos nuestro propio cochero, y como se comportaba siempre con nosotros con amabilidad y consideración, pasamos un día muy agradable. Regresábamos a casa al anochecer a buen paso; el camino formaba una curva cerrada hacia la izquierda, pero como íbamos bien cerca de la cuneta por nuestro lado y había mucho sitio para pasar, el cochero no nos hizo reducir la velocidad. Al llegar a la curva, oí un caballo y un par de ruedas que venían cuesta abajo a nuestro encuentro a toda prisa. El seto era alto y no podía ver nada, pero un momento después chocamos unos contra otros. Afortunadamente, yo me encontraba en el lado más cercano a la cuneta. Rory estaba a la derecha de la lanza del carruaje, y nada podía servirle de protección. El cochero iba directo hacia la curva, y cuando nos vio era ya demasiado tarde para arrimarse bien a su lado del camino. Rory recibió toda la fuerza del choque. El eje del cabriolé le dio de lleno en el pecho, tirándolo hacia atrás con un relincho que nunca olvidaré. El otro caballo se cayó de espaldas y un eje del carruaje se quebró. Al final resultó que era un caballo de nuestra cuadra con el calesín de ruedas altas, que gozaba de mucha popularidad entre los jóvenes.

El cochero era uno de esos ignorantes que no saben siquiera cuál es su lado del camino, y si lo saben, les da igual. Y ahí estaba el pobre Rory con el pecho desgarrado, sangrando a borbotones. Dijeron que si el golpe se hubiese producido un poco más hacia un lado, lo habría matado; y más le hubiera valido al pobre animal.

<sup>7</sup>*Cockney*. Palabra inglesa que en su origen era un término peyorativo, con que se designaba a las personas procedentes de las ciudades. Luego se utilizó para nombrar a los vecinos del East End, un barrio de Londres.

La herida tardó mucho tiempo en sanar, y antes de que hubiese sanado, lo vendieron para transportar carbón. Sólo los caballos saben lo que eso significa: subir y bajar por esas colinas empinadas. Todavía me entristezco al recordar las cosas que llegué a ver; por ejemplo, un caballo que tenía que bajar por una pendiente pronunciada, tirando de una carreta de dos ruedas con una carga bien pesada y sin freno.

Después de que Rory quedara impedido, solía acompañarme en el carruaje una yegua llamada Peggy, que estaba en el compartimento contiguo al mío en la cuadra. Era un animal esbelto y fuerte, con un manto de un brillante color pardo, bellamente moteado, con la crin y la cola oscuras. No era de raza, pero era muy hermosa, dócil y voluntariosa. Sin embargo, había una expresión de ansiedad en sus ojos que me hizo comprender que algo pasaba. La primera vez que salimos juntos a trabajar me pareció que tenía un paso muy extraño; iba al trote por momentos, luego a medio galope, y cada tres o cuatro pasos daba un saltico hacia delante.

Resultaba muy desagradable para cualquier caballo que fuera de pareja junto a ella, y me ponía muy inquieto. Cuando llegamos a casa, le pregunté qué la hacía moverse de esa manera tan incómoda y peculiar.

—¡Ah! —dijo, algo apenada—. Yo sé que mi marcha es muy mala, pero ¿qué puedo hacer? De verdad, no es culpa mía; es sólo que tengo las patas muy cortas. Soy casi tan alta como tú, pero de la rodilla para arriba tus patas miden tres buenas pulgadas más que las mías, y por supuesto tú puedes dar pasos más largos, yendo así mucho más rápido. ¿Sabes? Yo no me hice a mí misma; ojalá hubiese podido, porque entonces me habría hecho con patas largas; todos mis problemas se deben a mis cortas patas —dijo Peggy con desaliento.

—Pero ¿cómo puede ser eso —pregunté yo—, cuando eres tan robusta, dócil y voluntariosa?

—Pues ya ves —contestó—: a los hombres les gusta ir muy rápido, y si no puedo mantenerme al paso de los otros caballos, no recibo más que latigazos todo el tiempo. De modo que he tenido que adaptarme como he podido, y me he acostumbrado a este paso irregular y sin gracia alguna. No siempre fue así; cuando vivía con mi primer amo, siempre iba a un trote regular y sostenido, pero era porque él no andaba tan apurado. Era un joven cura de pueblo, y un amo bondadoso y amable. Servía en dos iglesias bastante alejadas la una de la otra, y tenía mucho trabajo, pero nunca me regañaba ni me golpeaba con el látigo cuando yo no podía ir más rápido. Me apreciaba mucho. Ojalá siguiera con él ahora, pero tuvo que marcharse a una gran ciudad, y entonces me vendieron a un granjero.





»Como tú bien sabes, algunos granjeros son amos maravillosos, pero aquel era un mal hombre. No le interesaba ni la calidad de sus caballos ni conducirlos adecuadamente; lo único que le interesaba era ir rápido. Yo iba lo más rápido que podía, pero no era bastante para él, y me daba latigazos continuamente; de manera que, para mantener la velocidad, me habitué a dar un salto hacia delante. Las tardes de mercado solía quedarse hasta muy tarde en la posada, y luego regresaba a casa al galope.

»Una noche oscura, él conducía a casa al galope como de costumbre; la rueda chocó de repente contra algo grande y pesado que había en el camino, haciendo volcar el cabriolé al momento. Él fue lanzado fuera del coche y se rompió un brazo y varias costillas, según tengo entendido. Sea como fuere, ahí terminó mi estancia con él, y no lo sentí lo más mínimo. Pero, como has visto, vaya donde vaya me ocurrirá lo mismo, siempre que los hombres sientan la necesidad de ir tan deprisa. ¡Ojalá tuviera las patas más largas!

¡Pobre Peggy! Sentía mucha lástima por ella y no podía consolarla, pues sabía cuán duro resultaba para los caballos de paso lento que los engancharan con caballos más rápidos; los primeros se llevan todos los latigazos, y no pueden hacer nada por evitarlo.

Solían engancharla al faetón y era la preferida de algunas de las damas, por ser dócil. Un tiempo después, fue vendida a dos señoras que conducían ellas mismas su carruaje y querían un caballo seguro y bueno.

Me la encontré varias veces por el campo, a un buen paso regular, y parecía todo lo contenta y satisfecha que puede estar una yegua. Me alegré mucho por ella, pues se merecía un buen hogar.

Cuando nos dejó, llegó otro caballo para sustituirla. Era joven y tenía mala reputación por sobresaltarse y dar brincos repentinos, por lo cual había perdido un buen trabajo. Le pregunté qué lo hacía comportarse de esa manera.

—Pues no sabría decirte —respondió—. De joven era tímido y me asusté muchas veces. Y si veía algo extraño, solía volverme para mirar. Como tú sabes, con las anteojeras puestas uno no puede ver ni saber qué ocurre si no se vuelve para mirar. Pero mi amo siempre me daba un latigazo, y esto hacía que me sobresaltara, aumentando por ello mi miedo. Pienso que de haberme permitido mirar las cosas tranquilamente, y así ver que no había nada que me pudiera asustar, no habría tenido ningún problema y me hubiese acostumbrado a las anteojeras. Un día en que lo acompañaba un anciano caballero, vi que voló sobre mí un gran pedazo de papel blanco. Me sobresalté y di



un salto hacia delante, y, como de costumbre, mi amo no tardó en castigarme con el látigo, pero el anciano exclamó:

»—¡Usted está equivocado, está equivocado! Nunca debería golpear a un caballo por dar saltos; lo hace porque está asustado, con lo que sólo consigue asustarlo más y empeorar su mal hábito.

»De modo que supongo que esta no es una práctica general. Estoy seguro de que no doy esos saltos porque sí. Pero ¿cómo puede uno saber qué es peligroso y qué no lo es, si no le es permitido a uno ver lo que ocurre en realidad? Nunca temo lo que ya conozco. Me crié en un parque donde había ciervos; por supuesto, los conocía tan bien como si fueran ovejas o vacas, pero no son animales corrientes, y sé de más de un caballo sensato que les tiene miedo y que puede armar un gran revuelo si ha de pasar por un campo donde haya ciervos.

Yo sabía que mi compañero tenía razón en lo que contaba, y deseé que todos los potros tuvieran un amo tan bueno como el granjero Grey o el señor Gordon.

Por supuesto, también encontrábamos buenos cocheros allí. Recuerdo una mañana que me engancharon al cabriolé y me llevaron a una casa de la calle Pulteney. De ella salieron dos caballeros; el más alto se acercó a mi cabeza, examinó el bocado y la brida, y levantó la collera con la mano para ver si me quedaba cómoda.

—¿Considera usted que este caballo requiere de una barbada? —preguntó al mozo de cuadra.

—Pues bien —le contestó—, yo diría que no es necesaria: tiene una boca muy buena y, a pesar de ser un caballo fogoso, carece de resabios; pero por lo general a la gente le suele gustar que lleven barbada.

—A mí no —respondió el caballero—. Hágame el favor de quitársela y enganche las riendas en las anillas del bocado; es importante llevar la boca cómoda en un largo viaje, ¿no es así, amiguito? —concluyó, acariciándome el cuello.

Entonces tomó las riendas y subieron ambos al cabriolé. Recuerdo con qué suavidad me hizo dar la vuelta, y sacudiendo ligeramente las riendas y acariciándome el dorso con el látigo, nos pusimos en marcha.

Arqueé el cuello y cogí mi mejor paso. Me di cuenta de que tenía detrás a alguien que sabía cómo se debía conducir a un buen caballo. Me recordó los viejos tiempos, lo cual me hizo sentir mucha alegría.

Este caballero se encariñó mucho conmigo y, después de probarme varias veces como caballo de silla, convenció a mi amo para que me vendiera a un amigo suyo que necesitaba un buen caballo seguro para montar. Y así fue como, en el verano, me vendieron al señor Barry.





**M**i nuevo amo era un hombre soltero. Vivía en Bath y sus negocios lo tenían muy ocupado. Su médico le recomendó que hiciera ejercicio de equitación, y por ese motivo me compró. Alquiló una cuadra cerca de su vivienda y contrató a un hombre llamado Filcher como caballerizo. Mi amo sabía muy poco de caballos, pero me trataba bien, y de no ser por unas especiales circunstancias que él ignoraba estaban sucediendo, habría sido un cómodo lugar para mí. Mandó comprar el mejor heno y mucha avena, judías machacadas y salvado con algarrobas, pues pensó que serían de utilidad. Oí al amo ordenar que se comprara todo aquel alimento, así que yo sabía que había mucha comida buena y me creí afortunado.

Todo fue bien durante unos días; me parecía que el mozo sabía bien su oficio. Mantenía la cuadra limpia y bien ventilada, me cepillaba a fondo y era siempre amable conmigo. Había sido mozo de cuadra en uno de los grandes hoteles de Bath. Luego había abandonado ese puesto y ahora cultivaba frutas y verduras que luego vendía en el mercado junto con las gallinas y los conejos que su mujer criaba y cebaba. Cierta tiempo después noté que mi ración de avena se había vuelto muy escasa; me seguían dando las judías, pero mezcladas con salvado en vez de avena. De esta última me daban muy poca, no mucho más de la cuarta parte de lo que debía ser. Al cabo de dos o tres semanas, mi fuerza y mi fogosidad empezaron a resentirse por ello. El heno, aunque muy bueno, no bastaba para mantenerme en forma, y debía comer maíz también. Pero yo no tenía medio de quejarme ni de hacer saber mis necesidades. Y así siguió la situación durante cerca de dos meses, y yo me extrañaba de que mi amo no se percatara de que algo estaba ocurriendo. Sin embargo, una

tarde salió al campo para visitar a un amigo suyo, un caballero que poseía una granja y vivía en el camino que lleva a Wells. Este caballero entendía mucho de caballos, y en cuanto hubo saludado a su amigo, echándome un vistazo, dijo:

—Me da la impresión, Barry, de que tu caballo no presenta ya tan buen aspecto como cuando lo compraste. ¿Tiene buena salud?

—Sí, creo que sí —contestó mi amo—, pero ya no es tan fogoso como antes. El mozo me ha dicho que los caballos siempre están más débiles y perezosos en otoño, y que por tanto es natural que esté así.

—¿En otoño? ¡Esas son majaderías! —respondió el granjero—. Estamos sólo en agosto, y con el poco trabajo que le impones y la buena alimentación no debería estar tan débil, aunque fuera otoño. ¿Qué le das de comer?

Mi amo se lo dijo. El otro sacudió la cabeza despacio de lado a lado, palpándome.

—No sé quién se come tu maíz, querido amigo, pero mucho me equivoco si es tu caballo el que lo consume. ¿Has cabalgado muy deprisa?

—No, al contrario.

—Entonces pon la mano aquí —indicó, acariciándome el cuello y el hombro—. Está tan caliente y sudado como un caballo que acaba de volver del campo. Te aconsejo que mires con más atención en la cuadra. Odio sospechar y, gracias a Dios, no necesito hacerlo, pues puedo confiar en mis hombres, esté o no con ellos; pero hay bribones mezquinos, lo bastante malvados como para robarle su comida a una pobre bestia; debes investigar eso —y volviéndose al hombre que había venido a buscarme, le dijo—: Dale a este caballo una buena ración de avena machacada, y no escatimes.

¡«Pobres bestias», eso es lo que somos! Pero de haber sabido hablar, le habría dicho a mi amo a dónde iban a parar sus copos de avena. Mi mozo venía cada mañana a eso de las seis, acompañado de un niño pequeño, quien siempre traía consigo una cesta tapada. Solía entrar con su padre en la sala de aparejos, donde también se guardaban los cereales, y si la puerta quedaba entreabierta podía verlo llenar una bolsa con avena que sacaba del contenedor, y luego marcharse.

Cinco o seis mañanas después de la visita al granjero, justo cuando el chico había salido de la cuadra, empujaron la puerta y entró un policía, que agarró al chico fuertemente del brazo. Detrás venía otro policía que cerró la puerta, diciendo:

—Enséñame el lugar donde tu padre guarda la comida para los conejos.





El chico parecía muy asustado y rompió a llorar; pero no tenía escapatoria, de modo que los llevó al contenedor de maíz. Ahí los policías encontraron otra bolsa vacía como la que hallaron llena de avena en la cesta del chico.

En ese momento Filcher me estaba cepillando los pies, pero pronto lo descubrieron y, a pesar de sus protestas, se lo llevaron al calabozo, junto con su hijo. Me enteré después que el niño fue declarado inocente, pero sentenciaron al padre a dos meses de cárcel.

*Un farsante*

**M**i amo no arregló las cosas inmediatamente, pero al cabo de unos pocos días llegó mi nuevo mozo de cuadra. Era un hombre alto y apuesto, mas si había un farsante que hubiese tomado la figura de un mozo, ese era Alfred Smirk. Me trataba con delicadeza, y nunca me maltrató; de hecho, solía acariciarme mucho y a menudo me daba palmaditas cuando el amo estaba presente. Siempre cepillaba mi crin y mi cola con agua, y mis cascos con aceite antes de sacarme, para que yo estuviera elegante; pero en lo que a limpiarme las pezuñas, cuidar de mis herraduras o cepillarme bien se refería, no se dignaba hacerlo, como si yo no hubiese sido más que una vaca lechera. Dejaba mi bocado herrumbroso, mi silla húmeda y mi baticola rígida.

Alfred Smirk se consideraba muy apuesto; pasaba mucho tiempo arreglándose el cabello, las patillas y la corbata delante de un pequeño espejo que había en la sala de aparejos. Cuando su señor le hablaba, siempre respondía «sí, señor, sí, señor», llevándose la mano al sombrero a cada palabra. Todo el mundo creía que se trataba de un joven muy amable y que el señor Barry había sido muy afortunado al conocerlo. Yo diría que era la persona más vaga y engreída que he conocido en mi vida. Por supuesto que yo me alegraba de que no me maltratara, pero un caballo quiere algo más que eso. Yo disfrutaba de un amplio box, y podría haberme encontrado a mis anchas allí, de no ser porque él era demasiado indolente para limpiarlo. Nunca quitaba toda la paja, y la que quedaba debajo despedía muy mal olor; los fuertes vapores que de ella emanaban me irritaban y me infectaban los ojos, y hacían que se me quitara el apetito.

Un día vino su señor y le dijo:

—Alfred, la cuadra huele bastante mal. ¿Por qué no limpias bien ese compartimento con abundante agua?





—Sí, señor —dijo, llevándose la mano al sombrero—. Lo haré si al señor le parece bien, pero es algo peligroso echar agua en el box de un caballo, pues estos animales son propensos a resfriarse, señor. No querría causarle ningún daño, pero así lo haré si el señor lo ordena.

—Bueno —rectificó el amo—. No querría que cogiera un resfriado, pero no me gusta el olor de la cuadra. ¿Crees que los desagües funcionan bien?

—Ahora que lo menciona, señor, sí me parece recordar que los desagües despiden a veces un olor desagradable; puede que algo no funcione bien, señor.

—Entonces manda llamar al albañil y dile que lo arregle —ordenó el amo.

—Sí, señor, así lo haré.

Vino el albañil y levantó muchos ladrillos, pero no encontró nada que funcionara mal, de manera que puso un poco de cal, le cobró al amo cinco chelines y el olor de mi box siguió siendo tan fuerte como antes. Pero eso no era todo; al estar siempre de pie sobre la paja húmeda, mis pezuñas se volvieron delicadas y enfermizas, y el amo solía decir:

—No sé qué le ocurre a este caballo; tiene una marcha muy torpe. Temo a veces que vaya a tropezar.

—Sí, señor —corroboró Alfred—. Yo también lo he notado cuando lo saco a hacer ejercicio.

A decir verdad, casi nunca me sacaba a hacer ejercicio, y cuando el amo estaba ocupado podía pasarme días enteros sin estirar las patas en ninguna ocasión; pero me daban de comer como si rindiera plenamente. Esto solía causarme desórdenes de salud y me hacía sentirme a veces pesado y perezoso, aunque la mayoría de las veces me sentía inquieto y febril. Nunca me daba de comer hierba ni gachas de salvado, lo cual me habría calmado, pues era ignorante a la par que pretencioso. Y por si eso fuera poco, en lugar de llevarme a hacer ejercicio o cambiar mi alimentación, me daba medicinas y póciones, que, además de la molestia que suponía que me las vertieran por la garganta, solían hacerme sentir enfermo e incómodo.

Un día, mis cascos estaban tan delicados que, trotando sobre unos adoquines recién colocados y con mi amo a cuestas, di un par de traspies tan serios que, al bajar por Lansdown camino de la ciudad, él se detuvo en el taller del herrador y le pidió que viera lo que me ocurría. El hombre examinó los cascos uno a uno, y desempolvándose las manos, dijo:

—Su caballo sufre gravemente de aftas; sus cascos están muy delicados; ha sido un milagro que no se cayera. Me extraña que su

mozo de cuadra no se haya dado cuenta antes. Esto ocurre en las cuadras infectas, en las que nunca se limpia del todo el lecho de paja. Si me manda usted aquí el caballo mañana, le curaré los cascos y le indicaré a su sirviente cómo aplicar el linimento que le daré.

Al día siguiente me los limpiaron a fondo y me los cubrieron con estopa empapada en una fuerte loción. Resultó desagradable.

El herrador ordenó que se cambiara la paja de mi lecho todos los días y se mantuviera el suelo bien limpio. Ordenó también que me dieran de comer gachas de salvado, un poco de hierba y menos maíz que de costumbre, hasta que mis cascos volvieran a estar bien. Con este tratamiento pronto recuperé el vigor, pero el señor Barry, engañado ya dos veces por sus mozos, estaba tan disgustado que abandonó la idea de poseer su propio caballo y resolvió alquilar uno cuando lo necesitara. De modo que me quedé allí hasta que sané del todo, y luego me volvieron a vender.







Tercera parte



*Una feria de caballos*

**N**o cabe duda de que una feria de caballos es un lugar muy entretenido para aquellos que no tienen nada que perder; sea como fuere, hay mucho que ver.

Largas filas de jóvenes caballos recién traídos del campo o de las marismas; manadas enteras de pequeños y peludos *poneys* galeses, no más altos que Merrylegs; centenares de caballos de tiro de todas clases, algunos con sus largas colas trenzadas con lazos de color escarlata; y también muchos caballos como yo, bellos y de buena raza, pero venidos a menos por algún accidente o tara, dificultades de respiración o cualquier otro defecto. Había algunos animales espléndidos, en lo mejor de sus años y aptos para cualquier tarea, que caminaban caracoleando y luciendo gran estilo en el trote, sujetos por un cabestro que sostenía un mozo de cuadra que iba corriendo junto a ellos. Pero al fondo estaban las pobres criaturas agotadas por el duro trabajo, tambaleándose y torciendo las patas a cada paso. Había también viejos caballos de aspecto deplorable, con el labio inferior colgando y las orejas echadas hacia atrás completamente, como si ya no existieran placer ni esperanza en la vida; algunos eran tan flacos que se les podía contar las costillas, y otros tenían viejas heridas en el lomo y los costados; no era una escena agradable para un caballo que bien podría terminar como ellos.

Todo era regatear, subir y bajar los precios, y si un caballo pudiera expresar sus opiniones, yo diría que casi todo eran embustes y trampas en esa feria. Me colocaron con dos o tres caballos fuertes y que parecían aptos, y se acercó mucha gente a vernos. Los caballeros siempre se alejaban de mí al ver mis rodillas rotas, aunque el hombre que me mostraba juraba que se debía sólo a un simple resbalón en la cuadra.





Lo primero que hacían era abrirme la boca; luego, mirarme a los ojos y palparme las patas de arriba abajo, apretándome la piel y la carne, y para terminar, comprobaban mis habilidades y capacidades. Asombraban las formas tan diferentes en que podían dispensarme estos tratos. Algunos lo hacían de manera brutal y despreocupada, como si uno no fuese más que un pedazo de madera; otros, en cambio, me tocaban con suavidad, dándome una palmadita de vez en cuando, como si con ello quisieran decirme «con su permiso». Por supuesto, yo juzgaba a los compradores según su forma de tratarme.

Había un hombre que, de comprarme, podía muy bien hacerme feliz. No era un caballero, ni tampoco uno de esos individuos aparatosos que pretendían serlo. Era un hombre algo bajo de estatura, pero bien proporcionado y rápido de movimientos. En un momento supe, por su manera de tratarme, que entendía de caballos; hablaba con suavidad, y sus ojos grises tenían una mirada amable y vivaracha. Tal vez pueda extrañar a algunos, pero no deja de ser verdad que el olor fresco y agradable que despedía hizo que me resultara simpático; no era un olor a cerveza rancia ni a tabaco, lo cual odiaba, sino un olor fresco como si acabara de salir de un granero de heno. Ofreció veintitrés libras por mí, pero las rechazaron y se marchó. Lo busqué con la mirada, pero había desaparecido, y se acercó un hombre de aspecto muy rudo, con una voz muy fuerte. Yo estaba muerto de miedo de que me comprara, pero se alejó. Se acercaron una o dos personas más que no querían comprar ningún caballo. Luego se acercó de nuevo el hombre de aspecto rudo y ofreció veintitrés libras. Comenzó entonces un regateo, pues mi vendedor pensó que tal vez no consiguiese todo lo que pedía, y tendría que rebajar el precio; pero en ese preciso momento volvió el hombre de los ojos grises. No pude por menos de tender mi cabeza hacia él. Me acarició la cara amablemente.

—Bueno, viejo amigo —dijo—, creo que nos llevaremos bien. Ofrezco veinticuatro libras por él.

—Veinticinco y es suyo.

—Veinticuatro con diez —ofreció mi amigo, con un tono muy resuelto— y no doy más. ¿Sí o no?

—Hecho —dijo el vendedor—, y puede estar seguro de que este caballo tiene muchísima calidad, y si lo necesita como caballo para coche de punto, es una ganga.

Mi nuevo amo pagó enseguida y, tomándome del ronزال, me sacó de la feria y me llevó a una posada, donde tenía preparadas una silla y una brida. Me dio una buena ración de avena y se quedó junto a mí

mientras yo comía, hablándome y hablando consigo mismo. Media hora después, partimos rumbo a Londres, por prados agradables y caminos vecinales, hasta que llegamos a la gran vía de Londres, por la que viajamos sin sobresaltos hasta llegar a la gran ciudad a la hora del crepúsculo. Ya habían encendido las farolas; había calles a derecha e izquierda, y cruces y más cruces de calles. Pensé que nunca se terminarían. Por fin, al pasar por uno, llegamos a una larga parada de coches de punto, donde mi jinete exclamó con voz alegre:

—¡Buenas noches, «gobernador»!

—¿Y bien? —exclamó una voz—. ¿Has conseguido uno bueno?

—Creo que sí —respondió mi dueño.

—Te deseo buena suerte con él.

—Gracias, «gobernador» —dijo, y siguió cabalgando. Pronto tomamos por una de las bocacalles, y cuando habíamos recorrido un tramo, seguimos por un pasaje muy estrecho, con casas de aspecto humilde a un lado, y al otro lado lo que parecían cocheras y cuadras.

Mi dueño se detuvo ante una de las casas y lanzó un silbido. La puerta se abrió de par en par y salió corriendo una mujer joven, seguida de una niña pequeña y de un muchacho. Cuando mi dueño desmontó, lo recibieron con gran alegría.

—Harry, hijo, abre las puertas y mamá que nos traiga un farol.

Un minuto después estaban todos a mi alrededor en el pequeño patio de una cuadra.

—¿Es dócil, papá?

—Sí, Dolly, tan dócil como tu gatico; acércate y acarícialo.

Enseguida la mano de la niña se puso a acariciarme, sin miedo. ¡Qué sensación más agradable!

—Le prepararé unas gachas de salvado mientras lo cepillas —dijo la mamá.

—Sí, Polly, hazlo, es justo lo que necesita, y sé que tienes unas «gachas» bien buenas y listas para mí.



*Un caballo de coche de punto londinense*

**M**i nuevo amo se llamaba Jeremiah Barker, pero como todo el mundo le llamaba Jerry, yo haré lo mismo. Polly, su esposa, era la compañera ideal que todo hombre podría desear. Era una mujer bajita, rellenita, pulcra y elegante, con el cabello oscuro y sedoso, los ojos también oscuros y una alegre boca. El joven Harry tenía doce años: era un chico alto, sincero y de buen carácter. Y la pequeña Dorothy, a la que llamaban Dolly, era una copia de su madre, con ocho años de edad. Estaban maravillosamente unidos; nunca antes ni después conocí una familia tan feliz. Jerry tenía su propio coche de punto, y dos caballos a los que él mismo conducía y cuidaba. Su otro caballo era un animal alto, blanco, de constitución ancha, que se llamaba Capitán. Ya era viejo, pero en su juventud debió de ser un ejemplar espléndido; conservaba aún un porte orgulloso, manteniendo en alto la cabeza y arqueando el cuello. Era, en efecto, un viejo caballo noble de gran linaje y modales elegantes. Me dijo que en su primera juventud había estado en la guerra de Crimea; perteneció a un oficial de caballería que solía encabezar el regimiento; más adelante les contaré los detalles.

A la mañana siguiente, una vez que me hubieron cepillado bien, Polly y Dolly vinieron al patio para verme y trabar amistad conmigo. Harry había estado ayudando a su padre desde bien temprano por la mañana y había expresado su opinión de que yo había de ser «un tipo cabal». Polly me trajo una rodaja de manzana, y Dolly un pedazo de pan, y me alabaron como si yo aún fuese el Belleza Negra de otros tiempos. Era fantástico que me volvieran a acariciar y que me hablaran con voz dulce; y yo, por mi parte, les hice ver lo mejor que pude mi deseo de ser amistoso. Polly pensaba que yo era muy apuesto, y demasiado bueno para un coche de punto, de no ser por mis rodillas rotas.

—Nadie puede decirnos de quién fue la culpa —comentó Jerry—, y mientras no lo sepa, le otorgaré el beneficio de la duda, pues jamás he montado un animal de trote tan firme y regular. Lo llamaremos Jack, como el viejo caballo. ¿Estás de acuerdo, Polly?

—De acuerdo —dijo—, pues me gusta mantener un buen nombre.

Capitán estuvo fuera durante toda la mañana con el coche de punto. Harry regresó después de la escuela para darme de comer y de beber. Por la tarde, me engancharon al coche. Jerry se tomó tantas molestias por asegurarse de que la collera y la brida me resultaran cómodas como solía hacer John Manly. Cuando soltó un poco la baticola, me sentí completamente a gusto. No llevaba engalle, ni barbada, tan sólo un simple bridón. ¡Qué alivio!

Tras tomar por la bocacalle, desembocamos en la gran parada de coches de punto donde Jerry había dicho «buenas noches». A un lado de esta calle ancha había casas altas con magníficas vidrieras comerciales, y al otro lado una vieja iglesia con un patio, rodeado de una verja de hierro. A lo largo de esa verja se alineaba un buen número de coches, a la espera de pasajeros. Manojos de heno cubrían el suelo aquí y allá; algunos hombres estaban reunidos en grupos, otros permanecían sentados en los pescantes leyendo el periódico, y uno o dos daban de comer a sus caballos algo de heno y un poco de agua. Nos pusimos a la cola, detrás del último coche de punto. Se acercaron dos o tres hombres a mirarme, intercambiando comentarios.

—Muy bueno para un funeral —dijo uno.

—Demasiado elegante —comentó otro, negando con la cabeza con aire de buen entendedor—. Un buen día encontrarás algún fallo, o no me llamo Jones.

—Bueno —dijo Jerry sonriendo—, no hace falta que busque el defecto, pues saltará a la vista. Así, mantendré el buen humor más tiempo.

Se acercó entonces un hombre de cara ancha, vestido con un gran gabán gris con esclavinas y grandes botones blancos, un sombrero gris y una bufanda azul puesta al descuido en su cuello; su cabello también era gris, pero era un hombre de aspecto jovial, y los demás se apartaron para dejarle paso. Me examinó con atención, como si pensara comprarme, y luego dijo:

—Es justo el caballo que te conviene, Jerry. No importa lo que hayas podido pagar por él, porque lo vale.

Y así quedó entonces establecida mi reputación.

Este hombre se llamaba Grant, pero le llamaban «Gray Grant» o «gobernador Grant». Llevaba en esa parada más tiempo que nadie, y se había concedido a sí mismo la tarea de arreglar asuntos y zanjar disputas. Era por lo general un hombre jovial y sensato; pero cuando





su carácter se agriaba un poco, lo cual sucedía cuando había bebido demasiado, a nadie le gustaba acercarse a él, pues sabía servirse muy bien de sus puños.

La primera semana de mi vida como caballo de coche de punto fue agotadora; no estaba acostumbrado a Londres, y el ruido, la confusión, la multitud de caballos, carretas y carruajes entre los cuales debía abrirme paso, me angustiaban y me dejaban exhausto. Pero pronto me di cuenta de que podía confiar plenamente en mi conductor, y entonces me relajé y me acostumbré al trabajo.

Jerry era el mejor cochero que yo había conocido. Y su mayor cualidad era que cuidaba de sus caballos como de sí mismo. Se dio cuenta enseguida de que yo era trabajador y estaba dispuesto a esforzarme. Jamás empleó el látigo conmigo, si no era para rozarme ligeramente el lomo e indicarme así que me pusiera en marcha. Pero, por lo general, yo me daba cuenta de ello por la forma en que cogía las riendas, de modo que creo que el látigo pasaba más tiempo guardado junto a él que en sus propias manos.

En poco tiempo, mi amo y yo llegamos a entendernos todo lo bien que pueden entenderse un hombre y un caballo. En la cuadra se esforzaba al máximo para que estuviésemos cómodos. Los compartimentos eran a la antigua usanza, esto es, demasiado inclinados. Pero tenía dos barras movibles fijadas en la pared trasera de estos, de manera que por la noche, cuando descansábamos, nos quitaba los roncales y levantaba las barras, y así podíamos movernos todo lo que se nos antojara, lo cual era una gran comodidad.

Jerry nos tenía muy limpios y nos daba una alimentación todo lo variada que podía permitirse, y siempre en abundancia. Y no sólo eso, sino que también era generoso con el agua, fresca y limpia, que nos dejaba al alcance día y noche, salvo, por supuesto, cuando volvíamos acalorados. Algunas personas dicen que un caballo no debe beber todo lo que desee, aunque yo sé que si se nos permite hacerlo siempre que queramos, bebemos poco cada vez, y nos sienta mucho mejor que atracarnos de agua cuando ya estamos sedientos. Algunos mozos se van a beber cerveza y nos dejan con el heno y la avena resecos, sin nada con que mojarlos un poco, y entonces, por supuesto, ocurre que bebemos demasiado de golpe, lo cual nos perjudica los pulmones y a veces nos enfría el estómago. Pero lo mejor que disfrutábamos allí era el descanso dominical; trabajábamos tan duro durante la semana que no creo que hubiésemos resistido de no haber sido por el descanso de ese día; además, de esa manera, teníamos tiempo de disfrutar de nuestra mutua compañía. Fue entonces cuando conocí la historia de mi compañero.



*Un viejo caballo de batalla*

**C**apitán había sido domado y adiestrado para ser un caballo de batalla, pues su primer amo, un oficial de caballería, partiría hacia la guerra en Crimea. Dijo que había disfrutado bastante del adiestramiento con todos los demás caballos, trotando juntos, girando juntos a derecha e izquierda, deteniéndose a la voz de mando, o lanzándose hacia delante a toda velocidad al oír la corneta, o cuando un oficial lo ordenara. De joven había sido un caballo de pelaje gris oscuro moteado, al que se consideraba muy hermoso. Su amo, un joven magnánimo, lo apreciaba mucho y desde el principio lo había tratado con gran cariño y amabilidad. Me dijo que encontraba muy agradable la vida de un caballo de batalla. Pero casi cambió de opinión cuando tuvo que partir al extranjero, cruzando el mar en un gran barco.

—¡Esa parte fue horrorosa! —comentó—. Por supuesto, no podíamos caminar desde tierra firme hasta el barco, y se vieron obligados a pasar anchas cinchas bajo nuestros cuerpos hasta elevarnos sobre el suelo, a pesar de nuestra resistencia, y nos transportaron por encima del agua, hasta el puente del barco. Allí nos colocaron en pequeños compartimentos, y nunca vimos el cielo en mucho tiempo, ni pudimos estirar las patas. Cuando el viento soplaba fuerte, el barco se movía, y nosotros nos bamboleábamos, golpeándonos, y no nos sentíamos nada bien. Por fin el viaje terminó, y de nuevo nos transportaron por el aire hasta tocar tierra. Nos sentíamos muy felices, y resoplamos y relinchamos de alegría cuando volvimos a sentir la tierra firme bajo nuestros cascos.

»Pronto nos dimos cuenta de que la tierra a la que habíamos llegado era muy diferente a la nuestra y que teníamos muchas penalidades que sufrir además de la batalla. Pero muchos de los hombres





amaban tanto a sus caballos que hacían todo lo posible para que estuvieran cómodos, a pesar de la nieve, la humedad y los demás inconvenientes.

—¿Y qué me puedes decir de la batalla? —pregunté yo—. ¿No era eso lo peor?

—Pues no podría decirte —dijo él—. Nos gustaba siempre oír la corneta y ser llamados a filas, y estábamos impacientes por lanzarnos a la batalla, aunque a veces teníamos que pasar horas de pie, esperando la voz de mando. Cuando se nos daba la orden, salíamos con tanto brío y ganas como si no existiesen los cañonazos, ni hubiera balas ni bayonetas. Pienso que mientras sintiéramos firme al jinete en la silla, con la mano calma sobre la brida, a ninguno de nosotros le invadía el miedo, ni siquiera cuando los terribles proyectiles de cañón aullaban a través del aire y estallaban en mil pedazos.

»Mi noble amo y yo participamos juntos en muchas acciones sin sufrir un rasguño. Aunque vi caballos abatidos por disparos, atravesados por lanzas y heridos por sablazos, a los que dejábamos muertos en el campo de batalla, o agonizando por sus heridas, no creo haber temido por mi vida. La alegre voz de mi amo arengando a sus hombres me hacía sentir como si a nosotros no pudiesen matarnos. Confiaba en él de una manera tan absoluta que, mientras me guiara, estaba dispuesto a ir a la carga hasta la mismísima boca de los cañones. Vi heridos a muchos hombres valerosos; otros muchos caían heridos de muerte de las sillas. Había escuchado los gritos y los lamentos de los moribundos. Había galopado sobre terrenos resbaladizos por la sangre, y a menudo tenía que apartarme para no tropezar con caballos y hombres heridos; pero, hasta un día espantoso, nunca había sentido lo que es el terror. Ese fue un día que nunca olvidaré.

Al llegar a este punto, el viejo Capitán interrumpió un momento su relato y exhaló un largo suspiro. Yo esperé, y luego él prosiguió:

—Era una mañana de otoño y, como de costumbre, una hora antes del alba nuestra caballería se había formado, dispuesta para el combate. Los hombres, de pie junto a sus caballos, aguardaban las órdenes. Al clarear, pareció surgir cierto revuelo entre los oficiales, y antes de que empezara el día, oímos disparos enemigos.

»Entonces uno de los oficiales se acercó a caballo, dando la orden de montar, y un segundo después todos los hombres estaban sobre sus sillas, y todos los caballos aguardaban expectantes el toque en las riendas, o la presión de los talones del jinete sobre el estribo, impacientes y llenos de ardor. Pero nos habían adiestrado tan bien que, salvo el hecho de que mordisqueábamos el bocado y agitábamos

nerviosas nuestras cabezas, nadie podría haber dicho que moviéramos un músculo.

»Mi querido amo y yo nos encontrábamos a la cabeza de la primera línea y, como todos, aguardábamos atentos e inmóviles; él cogió un mechoncito de mi crin que se había alborotado y, regresándolo a su lugar y alisándolo con la mano, me palmeó el cuello y dijo:

»—Este va a ser un día duro, Bayard, hermoso mío; pero cumpliremos con nuestro deber, como hasta ahora hemos hecho.

»Aquella mañana me acarició el cuello, pienso yo, más de lo que acostumbraba hacerlo. Me acariciaba en silencio una y otra vez, como si pensara en otra cosa. Me encantaba sentir su mano sobre mi cuello y yo arqueaba la cabeza con orgullo y felicidad. Pero me quedaba muy quieto, pues conocía todos sus estados de ánimo, sabiendo cuándo quería que me estuviese tranquilo y cuándo brioso.

»No puedo relatar todo lo que en aquel día aconteció, pero sí te contaré la última carga que hicimos juntos mi amo y yo en un valle, enfrente mismo de los cañones enemigos. Por entonces ya estábamos muy acostumbrados al tronar de la artillería pesada, al traqueteo del fuego de los mosquetes y a los disparos que surcaban el aire a nuestro alrededor. Pero nunca había estado bajo un fuego tan intenso como el que encontramos aquel día. A izquierda, derecha y por el frente llovían sobre nosotros disparos y proyectiles. Muchos hombres valientes cayeron, muchos caballos se derrumbaron lanzando a tierra a los jinetes. Muchos caballos sin jinete corrían desbocados fuera de las filas; luego, aterrorizados al verse solos, sin mano que los guiara, volvían a empujones entre sus viejos compañeros, para galopar con ellos a la carga.

»A pesar de todo el temor que nos producía, nadie se detuvo, nadie dio media vuelta. Las filas se diezmaban por momentos, pero mientras nuestros compañeros caían, los demás cerrábamos filas para mantenernos juntos, y en vez de tambalearnos o de temblar, nuestro galope se fue haciendo más veloz conforme nos acercábamos a los cañones.

»Mi amo, mi querido amo, animaba a sus compañeros con el brazo derecho en alto, cuando una de las balas pasó zumbando cerca de mi cabeza y lo alcanzó. Lo sentí tambalearse bajo el impacto, pero no profirió grito alguno, e intenté reducir mi velocidad. La espada resbaló de su mano derecha, la rienda se aflojó en la izquierda, él se desplomó sobre la silla y cayó al suelo. Los otros jinetes pasaron corriendo, y la fuerza de la carga me arrastró lejos del lugar donde él cayó.





»Yo quería seguir a su lado, y no abandonarlo bajo la confusión de los cascos de los caballos, pero fue en vano. Entonces, sin amo ni amigo, me encontré solo en ese gran campo de batalla. En aquel momento el miedo se apoderó de mí, y temblé como no había temblado en mi vida. Y yo también, como había visto hacer a otros caballos, intenté unirme a las filas y cabalgar con el resto, pero me lo impidieron las espadas de los soldados. Justo en ese momento cogió mi brida un soldado cuyo caballo había sido abatido, y montó, y con este nuevo amo volví a la carga. Pero nuestra valiente compañía fue dominada y los supervivientes de la lucha feroz por los cañones retrocedieron al galope. Algunos de los caballos habían resultado tan gravemente heridos que apenas podían moverse por la pérdida de sangre. Otros nobles animales intentaban regresar andando sobre tres patas, mientras otros trataban de levantarse sobre sus patas delanteras, con las patas traseras destrozadas por la metralla. Luego se recogió a los heridos y se enterró a los muertos.

—¿Y qué ocurrió con los caballos heridos? —pregunté yo—. ¿Los dejaron morir allí?

—No, los herradores del ejército llegaron al campo con sus pistolas y sacrificaron a todos los caballos ya inútiles. Trajeron de vuelta a los que sólo tenían heridas leves y los curaron, pero la mayoría de las nobles y voluntariosas criaturas que salieron aquella mañana jamás regresaron! De nuestra cuadra, sólo volvió uno de cada cuatro caballos.

»Nunca volví a ver a mi amo. Creo que cayó muerto de la silla. Nunca amé a ningún otro amo tanto como a él. Participé en muchas otras acciones, pero sólo resulté herido una vez, y no gravemente. Y cuando terminó la guerra, regresé a Inglaterra, tan sano y tan fuerte como había salido.

—He oído a algunas personas hablar de la guerra como de algo muy hermoso —dije yo.

—¡Ah! —exclamó él—. Yo diría que porque nunca la presenciaron. Es sin duda hermosa cuando no hay enemigos, cuando es sólo adiestramiento, desfile y combate simulado. Sí, entonces es muy hermosa; pero cuando miles de hombres y de caballos buenos y valerosos mueren, o quedan mutilados de por vida, la perspectiva es muy diferente.

—¿Sabes por qué luchaban? —pregunté yo.

—No —contestó él—, eso es más de lo que un caballo puede comprender, pero había de ser el enemigo horriblemente malvado, cuando era necesario atravesar todo el mar sólo para matarlo.

*Jerry Barker*

**N**unca conocí mejor persona que mi nuevo amo; era amable y bondadoso, y defendía el bien con tanto ardor como John Manly. Tenía también tan buen carácter y era tan jovial que muy pocas personas llegaban a pelearse con él. Le encantaba componer pequeñas canciones que luego cantaba en voz baja. Una que le gustaba especialmente era:

*Venid, padre y madre,  
hermana y hermano;  
venid, venid todos  
a echar una mano.*

Y así eran ellos. Harry hacía el trabajo de cuadra tan bien como un chico de más edad, y siempre estaba dispuesto a ayudar en lo que podía. Polly y Dolly solían venir por las mañanas a ayudar con el coche de punto, cepillando y sacudiendo los cojines, limpiando los cristales, mientras Jerry nos aseaba en el patio, y Harry sacaba brillo al arnés. Solían bromear y reír mucho juntos, lo cual nos ponía a Capitán y a mí de mejor humor que si hubiéramos estado oyendo regaños y palabras duras. Por las mañanas se levantaban siempre temprano, pues Jerry solía decir:

*Si el tiempo pierdes  
cada mañana,  
ya no lo recuperas  
en toda la jornada.  
Por mucho que corras y te apresures,  
te afanes y te preocupes,  
lo has perdido del todo  
y para siempre.*





No toleraba la holganza despreocupada ni la pérdida de tiempo, y nada podía enojarlo más que encontrar personas a las que siempre se les hacía tarde, deseando alquilar el coche y que se apurase al caballo para evitar la demora producida por su holgazanería.

Un día, salieron de una taberna cercana dos jóvenes de aspecto atolondrado, se acercaron a la parada y llamaron a Jerry.

—¡Eh, cochero! Dese prisa, que llegamos tarde; vaya a toda velocidad y llévenos a la estación Victoria a tiempo de coger el tren de la una en punto. Le daremos un chelín<sup>8</sup> extra.

—Los llevaré a la velocidad normal, caballeros; los chelines no me convencerán para que vaya deprisa.

El coche de punto de Larry estaba junto al nuestro. Abrió la puerta de par en par, diciendo:

—¡Soy su hombre, caballeros! Suban a mi coche; mi caballo los conducirá a tiempo de coger el tren —y mientras cerraba la puerta, guiñándole el ojo a Jerry, añadió—: Es contrario a su conciencia ir más rápido que a trote ligero —luego, azotando a su agotado caballo, partió lo más aprisa que podía. Jerry me dio una palmadita en el cuello.

—No, Jack, por un chelín no haríamos algo así, ¿verdad, viejo amigo?

Aunque Jerry estaba decididamente en contra de conducir a excesiva velocidad para complacer a las personas indolentes, siempre nos movíamos con suficiente rapidez, aunque no le importaba aumentar la velocidad si existían razones para hacerlo.

Recuerdo muy bien una mañana, esperando en la parada una carreta, cuando un joven que llevaba un baúl pisó una cáscara de naranja que había en el suelo y cayó con gran violencia.

Jerry fue el primero en correr a levantarlo. Parecía muy aturdido y, al llevarlo a una tienda, caminaba como si le aquejara un intenso dolor. Mi amo volvió, naturalmente, a la parada, pero unos diez minutos después lo llamó uno de los dependientes, de modo que nos arrimamos a la acera.

—¿Puede usted llevarme a la estación de ferrocarril del sureste? —dijo el joven—. Me temo que esta desafortunada caída me ha retrasado, pero es de vital importancia que no pierda el tren de las doce en punto. Le agradecería mucho si me pudiera usted llevar allí a tiempo, y no tendría reparos en pagarle una cantidad extra.

—Haré todo lo posible —afirmó Jerry con convicción—, si cree que está lo bastante repuesto, señor —pues parecía horriblemente pálido y enfermo.

<sup>8</sup>Chelín. Moneda fraccionaria inglesa. Fuera de circulación desde 1971.

—Debo ir —insistió muy serio—. Abra, por favor, la puerta y no perdamos más tiempo.

Un segundo después, Jerry estaba en el pescante. Le dio una ligera sacudida a las riendas, que yo comprendí perfectamente, acompañada de una alegre exclamación.

—Y ahora, Jack, muchacho —me dijo—, vuela. Les enseñaremos a todos la velocidad que podemos alcanzar cuando lo hacemos por una buena causa.

Siempre resulta difícil conducir deprisa por la ciudad en mitad del día, cuando hay tanto tráfico por las calles, pero hicimos lo que pudimos; y cuando un buen cochero y un buen caballo, que se entienden mutuamente, aúnan voluntades, es asombroso lo que pueden conseguir. Yo tenía una boca muy buena, es decir, que me dejaba guiar por el toque más ligero en la rienda, y eso es una gran cosa en Londres, entre carruajes, carretas, carros, furgones, coches de punto y grandes vagones que se escurrían lentos, unos en una dirección, otros en otra, unos despacio, algunos queriendo adelantarse a los demás, obligando al caballo que viene detrás a detenerse también, o a pasar y adelantarlos. Tal vez uno intenta adelantar, pero justo en ese momento alguien pasa zumbando por el estrecho hueco, y otra vez hay que quedarse atrás. Después uno piensa que tiene una oportunidad, y consigue colocarse delante, pasando tan cerca de las ruedas de los otros que se encuentran a cada lado que, si se acercasen una pulgada más, se arañarían al pasar. Bien, uno avanza un poco para encontrarse pronto en una larga fila de carros y carruajes, sin más posibilidad que la de ir al paso. Tal vez se encuentre con un tranque, y hay que permanecer parado durante minutos enteros, hasta que algo se desbloquea en una bocacalle o hasta que interviene el policía. Hay que estar preparado para cualquier oportunidad de lanzarse si se abre un hueco, y ser veloz como un galgo para ver si hay sitio y tiempo suficientes, porque si no, puede ocurrir que las ruedas queden bloqueadas o aplastadas, o la lanza de otro vehículo te dé de lleno en el pecho o en el hombro. Para todo esto hay que estar preparado. Si se quiere atravesar Londres rápidamente en mitad del día, hace falta mucha práctica.

Jerry y yo estábamos acostumbrados a ello, y nadie podía ganarnos cuando se trataba de adelantar encontrando los huecos para pasar. Yo era veloz y audaz, y podía siempre confiar en mi conductor; Jerry era rápido y paciente a la vez, y podía confiar en su caballo, lo cual era también muy bueno. Rara vez empleaba el látigo. Yo sabía por su voz y por cómo chasqueaba la lengua, cuándo quería que fuese





rápido, y la rienda me señalaba por dónde tenía que ir, así que no era necesario el látigo; pero ahora debo retomar mi relato.

Las calles estaban muy concurridas aquel día, pero llegamos muy bien hasta el final de Cheapside, donde el paso estuvo bloqueado durante tres o cuatro minutos. El joven sacó la cabeza por la ventanilla y dijo angustiado:

—Creo que será mejor que me baje aquí y siga caminando. Nunca llegaré a tiempo si esto sigue así.

—Haré todo lo que me sea posible, señor —se comprometió Jerry—. Pienso que llegaremos a tiempo. Esto no puede durar mucho más, y su equipaje es demasiado pesado, señor.

Justo en ese preciso instante, la carreta que estaba delante empezó a avanzar, y la suerte se puso de nuestro lado. Escurriéndonos, en un sentido y otro, avanzamos lo más deprisa que puede ir un caballo y, por asombroso que pueda parecer, cruzamos el puente de Londres sin problemas, pues había una larga fila de coches de punto y de carruajes que avanzaban en el mismo sentido que nosotros a buen trote. De cualquier manera, entramos como un torbellino en la estación junto con muchos coches más, justo cuando el gran reloj daba las doce menos ocho minutos.

—¡Gracias a Dios, hemos llegado a tiempo! —dijo el joven—. Gracias, amigo, y gracias también a su buen caballo. Lo que me ha hecho usted ganar no tiene precio; acepte esta media corona<sup>9</sup> de más.

—No, señor, no, pero se lo agradezco de todos modos; me alegro mucho de haber llegado a tiempo, señor, pero ahora no se demore, señor, suena la campana. ¡Mozo, aquí! Coja el equipaje de este caballero. Eso es, el tren de las doce en punto de la línea de Dover —y sin esperar más, Jerry me hizo dar la vuelta para dejar sitio a otros coches de punto que entraban a toda prisa en el último momento, y se apartó a un lado hasta que pasó la confusión.

—¡Cuánto me alegro! —exclamó—. ¡Cuánto me alegro! ¡Pobre joven, me pregunto por qué estaría tan nervioso! —así podía yo escuchar a Jerry muy a menudo, cuando hablaba consigo mismo, siempre que no estuviéramos en movimiento.

Al regresar a la parada, todos se reían y se burlaban de él por acceder a conducir deprisa a la estación por un pago extra, en contra de sus principios, como ellos decían, y querían saber cuánto se había embolsado.

<sup>9</sup>Corona. Moneda inglesa de plata, que equivalía a la cuarta parte de la libra esterlina.



—Mucho más de lo que suelo conseguir —contestó él, asintiendo astutamente—; lo que me ha dado me permitirá vivir más holgadamente durante varios días.

—¡Tonterías! —exclamó uno.

—Es un farsante —intervino otro—. Nos sermonea y luego él hace lo mismo.

—Miren, compañeros —dijo Jerry—, el caballero me ofreció media corona extra, pero yo no la acepté; fue bastante recompensa para mí ver lo contento que estaba de coger aquel tren. Y si Jack y yo decidimos darnos una buena carrera de vez en cuando, porque nos complace, es asunto nuestro y no de ustedes.

—Tú nunca te harás rico —dijo Larry.

—Lo más probable es que no —asintió Jerry—, pero no creo que sea menos feliz por ello. He oído muchas veces los mandamientos, y nunca he visto que ninguno de ellos dijera: «Te harás rico». Además, en el Nuevo Testamento se dicen muchas cosas curiosas sobre los ricos, que seguramente harían que me sintiera algo incómodo si fuera uno de ellos.

—Si te haces rico alguna vez —dijo el «gobernador» Grant mirando por encima del hombro desde lo alto de su coche—, te lo habrás merecido, Jerry, y no encontrarás castigo en tu riqueza. En cuanto a ti, Larry, morirás pobre. Gastas demasiado en correas para el látigo.

—¿Y qué puede hacer alguien si su caballo no avanza si no es a latigazos?

—Nunca te has tomado el trabajo de averiguar si el caballo caminaría sin él. Estás siempre dándole al látigo como si tu brazo tuviera el baile de san Vito, y si a ti no te agota eso, sí agota a tu caballo. Siempre estás cambiando de caballo, ¿y cuál es el motivo? Que nunca les das ánimo ni sosiego.

—Bueno, no he tenido suerte —se lamentó Larry—. Esa es la razón.

—Y nunca la tendrás —dijo el «gobernador»—. La buena suerte suele elegir muy bien con quién camina, y suele preferir a los que tienen sentido común y buen corazón; por lo menos, esa es mi experiencia.

Grant volvió a su periódico, y los demás hombres a sus coches.



*Trabajar los domingos*

Una mañana, cuando Jerry acababa de engancharme a la lanza y estaba ajustando las correas, un caballero entró en el patio.

—A sus órdenes, señor —dijo Jerry.

—Buenos días, señor Barker —saludó el caballero—. Me gustaría llegar a un acuerdo con usted para que llevara regularmente a la señora Briggs a la iglesia, los domingos por la mañana. Ahora vamos a la Iglesia Nueva, y está más lejos de lo que ella puede caminar.

—Se lo agradezco, señor —respondió Jerry—, pero sólo he sacado una licencia de seis días; por tanto, no puedo aceptar una carrera los domingos; no sería legal.

—Oh —dijo el otro—, no sabía que tuviera una licencia de seis días, pero, por supuesto, sería muy fácil cambiarla. Yo me encargaría de que no saliera usted perdiendo al hacerlo. El hecho es que la señora Briggs prefiere que sea usted quien la lleve.

—Señor, me alegraría poder complacer a la señora, pero tuve antaño una licencia de siete días, y el trabajo era demasiado duro para mí y para mis caballos. Año tras año así, sin un solo día de descanso, y sin poder pasar ningún domingo con mi esposa y mis hijos, y sin poder ir nunca a la iglesia, lo cual yo siempre solía hacer antes de adoptar este oficio. De manera que durante los últimos cinco años sólo he sacado licencia de seis días, y lo encuentro más adecuado en todos los sentidos.

—Claro, por supuesto —contestó el señor Briggs—. Lo correcto es que todas las personas tengan un día de descanso y puedan ir a la iglesia los domingos; pero pensé que no le importaría una distancia tan corta para el caballo, y sólo una vez al día. Eso le dejaría toda la tarde libre, y somos muy buenos clientes, como usted bien sabe.

—Sí, señor, eso es cierto, y agradezco cualquier favor, sin duda, y haría cualquier cosa por complacerlo a usted o a la señora; sería para mí un honor. Pero no puedo renunciar a mi domingo, señor, de verdad que no puedo. Leo que Dios creó al hombre, creó también a los caballos y a las demás bestias, y en cuanto los hubo creado, creó también un día de descanso, y ordenó que todos descansaran un día entre siete. Yo creo, señor, que Dios debía saber lo que era bueno para ellos, y estoy seguro de que también es bueno para mí; ahora que tengo un día de descanso, estoy más fuerte y sano. Los caballos también se encuentran bien, y no se agotan tan rápidamente. Todos los conductores con licencia de seis días me dicen lo mismo, y he puesto de lado más dinero en la Caja de Ahorros que nunca antes en mi vida; y en cuanto a mi esposa y a mis hijos, ¡vive Dios!, por nada del mundo querrían que yo volviese a la licencia de los siete días.

—Está bien —concluyó el caballero—. No se apure, señor Barker, que ya preguntaré en otra parte —y dicho esto, se marchó.

—Bueno —me dijo Jerry—, qué le vamos a hacer, Jack; necesitamos nuestro día de descanso.

—¡Polly! —gritó—. ¡Polly, ven aquí!

Polly llegó enseguida.

—¿Qué ocurre, Jerry?

—Querida, el señor Briggs quiere que lleve a la señora Briggs a la iglesia todos los domingos por la mañana. Le he dicho que tengo sólo una licencia de seis días. Me ha contestado entonces: «Consiga una licencia de siete días, y yo haré que valga la pena», y ya sabes, Polly, que son muy buenos clientes. La señora Briggs sale a menudo de compras durante horas, o se va a hacer visitas, y luego me paga lo que es justo y honrado, como la dama que es; no regatea ni pretende que tres horas sean dos y media, como hacen algunas personas. Y para los caballos el trabajo es fácil, no como tener que lanzarse para coger un tren para gente que lleva siempre un cuarto de hora de retraso. Si no los complazo en este asunto, es muy probable que los perdamos como clientes por completo. ¿Tú qué dices, querida?

—Yo digo, Jerry —pronunció ella, hablando muy despacio—, yo digo que aunque la señora Briggs te diera un soberano<sup>10</sup> cada domingo por la mañana, no querría que volvieses a ser un conductor de siete días. Hemos visto lo que es no tener domingos; y ahora sabemos lo que es poder disfrutar de ellos. Gracias a Dios, ganas lo suficiente para mantenernos, aunque a veces nos llegue muy justo

<sup>10</sup>Soberano. Moneda de oro inglesa que equivalía a la libra esterlina.





para pagar la comida de los caballos, la licencia y el alquiler. Pero pronto Harry ganará algo, y antes preferiría que tuviésemos que trabajar más duro que volver a esos horribles tiempos, cuando no tenías ni un minuto para ocuparte de tus hijos, y nunca podíamos ir juntos a la iglesia, ni tener un día tranquilo y feliz. Dios no quiera que tengamos que volver a esos tiempos; eso es lo que yo digo, Jerry.

—Y eso es justo lo que yo he comunicado al señor Briggs, querida —añadió Jerry—, y lo que tengo intención de hacer; de modo que no te inquietes, Polly (pues esta había empezado a llorar); no volvería a los viejos tiempos ni aunque ganase el doble, así que está decidido, mujercita. Y ahora sécate las lágrimas, y luego me iré al trabajo.

Habían pasado tres semanas desde esta conversación, y no había llegado ningún aviso de la señora Briggs; de modo que no había más trabajo que el de ir a esperar una carrera en la parada de coches de punto. Jerry se tomó este asunto muy a pecho, pues, por supuesto, el trabajo era más duro tanto para el conductor como para el caballo, pero Polly lo animaba siempre diciendo: «No te preocupes, hombre, no te preocupes».

*Haz siempre todo  
lo que esté en tu mano,  
que las cosas saldrán bien  
tarde o temprano.*

Pronto se corrió la voz de que Jerry había perdido a su mejor cliente, y cuál había sido el motivo; la mayoría de los conductores dijeron que había sido un tonto, pero dos o tres se pusieron de su parte.

—Si los trabajadores no defienden su domingo —intervino Truman—, pronto no les quedará ya nada; es un derecho de todo hombre y de todo animal. Por la ley de Dios tenemos un día de descanso, y por la ley de Inglaterra tenemos un día de descanso; y yo digo que deberíamos acogernos a los derechos que esas leyes nos otorgan y pasárselos a nuestros hijos.

—Está muy bien, para ustedes que son religiosos, hablar de esa forma —objetó Larry—; pero yo, cada vez que pueda embolsarme un chelín, lo haré. No creo en la religión, pues no veo que a los tipos religiosos les vaya mejor que a los demás.

—Si no les va mejor —intervino Jerry— es porque no son religiosos. Sería como decir que las leyes de nuestro país no son buenas porque algunas personas no las respetan. Si un hombre se deja llevar por la ira, habla mal de su vecino y no paga sus deudas, entonces no es religioso. No me importa cuántas veces vaya a la iglesia. Si algunas personas son falsas e hipócritas, no quiere decir que la religión

sea una mentira. La religión verdadera es la cosa mejor y más sincera del mundo, y es lo único que puede hacer verdaderamente feliz a una persona, o hacer que el mundo en que vivimos sea mejor.

—Si la religión sirviese para algo —dijo Jones—, evitaría que las personas religiosas como tú nos hicieran trabajar los domingos, como saben que muchos hacen, y por eso es que yo digo que la religión no es sino una farsa, pues si no fuese por la iglesia y los que van a misa, nosotros no trabajaríamos los domingos; pero ellos tienen sus privilegios, como dicen, y yo no los tengo. Espero que respondan ellos por mi alma, si yo no tengo la oportunidad de salvarla por mí mismo.

Algunos de los hombres aplaudieron este comentario, hasta que Jerry intervino.

—Eso podría estar bien, pero no sirve. Cada hombre debe cuidar de su propia alma; uno no puede encomendársela a nadie y esperar que ese alguien cuide de ella. No se dan cuenta de que, si siempre están en el pescante, esperando una carrera, ellos dirán: «Si no la cogemos nosotros, otro lo hará, y a él parece no importarle trabajar los domingos». Por supuesto, la gente no reflexiona a fondo las cosas, pues si lo hicieran se darían cuenta de que si no viniesen nunca a buscar un coche de punto, ustedes no estarían aquí preparados esperándolos; pero a la gente no siempre le gusta llegar al fondo de las cosas, pues puede no ser conveniente hacerlo. Si todos los que trabajan los domingos lucharan por tener un día de descanso, lo conseguirían.

—¿Y qué haría toda la buena gente si no pudiera ir a escuchar a sus predicadores favoritos? —preguntó Larry.

—No es cosa mía decidir por los demás —respondió Jerry—, pero si no pueden recorrer a pie tanta distancia, pueden ir a un sitio más cercano. Y si llueve, que se pongan sus gabardinas, como hacen en un día de diario. Si una cosa es buena, se puede hacer; y si es mala, se puede evitar hacerla, y una buena persona ya encontrará la manera. Y esto es así tanto para un conductor como para los que van a la iglesia.





**D**os o tres semanas después de este episodio, cuando volvíamos a casa bien entrada la noche, Polly cruzó corriendo la calle hacia nosotros llevando un farol, como siempre hacía si no llovía demasiado.

—Todo ha salido bien, Jerry; la señora Briggs nos envió a su sirviente esta tarde para pedirte que la recojas mañana a las once en punto para salir. Yo le he dicho que estaba bien. Hasta ahora nosotros suponíamos que ella estaba contratando a otro conductor.

»—Bueno —dijo el sirviente—, la verdad es que el amo se molestó porque el señor Barker rechazó trabajar los domingos, y ha estado probando otros conductores, pero todos tienen siempre algún problema: unos conducen muy deprisa, otros muy despacio, y el ama dice que no hay ninguno tan agradable y tan limpio como su cochero, y sólo estará contenta con el señor Barker.

Polly estaba casi sin aliento, y Jerry estalló en una alegre carcajada.

—Las cosas salen bien, tarde o temprano; tenías razón, querida, como casi siempre. Corre a preparar la cena, que yo desengancharé a Jack y lo dejaré cómodo en un santiamén.

Después de esto, la señora Briggs solicitó el coche de Jerry tan a menudo como antes, pero nunca los domingos. Aunque llegó un día en que sí trabajamos el domingo, y ocurrió de esta manera: habíamos vuelto todos a casa muy cansados el sábado por la noche, y muy contentos de pensar que al día siguiente descansaríamos, pero no había de ser así.

El domingo por la mañana, Jerry estaba lavándome en el patio cuando Polly se acercó a él muy preocupada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jerry.

—Querido —dijo ella—, la pobre Dinah Brown acaba de recibir una carta donde se le informa que su madre está gravemente enferma, y

debe acudir enseguida si quiere verla aún con vida. El lugar está a más de diez millas de aquí, en el campo, y dice que si coge el tren todavía tendría que caminar cuatro millas; y estando tan débil como está, y teniendo el bebé sólo cuatro semanas, eso sería imposible. Quiere saber si la llevarías en tu coche y promete pagarte con toda honradez en cuanto consiga el dinero.

—Nada, nada, ya hablaremos de dinero en otro momento. No estaba yo pensando en el dinero, sino en perder nuestro domingo; los caballos están cansados, y yo también lo estoy, y eso es lo que me duele.

—También me duele a mí —dijo Polly—, porque pasaré medio domingo sin ti, pero sabes que deberíamos comportarnos con los demás tal y como nos gustaría que se comportasen con nosotros; y yo sé muy bien cómo me gustaría que se comportasen si mi madre estuviera muriéndose. Jerry, querido, estoy segura de que no sería incumplir los deseos del Señor si trabajaras el domingo.

—Polly, eres tan buena como el predicador, y como ya he ido a la iglesia esta mañana temprano, puedes decirle a Dinah que estaré listo para llevarla cuando el reloj dé las diez. Pero antes pasa por la carnicería, saluda a Braydon de mi parte y pregúntale si me presta su ligero cabriolé. Él nunca lo usa los domingos, y será un cambio maravilloso para el caballo.

Polly se marchó, y volvió pronto, diciendo que, por supuesto, él podía prestárselo.

—De acuerdo —convino Jerry—. Ahora prepárame un poco de pan y queso, que yo volveré por la tarde lo antes posible.

—Y yo tendré el pastel de carne preparado para cenar temprano, en vez de para almorzar —aseguró Polly, y se fue, mientras él se preparaba, tarareando la cancioncilla de Polly, cuya melodía tanto le gustaba.

Me eligió a mí para el viaje, y salimos a las diez en punto en un carruaje ligero, de ruedas altas, tan fácil de llevar que, después del coche de punto de cuatro ruedas, era como no llevar nada.

Era una hermosa mañana del mes de mayo, y en cuanto dejamos atrás la ciudad, la dulce brisa, el olor de la hierba fresca y las suaves carreteras campestres me resultaron tan agradables como en los viejos tiempos, y pronto empecé a sentirme muy a gusto.

La familia de Dinah vivía en una pequeña granja, en lo alto de una vereda y cerca de un prado que tenía unos árboles muy bellos que daban mucha sombra; había dos vacas pastando allí. Un joven le dijo a Jerry que llevara el cabriolé al prado y que a mí me ataría en el establo de las vacas. «Ojalá tu viera una cuadra mejor», dijo también.





—Si sus vacas no se ofenden —objetó Jerry—, nada le gustaría más a mi caballo que poder pasar un par de horas en ese prado tan hermoso; es un caballo tranquilo, y sería un placer poco frecuente para él.

—Haga usted lo que desee —dijo el joven—. Puede usted disponer de lo mejor que tenemos por su bondad para con mi hermana; almorzaremos dentro de una hora y espero que se una a nosotros, aunque, con nuestra madre tan enferma, estamos todos un poco preocupados.

Jerry le agradeció cortésmente, pero le dijo que como había traído algo de almuerzo, estaría encantado de caminar por el prado.

Cuando me quitaron el arnés, no sabía qué hacer primero: si comerme la hierba, o rodar por ella, o tumbarme a descansar, o galopar por el prado, de gozo por sentirme libre, y todas estas cosas hice por turnos. Jerry parecía tan contento como yo; se sentó junto al talud a la sombra de un árbol, escuchando a los pájaros; luego cantó él también, y leyó un poco del librito marrón que tanto le gustaba; después paseó por el prado y junto a un pequeño arroyo, cogió flores y espino y los entrelazó con largos tallos de hiedra; luego me dio de comer una buena ración de avena que me había traído. Pero el tiempo se me pasó demasiado rápido, pues no había estado en un campo desde que dejé a la pobre Ginger en Earlshall.

Volvimos a casa tranquilamente y las primeras palabras de Jerry cuando entramos en el patio fueron:

—Pues bien, Polly, después de todo no he perdido mi domingo, pues los pájaros entonaban himnos en cada arbusto, y yo me uní a ellos; y en cuanto a Jack, lo pasó como cuando era un potrillo.

Cuando le dio las flores a Dolly, ella saltaba de alegría.



*Dolly y un verdadero caballero*

**E**l invierno llegó pronto y trajo mucho frío y mucha lluvia; los temporales de agua y nieve se repetían casi cada día durante semanas enteras, y si cambiaba era sólo para tener vientos fuertes o intensas heladas. Los caballos se resentían mucho. Si el frío es seco, basta un par de buenas mantas gruesas para mantenernos calientes; pero si llueve a mares, pronto se empapan y ya no sirven para nada. Algunos de los conductores tenían una manta impermeable para echarnos por encima, y era algo bueno. Pero algunos de los hombres eran tan pobres que no podían protegerse ni a ellos mismos ni a sus caballos, y muchos de estos sufrieron intensamente aquel invierno. Cuando nosotros los caballos trabajábamos medio día, el otro medio lo pasábamos calenticos en nuestras cuadras, y podíamos descansar; mientras que los cocheros se pasaban todo el día sentados en los pescantes, trabajando a veces hasta la una o las dos de la madrugada, si tenían que esperar a alguien que hubiese ido a una fiesta.

Lo peor para nosotros era cuando las calles estaban resbaladizas por el hielo o por la nieve; una milla así, tirando de un peso y sin firmeza en los pasos, nos agotaba más que cuatro millas sobre una buena carretera. Cada músculo y cada nervio de nuestro cuerpo se ponen en tensión para mantener el equilibrio; y a esto hay que añadir el miedo a sufrir una caída, que agota más que ninguna otra cosa. Si los caminos están muy malos, se estropean nuestras herraduras, y ello hace que nos sintamos muy nerviosos.

Cuando hacía muy mal tiempo, muchos de los conductores se metían en la taberna más cercana, encargando a alguien que vigilara su turno. Pero aun así, a menudo perdían alguna carrera y, como decía Jerry, no podían evitar gastar dinero en la taberna. Él no iba





nunca a la taberna Sol Naciente. Sólo de vez en cuando entraba a un café que había cerca, o le compraba a un anciano que se acercaba a la parada con tazas de café caliente y pasteles. Opinaba que el alcohol y la cerveza daban luego más frío, y que lo mejor para mantener caliente a un conductor de coches de punto era tener ropa caliente, buena comida, alegría y una buena esposa. Polly le preparaba siempre algo de comer cuando no podía regresar a casa, y a veces se veía a Dolly mirando desde la esquina de la calle para ver si su padre estaba en la parada. Si lo veía allí, desaparecía a toda velocidad y pronto regresaba con algo en una vasija o en una cesta (una sopa caliente o un pastel que Polly hubiera preparado). Era asombroso que una criatura tan pequeña pudiera cruzar sin peligro la calle, a menudo abarrotada de carruajes y de caballos; pero era una damita valiente, y era para ella un honor llevar «el primer plato de papá», como él solía llamarlo. Todos la apreciaban mucho en la parada, y no había hombre que no hubiese velado para ayudarla a cruzar la calle sin riesgo, dado el caso de que Jerry no pudiese hacerlo.

Un día frío y de mucho viento, Dolly había traído a Jerry una cazuela con algo caliente y estaba de pie junto a él mientras comía. Apenas había empezado, cuando un caballero que venía hacia nosotros, muy deprisa, nos hizo señas con su paraguas. Jerry se llevó a su vez la mano al sombrero, le dio la cazuela a Dolly y, cuando ya me estaba quitando la manta, el caballero exclamó:

—No, no, amigo, termine usted su sopa; no tengo mucho tiempo que perder, pero puedo esperar a que termine usted y acompañe a su hijita hasta la acera —dicho esto, se sentó dentro del coche. Jerry le dio las gracias con amabilidad y volvió junto a Dolly.

—Ves, Dolly, ese es un caballero, un verdadero caballero, tiene tiempo para pensar en el bienestar de un pobre cochero y su hija.

Jerry terminó la sopa, ayudó a la niña a cruzar y luego el caballero le pidió que lo llevara hasta Clapham Rise. Varias veces después, el mismo caballero cogió nuestro coche de punto. Y creo que le gustaban mucho los perros y los caballos, pues siempre que lo llevábamos hasta su casa, dos o tres perros salían a su encuentro dando saltos. A veces se me acercaba y me acariciaba, diciendo con su voz tranquila y agradable:

—Tienes un buen amo, y te lo mereces.

Era muy raro que algún pasajero prestara atención al caballo que había estado trabajando para él. Yo conocía a algunas damas que de vez en cuando lo hacían, además de este caballero, así como una o dos personas más que, acariciándome, me decían cosas agradables;

pero al noventa y nueve por ciento, esto le debía parecer tan insensato como ir a acariciar la locomotora de un tren.

Este caballero ya no era joven, y tenía los hombros encorvados; sus labios eran finos y siempre los mantenía apretados, como si estuviese muy serio, aunque su sonrisa era agradable. Por la expresión de su rostro uno podía pensar que era un hombre muy decidido. Su voz era agradable y suave; cualquier caballo confiaría en esa voz, cargada también de decisión, como todo el resto de su persona.

Un día alquiló nuestro coche en compañía de otro caballero; se detuvieron en una tienda de la calle R... y él se quedó en la puerta mientras su amigo entraba. Un poco más adelante, en el lado contrario de la calle, había una carreta tirada por dos caballos muy hermosos, delante de una bodega de vino. El carretero no estaba allí con ellos, y no sabría decir cuánto tiempo llevaban esperando, pero ellos se impacientaron y empezaron a moverse. Antes de que se hubieran alejado, llegó el carretero corriendo y los alcanzó. Parecía furioso, y los azotó brutalmente con el látigo y las riendas, golpeándolos incluso en la cabeza. Nuestro caballero lo vio todo y, cruzando de prisa la calle, dijo con voz decidida:

—Si no se detiene usted inmediatamente, haré que lo detengan por abandonar a sus caballos y por su conducta brutal.

El hombre, a todas luces ebrio, soltó un torrente de insultos, pero dejó de golpear a los caballos y, tomando las riendas, se subió a la carreta. Mientras tanto, nuestro amigo se había sacado tranquilamente una libreta del bolsillo, y, mirando el nombre y la dirección pintados sobre la carreta, anotó algo.

—¿Para qué quiere eso? —rugió el carretero haciendo chasquear el látigo mientras se alejaba. Sólo recibió por respuesta un movimiento de cabeza y una sonrisa sombría.

Al volver al coche, se le unió su amigo, quien le dijo riendo:

—Pensaba, Wright, que estabas bastante ocupado con tus propios asuntos, sin necesidad de ocuparte de los sirvientes y los caballos de los demás.

Nuestro amigo permaneció inmóvil un segundo y, echando la cabeza para atrás, respondió:

—¿Sabes por qué el mundo está tan mal?

—No —contestó el otro.

—Pues te lo diré. Es porque la gente piensa sólo en sus propios asuntos, y no se molestan en defender a los oprimidos, ni en denunciar a los malhechores. Nunca dejo de hacer lo que puedo cuando veo una mala acción como esta, y muchos dueños me han dado las gracias por hacerles saber cómo trataban a sus caballos.





—Ojalá hubiera más caballeros como usted, señor —intervino Jerry—, pues hacen mucha falta en esta ciudad.

Después de esto seguimos viaje, y cuando bajaban del coche nuestro amigo iba diciendo:

—Esta es mi doctrina: si presenciamos algo cruel o malvado y está en nuestra mano evitarlo pero no lo hacemos, nos convertimos en cómplices de los culpables.

*Sam el Desaliñado*

**D**ebo decir que para ser un caballo de coche de punto, yo era muy afortunado: mi conductor era mi dueño, y era interés suyo tratarme bien, sin sobrecargarme de trabajo, aun cuando él no hubiese sido el buen hombre que era. Pero había muchos caballos que pertenecían a grandes compañías de coches de punto y eran alquilados a sus conductores por una cantidad de dinero al día. Como los caballos no les pertenecían, estos hombres sólo pensaban en amortizar la cantidad que desembolsaban por ellos; primero, para pagar al patrón, y luego, para ganarse su propio sustento, por lo que muchos de esos caballos tenían una vida verdaderamente dura. Por supuesto, yo no entendía gran cosa, pero se hablaba a menudo de ello en la parada, y el «gobernador», que era un hombre bondadoso a quien gustaban los caballos, solía protestar si alguna vez alguno venía agotado o maltratado.

Un día, un conductor de aspecto miserable y desaseado, que respondía al sobrenombre de Sam el Desaliñado, regresó con un caballo terriblemente apaleado, y el «gobernador» dijo:

—Por el aspecto de ustedes dos, tú y tu caballo mejor estarían presos en la comisaría de policía que en esta parada de coches.

El hombre echó la manta harapienta sobre su caballo, se volvió de frente al «gobernador», y con una voz que parecía casi desesperada, le dijo:

—Si la policía hubiera de tomar cartas en este asunto, sería en contra de los patrones que nos cobran tanto, o contra del precio de las carreras, que es tan bajo. Si un hombre tiene que pagar dieciocho chelines al día por un coche de punto y dos caballos, como muchos de nosotros, y tiene que recuperar esa suma antes de empezar a ganar algo para sí mismo, creo que esto es más que un trabajo duro, pues





hay que obtener nueve chelines de cada caballo antes de empezar a ganarse el sustento propio, y saben que lo que digo es cierto. Y si los caballos no trabajan, nosotros nos morimos de hambre, y mis hijos y yo ya sabemos lo que es eso. Tengo seis hijos y sólo uno gana algún dinero. Trabajo catorce o dieciséis horas al día, y no he tenido un solo día de descanso en las últimas diez o doce semanas. Como saben, Skinner no regala nunca un día si puede evitarlo, ¡y si yo no trabajo duro, díganme quién lo hace! Necesito un buen abrigo y un impermeable, pero con tantas bocas que alimentar, ¿cómo puedo conseguirlos? La semana pasada tuve que empeñar mi reloj para pagar a Skinner, y ya no lo podré recuperar jamás.

Algunos de los otros conductores rodeaban a Sam el Desaliñado, dándole la razón. Él prosiguió:

—Ustedes, que son dueños de sus coches y de sus caballos, o que trabajan para buenos patronos, tienen posibilidades de sobrevivir y de mejorar; yo no. Recuerden que no podemos cobrar más de seis peniques<sup>11</sup> por milla después de la primera milla recorrida, dentro de un radio de cuatro millas. Esta misma mañana he tenido que recorrer seis y sólo me he llevado tres chelines. No pude conseguir una carrera de vuelta, y tuve que volver vacío todo el camino. Son doce millas para el caballo, y tres chelines para mí. Después de esto, conseguí una carrera de tres millas, y el cliente llevaba maletas y baúles suficientes para haberle podido cobrar dos peniques por cada uno si los hubiera puesto sobre el techo; pero ya saben cómo es la gente: apila todo lo que puede dentro, sobre el asiento delantero. Tres baúles pesados sí los coloqué sobre el techo, por lo que me embolsé seis peniques, más un chelín y seis peniques por la carrera. Luego conseguí una carrera de vuelta por un chelín, lo que hace dieciocho millas para el caballo y seis chelines para mí. Ese caballo todavía tiene que ganar tres chelines, y otros nueve el caballo de la tarde, antes de que yo consiga un solo penique para mí. Por supuesto, no siempre es tan terrible, pero saben que a menudo sí lo es. Es una burla decirle a uno que no tiene que sobrecargar de trabajo a su caballo, y cuando un animal está agotado, sólo el látigo puede hacerlo continuar; no se puede evitar: hay que pensar en la mujer y en los hijos antes que en el caballo. Son los patronos quienes tienen que velar por el caballo, porque nosotros no podemos. Yo no maltrato a mi caballo por gusto; ninguno de vosotros puede decir que lo haga. La maldad está en otra parte: ni un solo día de descanso, ni un

<sup>11</sup>Penique. Moneda fraccionaria británica.

momento de tranquilidad con la mujer o los hijos. A menudo me siento como un anciano, aunque sólo tengo cuarenta y cinco años.

»Saben qué poco tardan algunos clientes en imaginar que los estamos estafando o les cobramos de más; ahí están, con sus monederos en la mano, contando penique a penique y mirándonos como si fuésemos carteristas. Desearía que alguno de ellos tuviese que pasarse dieciséis horas al día en lo alto de un pescante para ganarse la vida y para recuperar los dieciocho chelines, haga el tiempo que haga. Entonces no les costaría tanto darnos alguna vez seis peniques de propina, y dejarían de apilar todo el equipaje dentro del coche. Por supuesto, algunos nos dan muy buenas propinas de vez en cuando, porque si no, no podríamos vivir, pero no se puede contar con ello.

Los hombres reunidos alrededor corroboraron este discurso, y uno de ellos dijo:

—Es terriblemente duro, y si alguna vez uno de nosotros hace algo indebido, no es de extrañar; o si bebe demasiado, ¿quién puede censurarlo?

Jerry no había participado en esta conversación, pero nunca le había visto una expresión tan triste. El «gobernador» había estado todo el rato de pie, con ambas manos en los bolsillos, y ahora se sacó el pañuelo del sombrero y se limpió la frente.

—Me has convencido, Sam —dijo—, pues todo lo que dices es verdad. Ya no te vendré más con estas historias de la policía; fue la mirada del caballo lo que me empujó a ello. Es duro para el hombre, y para la bestia también, y no sé quién debe arreglarlo; pero, con todo, deberías decirle al pobre animal que sientes habérselo hecho pagar de esa manera. A veces, una palabra amable es todo lo que podemos darles a estos pobres animales, y es asombroso lo mucho que entienden.

Unas cuantas mañanas después, llegó un conductor nuevo en el coche de Sam.

—¡Eh! —exclamó uno—. ¿Qué le pasa a Sam el Desaliñado?

—Está enfermo —dijo el hombre—. Lo recogieron anoche en el patio; apenas podía arrastrarse hasta su casa. Su mujer mandó a uno de los hijos esta mañana para decir que tiene mucha fiebre y que no puede venir a trabajar, y por eso estoy yo en su lugar.

A la mañana siguiente volvió el mismo hombre.

—¿Cómo está Sam? —inquirió el «gobernador».

—Se ha ido —dijo el hombre.

—¿Cómo que se ha ido? ¿No querrás decir que ha muerto?





—Sí, sencillamente, se apagó —añadió el otro—. Murió a las cuatro de la madrugada. Ayer se pasó el día entero delirando. Deliraba sobre Skinner, y sobre el hecho de que no disfrutaba de los domingos para descansar. «Nunca tuve un domingo de descanso», fueron sus últimas palabras.

Todos permanecieron en silencio por un rato, y entonces el «gobernador» dijo:

—Les diré una cosa, compañeros: esto es un aviso para nosotros.



*Pobre Ginger*

Un día que nuestro coche esperaba junto a otros muchos a la puerta de uno de los parques de la ciudad, donde estaba tocando una banda, se acercó a nosotros un viejo carruaje desvencijado. Tiraba de él un viejo y agotado caballo, de un mal cuidado pelaje castaño y de unos huesos salientes. Entrechocaba las rodillas y tenía las patas delanteras muy inestables. Yo estaba comiendo un poco de heno, y el viento llevó en su dirección una brizna. La pobre criatura estiró su largo y delgado cuello para atraparla, y miró alrededor buscando más. No se me pasó por alto la mirada desamparada de sus ojos sin brillo, y cuando yo me estaba preguntando dónde había visto antes a ese caballo, ella me miró y me dijo:

—Belleza Negra, ¿eres tú?

¡Era Ginger! ¡Pero cómo había cambiado! Su cuello hermosamente arqueado y brillante era ahora recto, lacio y hundido; sus bellas patas bien rectas y sus tobillos finos estaban hinchados; las articulaciones se habían deformado por el duro trabajo; el rostro, antaño tan vivaracho y lleno de brío, mostraba ahora un gran sufrimiento; y al ver lo agitada que era su respiración y oír su tos frecuente, comprendí cuán mal se encontraba.

Nuestros conductores estaban juntos, un poco alejados de donde nos hallábamos, de modo que me acerqué a ella unos pasos para que pudiéramos hablar tranquilamente. Tenía una triste historia que contarme.

Tras su convalecencia de un año en Earls Hall, consideraron que ya estaba repuesta para volver al trabajo y la vendieron a un caballero. Le fue bien durante un corto tiempo, pero tras una galopada más larga que de costumbre volvió a resentirse y, después de tomar reposo





y de curarse, la volvieron a vender. Así fue cambiando de dueño varias veces, bajando siempre de categoría.

—Y por fin me compró un hombre que posee varios coches de punto y varios caballos para alquilar. Tú pareces estar bien y me alegro, pero no podría decirte cómo ha sido mi vida. Cuando descubrieron mi punto débil, dijeron que no valía lo que habían pagado por mí, y que debía tirar de uno de los coches de baja categoría y trabajar a destajo. Y eso es lo que hacen conmigo, golpeándome con el látigo y haciéndome trabajar sin pensar jamás en lo que yo sufro; pagaron una cantidad por mí y la tienen que recuperar, dicen. El conductor que me alquila ahora paga una gran suma al dueño todos los días, así que también tiene que recuperarla a fuerza de mi trabajo. Y así es mi vida, sin un solo día de descanso.

—Solías defenderte cuando te maltrataban —le dije.

—¡Ah! —exclamó ella—. Antaño lo hacía, pero no sirve de nada. Los hombres son más fuertes; y si son crueles y no tienen sentimientos, no hay nada que podamos hacer nosotros, sino soportarlo, soportarlo hasta el final. Ojalá llegara el final, ojalá estuviese muerta. He visto caballos muertos, y estoy segura de que no padecen dolor. Ojalá cayera muerta mientras trabajo y no me mandaran al matarife.

Yo estaba muy afectado y froté mi hocico contra el suyo, pero no podía decirle nada para consolarla. Creo que se alegraba de verme, pues me dijo:

—Tú siempre has sido mi único amigo.

Entonces su cochero llegó y, con un tirón de las riendas, la hizo retroceder y se alejó, dejándome muy entristecido.

Poco tiempo después, pasó por nuestra parada una carreta que llevaba un caballo muerto. La cabeza colgaba por fuera de la carreta, y la lengua sin vida iba goteando sangre despacio. ¡Qué ojos tan hundidos! Pero no puedo describirlos; la escena era demasiado terrible. Era un caballo de color castaño con un cuello largo y delgado, y tenía una mancha blanca sobre su frente. Creo que era Ginger; espero que lo fuera, porque entonces sus sufrimientos habrían terminado. ¡Oh! Si los hombres tuviesen mayor piedad, nos sacrificarían antes de que llegásemos a un estado tal de miseria.

*El carnicero*

**H**e sido testigo de muchas desventuras entre los caballos de Londres, y no pocas podrían haberse evitado con un poco de sentido común. A nosotros los caballos no nos importa trabajar duro si se nos trata bien. Y estoy seguro de que muchos caballos cuyos conductores son hombres bastante humildes, tienen una vida más feliz que la que yo tuve cuando solía tirar del carruaje de la condesa de W..., por mucho arnés cubierto de plata que llevara, y por buena que fuera mi comida.

Me partía el corazón ver cómo se trataba a los pequeños *poneys*, que se arrastraban bajo pesadas cargas o se tambaleaban al recibir fuertes golpes de algún muchacho cruel y ruin. Una vez vi un pequeño *poney* gris con una espesa crin y una hermosa cabeza que se parecía tanto a Merrylegs, que de no haber estado enganchado al arnés, le habría relinchado para saludarlo. Se estaba esforzando por tirar de una pesada carreta, mientras un rudo muchacho lo golpeaba brutalmente con el látigo, tirando con crueldad de su pequeña boca. ¿Podía ser acaso Merrylegs? Era idéntico a él; pero el señor Blomefield había prometido no venderlo nunca, y me parece que no habría roto su promesa. Pero este *poney* podía haber sido tan noble como Merrylegs, y probablemente pudo haber tenido también un hogar bello y feliz cuando era joven.

Me he percatado a menudo de la gran velocidad a la que se les obligaba a ir a los caballos de los carniceros, aunque no sabía el motivo, hasta un buen día en que tuvimos que esperar un rato en St. John's Wood. Había una carnicería al lado, y en eso llegó como una flecha la carreta de un carnicero. El caballo estaba sudando, agotado. Le colgaba la cabeza hacia abajo, y los vaivenes de sus costados





y sus piernas temblorosas demostraban lo rápido que había tenido que ir. El muchacho saltó a tierra, y estaba cogiendo la cesta cuando el patrón salió de la tienda muy disgustado. Después de mirar al caballo, se volvió enfadado hacia el muchacho.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no conduzcas de esta manera? Echaste a perder al último caballo fastidiándole los bronquios, y vas a echar a perder a este también. Si no fueses mi propio hijo, te despediría ahora mismo; es una vergüenza que traigas un caballo a la tienda en este estado; merecerías que te llevaran a la comisaría por tratar así a un animal; y si acabas allí, no vengas a mí a pedirme la fianza, pues te he repetido esto hasta cansarme; ten cuidado.

Mientras su padre hablaba, el muchacho había permanecido allí de pie, hosco y obstinado, pero cuando el hombre terminó, estalló furioso. No era culpa suya, era injusto, pues sólo iba de recado en recado todo el tiempo.

—Siempre me dices: «Date prisa!; ¡no te entretengas!», y cuando reparto a domicilio, uno quiere una pierna de cordero para un almuerzo temprano, y tengo que estar de vuelta con ella en un cuarto de hora. Otro cocinero se ha olvidado de encargarse la ternera, y yo tengo que ir a buscarla y volver enseguida, o la señora se enfadará; y el ama de llaves de la casa dice que vienen comensales de improvisado y que le manden inmediatamente unas costillas; y la señora del número cuatro de Crescent jamás encarga su almuerzo antes de que llegue la carne del mediodía, y todo son prisas, prisas y más prisas. Si estos señores quisiesen pensar en lo que necesitan y encargasen la carne la víspera, ¡nos evitaríamos estas discusiones!

—Desearía que así lo hiciesen —dijo el carnicero—; me ahorraría muchas preocupaciones y podría complacer a mis clientes mucho mejor si supiera de antemano lo que necesitan. Pero ¿de qué sirve hablar? ¿Quién se detiene a pensar un momento en el carnicero, o en el caballo de un carnicero? Bueno, ahora llévalo dentro y cuida bien de él; pero que sepas que este ya no sale más hoy, y si hace falta algo más, tendrás que llevarlo tú mismo en la cesta —dicho esto, el hombre entró de nuevo en la tienda y el muchacho se llevó al caballo.

Pero no todos estos jóvenes son crueles. He visto a algunos que querían tanto a su *poney* o a su burro como si fuese una mascota, y las pequeñas criaturas trabajaban para sus pequeños conductores con tanta alegría y voluntad como trabajo yo para Jerry. El trabajo puede ser duro a veces, pero una mano y una voz amigas hacen las cosas más fáciles.

Había un joven vendedor de frutas y verduras que pasaba por nuestra calle ofreciendo su mercancía. Tenía un viejo *poney*, no muy hermoso, pero era el animal más alegre y valeroso que he visto en mi vida, y era una maravilla ver lo mucho que se querían los dos. El *poney* seguía a su amo como un perrito, y cuando él se subía a la carreta, echaba a andar sin necesidad de látigo ni de orden alguna, y allá iba calle abajo, alegremente, como si hubiese acabado de salir de los establos de la reina. Jerry apreciaba al muchacho y lo llamaba «príncipe Charlie», pues decía que algún día sería el rey de los cocheros.

Acostumbraba pasar también por nuestra calle un anciano con una pequeña carreta de carbón; llevaba un sombrero de carbonero y tenía un aspecto rudo y renegrido. Él y su viejo caballo subían penosamente la calle, como dos buenos compañeros que se comprendían. El caballo llegaba ante las puertas de las casas donde habitualmente le compraban carbón al anciano, se paraba en cada una y se mantenía atento a la orden de su amo. Se oía el grito del anciano desde mucho antes de que apareciese por la calle. Yo nunca entendí lo que decía, pero los niños lo llamaban «Caaaarboonero», pues sonaba a algo parecido. Polly le compraba el carbón a él y era muy amable, y Jerry decía que era reconfortante pensar que un viejo caballo podía ser feliz a pesar de vivir en la pobreza.





## XLII

### *Las elecciones*

Una tarde, cuando entrábamos al patio de la casa, Polly salió a nuestro encuentro y dijo:

—Jerry, ha venido el señor B... a pedir tu voto, y quiere alquilar tu coche para las elecciones; volverá para que le des una respuesta.

—Pues bien, Polly, ya puedes decirle que necesitaré el coche para otro asunto; no quiero que lo llenen de grandes anuncios, y en lo que a Capitán y a Jack se refiere, obligarlos a correr de taberna en taberna para recoger a votantes medio borrachos, me parece un insulto para los caballos. No, no lo haré.

—¿Debo suponer que votarás por este caballero? Dijo que él coincidía contigo en política.

—En algunas cosas sí, pero no votaré por él, Polly. ¿Sabes cuál es su oficio?

—Sí.

—Pues un hombre que se enriquece con ese oficio puede estar bien en algunos aspectos, pero no puede saber lo que quieren los trabajadores. En conciencia, no podría mandarlo a que redactara las leyes. Me parece que se enojarán conmigo, pero cada hombre debe hacer lo que crea mejor para su país.

La mañana antes de las elecciones, Jerry me estaba enganchando al coche de punto cuando Dolly apareció en el patio, llorando, con su vestido azul y su delantal blanco manchados de fango.

—Pero ¿qué ocurre, Dolly?

—Esos chicos malos —sollozó— me han tirado fango y me han llamado hara... hara...

—La han llamado harapienza azul, padre —dijo Harry, que acudió corriendo muy enfadado—, pero les he dado una buena; ya no volverán

a insultar a mi hermana. Les he dado una paliza que recordarán. ¡Vaya pandilla de canallas naranjas, cobardes y granujas!

Jerry besó a la niña y dijo:

—Vuelve corriendo con tu madre, pequeña, y dile que creo que es mejor que te quedes hoy en casa con ella para ayudarla.

Luego se volvió hacia Harry, y le dijo en un tono serio:

—Hijo, espero que defenderás siempre a tu hermana, y le darás una buena paliza a cualquiera que la insulte, como debe ser. Pero recuerda que no toleraré que se hable de estos canallas y de estas elecciones en mi casa. Hay tantos canallas azules como naranjas; y tantos blancos como morados o de cualquier otro color, y no toleraré que nadie de mi familia se vea envuelto en ello. Incluso las mujeres y los niños están dispuestos a pelearse por un color, y muy pocos saben lo que significa.

—Pero, papá, yo pensaba que el azul significaba la libertad.

—Hijo mío, la libertad no tiene que ver con ningún color, estos sólo simbolizan a los partidos; y toda la libertad que puedes conseguir de ellos es la libertad de emborracharte a costa de otros, libertad de ir a las casas de apuestas en un viejo coche de punto mugriento, libertad de abusar de cualquiera que no lleve tu mismo color, y la libertad de quedarte ronco vitoreando algo que ni siquiera entiendes del todo. ¡Esa es la libertad que te dan!

—Papá, tú debes estar bromeando.

—No, Harry, estoy hablando en serio, y me avergüenza cómo siguen actuando algunos hombres, cuando saben cómo están las cosas. Las elecciones son un asunto muy serio; por lo menos, así debería ser, y cada hombre debería votar según le dicte su conciencia, y dejar que su vecino haga lo mismo.





### XLIII

#### *Una amiga necesitada*

**P**or fin llegó el día de las elecciones, y a Jerry y a mí no nos faltó trabajo. Primero se acercó un corpulento caballero con una maleta y pidió que lo trasladáramos a la estación de Bishopsgate. Luego nos detuvo un grupo de personas que querían ir a Regent's Park. Después tuvimos que ir a una calle donde nos aguardaba una tímida anciana que deseaba ser conducida al banco; una vez allí, tuvimos que esperar para llevarla de regreso, y justo cuando acababa de bajarse, llegó corriendo un hombre con el rostro colorado que llevaba unos papeles. Antes de que Jerry hubiese tenido tiempo de bajar, abrió la puerta, se metió dentro del coche de un salto y exclamó:

—¡A la comisaría de la calle Bow, rápido!

Así que para allá fuimos, y cuando regresamos tras una o dos carreras más, no había nadie en la parada. Jerry me puso el morral, diciéndome:

—En días como este, hay que comer cuando se pueda; así que ponte a comer, Jack, y que te aproveche.

Vi que tenía una buena ración de papilla de avena y salvado; un festín siempre, y ese día era especialmente refrescante. Jerry era muy atento y bondadoso. ¿Qué caballo no daría lo mejor de sí mismo por un amo como él? Luego sacó uno de los pasteles de carne que le había preparado Polly y, colocándose junto a mí, empezó a comerlo. Las calles estaban muy concurridas, y los coches de punto que exhibían los colores de los distintos candidatos se lanzaban como flechas a través de las multitudes como si el mundo se fuera a acabar. Ese día vimos a dos personas atropelladas, y una de ellas era una mujer. ¡Los caballos, pobrecitos, no lo pasaban nada bien tampoco! Pero a los votantes que iban en los coches poco les importaba todo eso; muchos



estaban medio ebrios, y sacaban la cabeza por la ventanilla para vitarrear a los suyos cuando pasaban. Eran las primeras elecciones que yo presenciaba, y no quiero volver a hacerlo, aunque he oído que las cosas han mejorado ya.

Antes de que nos diera tiempo a comer dos bocados, pasó por la calle una pobre mujer, aún joven, que llevaba a un niño en brazos. Miraba a un lado y a otro, y parecía algo desorientada. Entonces se dirigió hacia Jerry y le preguntó si podía indicarle el camino hasta el hospital Saint Thomas, y si quedaba muy lejos de allí. Había venido esa misma mañana del campo, dijo, en una carreta que iba al mercado; no estaba al corriente de las elecciones y no conocía Londres. Tenía una orden del hospital para ingresar allí a su hijo, que lloraba y gemía débilmente.

—¡Pobre hijo mío! —dijo—. Padece mucho dolor; tiene cuatro años y apenas puede andar todavía, pero el médico dijo que si podía llevarlo al hospital, podría curarse. Por favor, señor, ¿está muy lejos? ¿Cuál es el camino?

—Pero, señora —dijo Jerry—, ¿no puede ir hasta allí caminando por entre un gentío como este! El hospital está a tres millas y ese niño pesa demasiado.

—Sí que pesa el bendito, pero yo soy fuerte, gracias a Dios, y si supiese el camino, pienso que conseguiría llegar hasta allí; por favor, indíqueme el camino.

—No puede hacerlo —insistió Jerry—. Usted y el niño pudieran ser atropellados. Mire, suba al coche y yo la llevaré sana y salva al hospital. ¿No ve que está a punto de llover?

—No, señor, no puedo aceptar eso; gracias, pero sólo tengo dinero suficiente para volver a mi casa. Por favor, indíqueme el camino.

—Escuche, señora —dijo Jerry—. Tengo mujer e hijos en mi hogar, y sé lo que siente un padre. Suba usted al coche, que la llevaré hasta allí sin cobrarle nada; me avergonzaría de mí mismo si dejara a una mujer y a un niño enfermo correr ese riesgo.

—¡Que el cielo lo bendiga! —dijo la mujer, y rompió en sollozos.

—Vamos, vamos, consuélase, mi querida señora, yo la llevaré allí enseguida; vamos, deje que la ayude a subir.

Al ir Jerry a abrir la puerta del coche de punto, aparecieron a todo correr dos hombres exhibiendo los colores de su partido en los sombreros y los ocales, y le hicieron señas.

—¡Ocupado! —gritó Jerry, pero uno de los hombres apartó a la mujer de un empujón y se subió al coche de un salto, seguido del





otro. Jerry permaneció tan impasible como un policía —. Caballeros, este coche ya está ocupado por esa dama.

—¡Dama! —dijo uno de ellos—. ¡Oh! Puede esperar; nuestro asunto es muy importante; además, entramos nosotros primero, es nuestro derecho, y aquí nos quedaremos.

Jerry les cerró la puerta con una extraña sonrisa.

—De acuerdo, caballeros, quédense todo el tiempo que les plazca; puedo esperar mientras ustedes descansan —y dándoles la espalda, se dirigió hacia la mujer, que estaba junto a mí—. Pronto se marcharán —dijo riéndose—, no se inquiete, querida señora.

Y así fue, pues cuando entendieron la astucia de Jerry salieron del coche, insultándolo de mil maneras y amenazándolo con llevarlo ante la justicia. Después de este pequeño contratiempo, nos pusimos en marcha hacia el hospital, intentando tomar por calles secundarias siempre que fuera posible. Al llegar, Jerry tocó la gran campana del hospital y ayudó a la mujer a bajar del coche.

—Mil gracias de todo corazón —dijo ella—. Yo sola no hubiera podido llegar hasta aquí.

—No tiene por qué darme las gracias, y espero que el niño mejore pronto.

Mientras ella iba hacia la puerta, Jerry dijo para sí:

—«El que reciba a un niño como este en mi nombre, me recibe a mí» —luego me acarició suavemente el cuello, que era lo que solía hacer cuando algo lo complacía.

Llovía mucho, y justo cuando nos preparábamos para abandonar el hospital, se volvió a abrir la puerta y nos llamó el portero. Nos detuvimos y bajó una dama por la escalera. Jerry pareció reconocerla enseguida; ella se retiró el velo de la cara y dijo:

—¡Barker! ¡Jeremiah Barker! ¿Es usted? Me alegro de encontrarlo aquí; era justo el amigo que necesitaba, pues es muy difícil encontrar un coche de punto hoy en esta parte de Londres.

—Servirla será un honor para mí, señora; me alegro de haber estado aquí. ¿Dónde querría que la llevara, señora?

—A la estación de Paddington, y si llegamos a tiempo, como así lo creo, me contará sobre Mary y los niños.

Llegamos a tiempo a la estación y, poniéndonos a cubierto de la lluvia, la dama permaneció un buen rato hablando con Jerry. Llegué a saber que había sido el ama de Polly, y tras preguntar largo y tendido por ella, dijo:

—¿Está contento con su oficio de cochero en invierno? Sé que Mary estuvo bastante preocupada por usted el año pasado.

—Sí, señora, lo estuvo; tuve un resfriado tenaz que me duró hasta bien entrada la primavera, y cuando trabajo hasta tarde se preocupa mucho. Sabe usted, señora, hay que trabajar a todas horas y con todos los climas, y la salud se resiente. Pero me va bastante bien, y me sentiría algo perdido si no tuviera caballos que cuidar. Me criaron para eso, y me temo que no sabría hacer bien ningún otro oficio.

—Bueno, Barker —dijo ella—, sería una verdadera lástima que ponga en riesgo su salud en este oficio, y no sólo por usted, sino también por Mary y los niños. En muchos lugares se necesitan buenos cocheros o caballerizos; si alguna vez piensa que debería dejar su oficio, hágamelo saber —luego, dándole recuerdos para Mary, le puso algo en la mano diciendo—: aquí tiene cinco chelines para cada uno de los niños. Mary sabrá cómo gastarlos.

Jerry le dio las gracias, y parecía muy contento. Después salimos de la estación, y por fin llegamos a casa; y no sé cómo estaría Jerry, pero yo, desde luego, estaba muy cansado.



*El viejo Capitán y su sucesor*

Capitán y yo éramos grandes amigos. Era un caballo noble y su compañía me resultaba muy agradable. Nunca pensé que tuviera que dejar su hogar para bajar de categoría, pero le llegó el turno, y así fue como sucedió. Yo no estuve presente, pero después me enteré de lo ocurrido.

Él y Jerry habían llevado a un grupo de personas a la gran estación de ferrocarril que hay al otro lado del puente de Londres, y en el camino de vuelta, en algún lugar entre el puente y el monumento, Jerry vio acercarse la carreta vacía del cervecero tirada por dos robustos caballos a los que el repartidor golpeaba con el látigo. Como la carreta era ligera, estos se embalaron, sin que el hombre pudiera controlarlos. Había mucho tráfico, y la carreta atropelló a una muchacha. Un segundo después se precipitaron sobre nuestro coche, arrancando las dos ruedas del coche y haciéndolo volcar. Capitán fue arrastrado en su caída, las lanzas se partieron y una de ellas se le fue a clavar en el costado. También Jerry cayó al suelo, pero sólo tuvo unas contusiones; nadie se explica cómo se salvó, y él siempre lo consideró un milagro. Cuando levantaron al pobre Capitán del suelo, encontraron que tenía muchas heridas y contusiones. Jerry lo llevó a casa con cuidado, y era muy triste ver cómo la sangre que brotaba manchaba su blanco pelaje y caía goteando por su costado y su hombro. Se demostró que el repartidor iba muy ebrio, y se le impuso una multa, y el cervecero tuvo que pagarle una indemnización a nuestro amo; pero no hubo quien pagara los daños ocasionados al pobre Capitán.

El herrador y Jerry hicieron todo lo que pudieron para aliviarle el dolor y para que se sintiera a gusto. El carruaje había de ser reparado, de modo que no salí a trabajar en varios días y Jerry no ganó nada.

La primera vez que fuimos a la parada después del accidente, el «gobernador» se acercó a ver cómo se encontraba Capitán.

—Nunca se recuperará —dijo Jerry—; por lo menos, no para mi trabajo; eso es lo que ha dicho esta mañana el herrador. Dice que tal vez valga para tirar de carretas y ese tipo de trabajo. Eso me ha disgustado mucho. ¡Tirar de carretas! He visto a qué estado se reducen los caballos con ese trabajo en los alrededores de Londres. Mi único deseo es que encerraran a todos los borrachos en un manicomio, en lugar de permitirles provocar accidentes y dañar a las personas que no beben. Si se rompieran sus propios huesos, y destrozaran sus propios carruajes, y dejaran cojos a sus propios caballos, sería asunto suyo, y tal vez los dejásemos en paz; pero a mí me parece que siempre sufren los inocentes; y luego hablan de indemnización! No hay indemnización que valga. Con toda la molestia, la preocupación, la pérdida de tiempo, además de perder a un buen caballo que es como un viejo amigo, ¿es una tontería hablar de indemnización! Si hay un diablo que me gustaría ver en el infierno, ese es el diablo de la bebida.

—Jerry —lo interrumpió el «gobernador»—, me estás vapuleando mucho, ¿sabes? No soy tan bueno como tú, de lo cual me avergüenzo; ojalá lo fuera.

—Bueno —dijo Jerry—, ¿por qué no lo dejas, «gobernador»? Eres un hombre demasiado bueno para ser esclavo de una cosa así.

—Soy un gran tonto, Jerry, pero lo intenté una vez durante dos días, y pensaba que me moría: ¿tú cómo lo conseguiste?

—Me resultó muy difícil durante varias semanas; en ese tiempo nunca me emborraché, pero sentía que no tenía control sobre mi propia persona, y cuando me asaltaba el ansia era muy duro resistirse. Me di cuenta de que uno de los dos debía ser más fuerte que el otro: el diablo de la bebida o Jerry Barker, y me dije que tenía que ser Jerry Barker, con la ayuda de Dios. Pero fue una verdadera lucha, y necesitaba toda la ayuda posible, pues hasta que no intenté romper el hábito, no me di cuenta de lo fuerte que este era. Pero Polly se esforzaba mucho para que yo me alimentara bien, y cuando me asaltaba el ansia de beber solía tomarme una taza de café, o una menta, o solía leer un poco la Biblia, y eso me ayudaba. A veces tenía que decirme a mí mismo una y otra vez: «¿Abandonar la bebida o perder mi alma? ¿Abandonar la bebida o romper el corazón a Polly?» Pero gracias a Dios, y a mi querida esposa, mis cadenas se rompieron y no he vuelto a probar una gota en diez años, ni jamás he tenido deseos.

—Tengo muchas ganas de intentarlo —dijo Grant—, pues es una lástima no ser dueño de uno mismo.





—Hazlo, «gobernador». Nunca te arrepentirás de ello, y qué ayuda sería para algunos de nuestros pobres compañeros ver que puedes pasarte sin la bebida. Sé que dos o tres de ellos querrían mantenerse alejados de la taberna si pudieran.

Al principio, Capitán pareció mejorar, pero era un caballo muy viejo ya, y sólo gracias a su maravillosa constitución y a los cuidados de Jerry había podido trabajar tanto tiempo como caballo de coche de punto; ahora estaba muy débil. El herrador dijo que podría mejorar lo bastante para poder venderlo por unas pocas libras. Pero Jerry se negó diciendo que vender un buen caballo por unas pocas libras para condenarlo a la miseria y al trabajo duro, mancharía el resto de su dinero. Pensó que lo mejor que podía hacer por su buen compañero era alojarle una bala en la cabeza para que no sufriera nunca más, pues no sabía dónde encontrarle un buen amo para lo que le quedaba de vida.

Al día siguiente de tomar esta decisión, Harry me llevó al herrador a que me pusieran herraduras nuevas. Cuando volví, Capitán ya no estaba. La familia y yo lo sentimos mucho.

Jerry tenía ahora que buscar un nuevo caballo, y pronto se enteró de uno por un conocido suyo que trabajaba de segundo caballerizo en las cuadras de un noble. Era un valioso caballo joven, pero se había desbocado, chocando con otro carruaje y lanzando a su amo por los aires. Se había herido y magullado tanto que ya no era útil para la cuadra de un noble, y el cochero tenía órdenes de venderlo en la mejor colocación posible.

—No me importa que un caballo sea fogoso —dijo Jerry—, siempre que no tenga resabios ni esté mal embocado.

—No tiene resabio alguno —dijo el hombre—, y su boca es muy sensible. Yo mismo pienso que esa fue la causa del accidente. Sabe usted, acabábamos de cortarle el pelo, hacía mal tiempo y no había hecho bastante ejercicio, de modo que cuando salió estaba muy tenso. Nuestro cochero jefe lo enganchó al arnés lo más fuerte que pudo, le puso la gamarra y el engalle, una cadenilla muy afilada y unas riendas muy cortas y tensas, colocadas en la barra inferior. Yo creo que todo aquello volvió loco al caballo, pues tenía una boca muy delicada y era muy fogoso.

—Es bastante probable. Iré a echarle un vistazo —dijo Jerry.

Al día siguiente llegó a casa Hotspur,<sup>12</sup> que así se llamaba el caballo. Era un bello caballo de pelaje castaño oscuro, sin un solo pelo

<sup>12</sup>Hotspur. Temerario.

blanco, tan alto como Capitán, de hermosa cabeza, y contaba sólo cinco años de edad. Yo lo saludé amistosamente por espíritu de camaradería, pero no le hice ninguna pregunta. La primera noche estuvo muy inquieto; en vez de tumbarse, no cesó de tirar de la cuerda de su ronzal, haciéndolo chocar contra la madera de su comedero de manera que no me dejó dormir. Sin embargo, al día siguiente, tras pasar cinco o seis horas enganchado al coche de punto, volvió sosegado y apacible. Jerry lo acariciaba y le hablaba mucho, y muy pronto los dos llegaron a entenderse. Jerry decía que con un bocado suave y mucho trabajo, se volvería manso como un corderito, y comentó que si el señor noble había perdido su caballo de cien guineas,<sup>13</sup> el cochero había ganado un buen caballo lleno de fuerza.

A Hotspur se le antojaba que trabajar de caballo de coche de tiro era un gran bajón de categoría, y no le gustaba esperar en fila en la parada, pero al final de la semana me confesó que un bocado suave y una mano suelta compensaban mucho y que, después de todo, el trabajo no era tan degradante como tener la cabeza y la cola atadas juntas a la silla. De hecho, se acostumbró bien, y Jerry estaba muy contento con él.

<sup>13</sup>Guinea. Antigua moneda inglesa. Llamada así porque el oro para hacer las monedas procedía de Guinea, en África.





**N**avidad y Año Nuevo son tiempos muy felices para algunas personas, pero para los cocheros y sus caballos no son vacaciones, aunque puedan reportar muchas ganancias. Hay tantas fiestas, bailes y lugares abiertos de diversión que hay que trabajar duro y a menudo hasta tarde. A veces, los cocheros y los caballos tienen que esperar durante horas bajo la lluvia o el hielo, pasando frío, mientras los alegres clientes bailan al son de la música. Me pregunto si las hermosas damas piensan alguna vez en el agotado cochero que aguarda sobre el pescante, y en el pobre animal que permanece en pie hasta que se le congelan las patas.

Amí ahora se me encargaba casi siempre el trabajo de noche, pues estaba acostumbrado a aguardar de pie, y Jerry temía más que Hotspur cogiera frío. Tuvimos mucho trabajo nocturno durante la semana de Navidad, y a Jerry le empeoró la tos; pero por muy tarde que llegáramos, Polly lo esperaba levantada y salía a su encuentro con el farol, ansiosa y preocupada.

En Noche Vieja tuvimos que llevar a dos caballeros a una casa situada en una de las plazas del West End. Los dejamos a las nueve en punto y nos dijeron que volviéramos a las once.

—Por tratarse de un juego de cartas —dijo uno de ellos—, tal vez usted tenga que esperar unos minutos, pero no se retrase.

Cuando el reloj dio las once llegamos a la puerta de la casa, pues Jerry era siempre puntual. El reloj dio los cuartos, uno, dos, tres, y luego dieron las doce, pero la puerta no se abrió.

El viento había estado muy cambiante, y durante el día se había alternado con rachas de lluvia, pero ahora venía acompañada de nieve que parecía caer en todas direcciones. Hacía mucho frío y no



había donde guarecerse. Jerry bajó del pescante y se acercó a mí para cubrirme un poco más el cuello con una de las mantas; luego paseó de un lado a otro, golpeando el suelo con los pies; después empezó a mover los brazos, pero como eso le provocó tos, abrió la puerta del coche y se sentó en el suelo de este, apoyando los pies en el pavimento, quedando algo resguardado. El reloj volvió a dar los cuartos, pero no vino nadie. A las doce y media tocó el timbre y preguntó al sirviente si se le necesitaría aquella noche.

—Oh, sí, por supuesto que se le necesitará —señaló el hombre—. No debe irse, pronto terminará la partida —Jerry volvió a sentarse, pero tenía la voz tan ronca que me costaba oírlo.

A la una y cuarto se abrió la puerta y salieron los dos caballeros. Se metieron en el coche sin decir una palabra y le indicaron a Jerry su destino, que estaba a unas dos millas de allí. Mis patas estaban entumecidas por el frío, y temí tropezar. Cuando los hombres salieron no se disculparon por la demora, y además se enfadaron con el precio de la carrera. Jerry nunca cobraba más de lo que debía, tampoco menos, y tu vieron que pagar por las dos horas y cuarto de espera; pero fue un dinero ganado en condiciones demasiado duras para Jerry.

Por fin llegamos a casa; apenas podía hablar y su tos era terrible. Polly no le preguntó nada, abrió la puerta y alumbró con el farol.

—¿Hay algo que yo pueda hacer? —preguntó.

—Sí, dale a Jack algo caliente y hiérveme a mí unas gachas.

Jerry pronunció estas palabras en un ronco susurro, pues apenas podía respirar, pero me cepilló como de costumbre y subió incluso al granero para traerme otro montón de paja para mi lecho. Polly me trajo una papilla caliente que hizo que me sintiera bien, y luego cerraron la puerta.

No vino nadie al día siguiente hasta bien entrada la mañana, cuando llegó Harry. Nos lavó y nos dio de comer, barrió los compartimentos y puso paja nueva como si fuera domingo. Estaba muy callado y no silbaba ni cantaba. Volvió al mediodía y nos dio de comer y de beber, y esta vez lo acompañó Dolly. Estaba llorando y, por lo que les oí decir, comprendí que Jerry estaba muy enfermo, y que el médico decía que era grave. Así pasaron dos días. La preocupación reinaba en la casa. Sólo veíamos a Harry y, de vez en cuando, a Dolly. Me parece que venía en busca de compañía, pues Polly estaba siempre con Jerry, quien debía guardar reposo absoluto.

El tercer día, cuando Harry estaba en la cuadra, llamaron a la puerta y entró el «gobernador» Grant.





—No he querido entrar en la casa, hijo —dijo—, pero quiero saber cómo está tu padre.

—Está muy mal —dijo Harry—. No puede estar peor; dicen que es una bronquitis. El médico cree que esta noche se decidirá todo.

—Eso está malo, muy malo —comentó Grant, moviendo la cabeza a un lado y al otro—. Conocí a dos hombres que murieron de eso la semana pasada, y se los llevó en muy poco tiempo. Pero mientras haya vida hay esperanza, así que no debes perder el ánimo.

—Sí —dijo Harry enseguida—, y el médico dijo que mi padre tenía más posibilidades de mejorar, porque no es bebedor. Dijo ayer que la fiebre era tan alta, que de haber sido mi padre bebedor, lo habría quemado como un pedazo de papel. Pero creo que piensa que saldrá de esta. ¿No lo cree usted, señor Grant?

El «governador» parecía no saber qué decir.

—Si hay una ley según la cual los hombres buenos deberían librarse de cosas como estas, estoy seguro de que él lo logrará, hijo; es el mejor hombre que conozco. Mañana temprano vendré a ver qué tal se encuentra.

Allí estaba a la mañana siguiente temprano.

—¿Y bien? —preguntó.

—Papá está mejor —respondió Harry—. Mamá cree que se recuperará.

—¡Gracias a Dios! —dijo el «governador»—. Ahora tienen que procurar que se encuentre siempre abrigado y que no se inquiete; también pienso que debes cuidar de los caballos. Asegúrate de que Jack se pase una o dos semanas en una cuadra caliente, y tú puedes llevarlo a dar una vuelta por la calle para que estire las patas; pero este otro caballo joven, si no trabaja, pronto estará muy nervioso y será muy difícil para ti; y cuando salga por fin, provocará un accidente.

—Eso es lo que ocurre —corroboró Harry—. Le he dado un poco de maíz, pero está tan fogoso que no sé qué hacer con él.

—Justamente —dijo Grant—. Mira, dile a tu madre que si ella está de acuerdo, vendré a buscarlo todos los días hasta que se decida otra cosa, y me lo llevaré a trabajar un buen rato, y de lo que gane le daré a tu madre la mitad, para que puedan pagar la comida de los caballos. Tu padre pertenece a una buena asociación, lo sé, pero no cubre los gastos de los caballos, y se van a morir de hambre todo este tiempo; vendré a mediodía para saber lo que ella me responde —sin esperar a que Harry le diera las gracias, se marchó.

Creo que vino a mediodía a ver a Polly, pues él y Harry fueron juntos a la cuadra, engancharon a Hotspur al arnés y se lo llevaron.

Durante una semana o algo más, estuvo sacando a Hotspur, y cuando Harry le daba las gracias o mencionaba su generosidad, lo negaba riendo, y decía que la suerte era suya, pues sus caballos necesitaban un poco de reposo, y de otra forma no lo hubieran podido tener.

Jerry fue mejorando de forma paulatina, pero el médico dijo que si quería llegar a viejo, no debía volver más al oficio de cochero. Los niños hablaron mucho entre ellos sobre lo que habrían de hacer sus padres, y sobre cómo podrían ayudar ellos a ganar algo de dinero.

Una tarde, trajeron de vuelta a Hotspur muy mojado y sucio.

—Las calles están llenas de nieve derretida —informó el «gobernador»—; vas a tener que trabajar duro para dejar a este caballo limpio y seco, hijo.

—Sí, «gobernador» —dijo Harry—. No pararé hasta que lo esté; ya sabe usted que mi padre me ha enseñado bien.

—Ojalá a todos los muchachos los hubieran enseñado como a ti —dijo el «gobernador».

Mientras Harry limpiaba con una esponja el fango de las patas y el cuerpo de Hotspur, entró Dolly con el aire de alguien que sabe algo importante.

—¿Quién vive en Fairstowe, Harry? Mamá ha recibido una carta de Fairstowe; parecía tan contenta, y corrió con la carta a ver a papá.

—¿Acaso no lo sabes? Es el nombre del lugar donde vive la señora Fowler, la antigua ama de nuestra madre, la dama con la que se encontró papá el verano pasado y nos envió cinco chelines a cada uno.

—¡Oh! La señora Fowler, claro que sé quién es. Me pregunto qué le contará a mamá en esa carta.

—Mamá le escribió la semana pasada —dijo Harry—; sabes que le dijo a papá que si alguna vez dejaba el oficio de cochero, le gustaría saberlo. Me pregunto lo que dirá en la carta. Corre a enterarte, Dolly.

Harry frotaba a Hotspur con la dedicación de un viejo mozo de cuadra.

Unos minutos después llegó Dolly a la cuadra bailando.

—¡Oh, Harry, qué maravilla! La señora Fowler dice que vayamos todos a vivir con ella. Ahora hay una casita de campo que está desocupada y que es justo lo que nos hace falta, ¡con jardín, gallinero, manzanos y todo! Su cochero se va en primavera, y ella querría que papá lo sustituyese. Hay buenas familias por allí alrededor, donde tú podrías encontrar un puesto como jardinero, o como mozo de cuadra o sirviente. Y hay una buena escuela para mí. ¡Mamá llora y ríe a la vez, y papá parece feliz!





—Qué noticia más agradable —se alegró Harry—, y justo lo que necesitamos, creo yo; es perfecto tanto para papá como para mamá. Pero yo no tengo intención de ser un lacayo con calzas apretadas y filas de botones. Seré caballero o jardinero.

Decidieron enseguida que en cuanto Jerry se repusiera lo bastante, se trasladarían al campo, y que habría que vender el carruaje y los caballos cuanto antes.

No era una buena noticia para mí, pues yo ya no era joven y no podía esperar ninguna mejora en mi condición. Desde que dejé Birtwick, nunca había sido tan feliz como con mi querido amo Jerry; pero tres años tirando de un coche de punto, aun en las mejores condiciones, minan la fuerza de uno, y sentía que ya no era el caballo que antaño había sido.

Grant dijo enseguida que se quedaría con Hotspur, y había hombres en la parada que me hubieran comprado, pero Jerry dijo que yo no habría de volver a ese trabajo con un cochero cualquiera, así que el «gobernador» prometió encontrarme un lugar donde estuviera a gusto.

Llegó el día de la partida. A Jerry no se le permitía salir todavía y no lo volví a ver desde aquella Noche Vieja. Polly y los niños vinieron a despedirse de mí.

—¡Pobre viejo Jack! ¡Mi querido Jack! Ojalá pudiéramos llevarte con nosotros —dijo, y acariciándome la crin, acercó su cara a mi cuello y me besó. Dolly estaba llorando y me besó también. Harry me acarició mucho, sin decir nada, pero parecía muy triste, y así me condujeron a mi nuevo hogar.

Quarta parte



*Jakes y la dama*

**M**e vendieron a un panadero que era también comerciante de maíz, al que Jerry conocía. Él pensaba que con esta persona tendría buena comida y un trabajo moderado. En lo primero tenía razón, y si mi amo hubiese estado siempre presente, no creo que me hubiesen cargado demasiado, pero había un capataz que siempre estaba mandando en todos y metiéndonos prisa; y a menudo, cuando yo ya estaba bien cargado, ordenaba que me pusieran algo más. Mi carretero, que se llamaba Jakes, solía decir que ya era más de lo que yo debía cargar, pero el otro siempre se imponía:

—¿Para qué hacer dos viajes cuando se puede hacer uno solo? Hay que pensar en el negocio.

Jakes, como los demás carreteros, me ponía siempre el engalle, lo cual me impedía avanzar fácilmente, y cuando llevaba allí tres o cuatro meses me di cuenta de que mis fuerzas se resentían mucho con ese trabajo.

Un día me cargaron más que de costumbre y parte del camino corría loma arriba. Empleé toda mi fuerza, pero no podía seguir avanzando y tenía que detenerme continuamente. Esto no le gustó al carretero, que empezó a golpearme cruelmente con el látigo.

—Vamos, vago —dijo—, si no quieres que te obligue yo.

Reanudé la marcha con la pesada carga y avancé penosamente unos metros; de nuevo se estrelló contra mi lomo el látigo, y otra vez luché por avanzar. El dolor que me provocaba ese gran látigo era intenso, pero mi espíritu estaba tan dolorido como mis pobres costados. Me descorazonaba que se me castigara y se me insultara cuando me estaba esforzando al máximo. Cuando me estaba azotando cruelmente





por tercera vez, vino corriendo hacia él una dama, que con una voz dulce y grave le dijo:

—Le ruego no azote más a este buen caballo, está haciendo su mayor esfuerzo y además va loma arriba.

—Si haciendo su mayor esfuerzo no consigue tirar de esta carreta, entonces tendrá que hacer un esfuerzo todavía superior; eso es todo lo que yo sé, señora —confirmó Jakes.

—¿Pero no es una carga demasiado pesada? —preguntó ella.

—Sí, sí lo es —dijo él—, pero eso no es culpa mía; el capataz llegó cuando estábamos a punto de marcharnos y ordenó que se añadiesen trescientos kilos para ahorrarnos un viaje, y yo tengo que arreglármelas lo mejor que pueda.

Estaba levantando el látigo de nuevo cuando la dama dijo:

—Deténgase, se lo ruego; creo que puedo ayudarlo si usted me lo permite.

El hombre se rió.

—Mire usted —continuó ella—, no le está dando ninguna oportunidad; no puede emplear toda su fuerza llevando la cabeza hacia atrás a causa del engalle; si usted quisiera quitárselo, estoy segura de que el caballo conseguiría subir la loma. Por favor, haga lo que le propongo —insistió de manera persuasiva—. Me complacería mucho que lo hiciera.

—Bueno, bueno —cedió Jakes con una risita—, lo que sea, si es para complacer a una dama, por supuesto. ¿Hasta dónde quiere que lo baje, señora?

—Bastante; libérole la cabeza por completo.

Me quitó el engalle y enseguida bajé la cabeza hasta la altura de las rodillas. ¡Qué alivio! Luego subí y bajé la cabeza varias veces para que desapareciera la rigidez de mi cuello.

—¡Pobrecito! Esto es lo que tú necesitabas —dijo la dama, y me acarició con su dulce mano—; y ahora, si le habla usted con suavidad y lo guía, creo que le irá mejor.

Jakes cogió la rienda.

—Vamos, Negrito.

Bajé la cabeza y apoyé todo el peso sobre mi collera; la carga se movió hacia delante, y yo tiré de ella regularmente hasta la cima de la loma; luego me detuve para recobrar el aliento.

La dama había tomado por el camino peatonal y llegó entonces a la carretera. Se acercó y me acarició de nuevo el cuello, como hacía tiempo que ya nadie me acariciaba.

—Ya ve usted que se ha mostrado dispuesto cuando le ha dado la oportunidad; se ve que es un animal de muy buen carácter, y diría



que ha conocido tiempos mejores. No le volverá a poner el engalle, ¿verdad? —Jakes estaba a punto de volver a colocarlo como antes.

—Bueno, señora, no puedo negar que el tener la cabeza libre lo ha ayudado a subir la loma, y me acordaré de ello para otra vez, se lo agradezco; pero si lo llevara sin engalle, sería el hazmerreír de todos los carreteros; es la moda, ¿sabe usted?

—¿No es mejor lanzar una buena moda que seguir una mala? —preguntó—. Muchos caballeros ya no usan el engalle; los caballos de nuestros carruajes hace quince años que ya no lo llevan, y trabajan con mucha menos fatiga que los que sí lo llevan; además —añadió, en un tono de voz muy serio—, no tenemos derecho a mortificar sin motivo a una criatura de Dios. Las llamamos bestias, y es lo que son, pues no pueden decirnos cómo se sienten, pero no sufren menos porque no puedan decir lo que sienten. Ahora no debo entretenerlo más. Buenos días —y dándome una palmadita en el cuello, se alejó con gracia por el camino y no la volví a ver más.

—Esa es una verdadera dama —se dijo Jakes—. Se dirigió a mí como si yo fuera un verdadero caballero. Haré como ella me ha indicado, por lo menos loma arriba.

Y tengo que hacerle justicia: después de esto me aflojó un poco el engalle, y para ir loma arriba, me lo quitaba. Pero las cargas seguían siendo igual de pesadas. La buena comida y el reposo suficiente le mantienen a uno la fuerza cuando el trabajo es duro, pero ningún caballo puede soportar las cargas demasiado pesadas. Me estaba agotando tanto por este motivo, que compraron un joven caballo para sustituirme.

Tal vez sea el momento de mencionar ahora cuánto sufrí por otra causa. Había oído hablar de ello a otros caballos, pero nunca lo había experimentado yo mismo. Mi cuadra estaba muy mal iluminada, sólo tenía un ventanuco muy pequeño al fondo, y la consecuencia de ello es que los compartimentos estaban casi completamente a oscuras.

Además de deprimirme, aquello me debilitó mucho la visión, y cuando de pronto me sacaban de la oscuridad a la luz del día, me dolían mucho los ojos. Varias veces tropecé en el umbral, y apenas podía ver por dónde pisaba.

Creo que de haber permanecido allí mucho tiempo, me hubiese quedado medio ciego, y eso habría sido una gran desgracia, pues he oído decir que es más seguro un caballo completamente ciego que uno con la vista imperfecta, pues suelen ser muy asustadizos. Sin embargo, me libré sin ningún daño permanente en la vista, y me vendieron a un gran propietario de coches de punto.





**J**amás olvidaré a mi nuevo amo. Tenía los ojos negros, la nariz aguileña y tantos dientes en la boca como un perro bulldog. Su voz era tan desagradable como el ruido que producen las ruedas de una carreta sobre la gravilla. Su nombre era Nicholas Skinner, y me parece que era el hombre para el que el pobre Sam el Desaliñado trabajaba.

He oído decir que hay que ver para creer; pero yo diría que hay que sentir para creer, porque, por mucho que yo hubiera visto antes, nunca supe hasta entonces la verdadera desgracia de la vida de un caballo de coche de punto.

Skinner poseía un conjunto de coches de baja categoría, y de baja categoría eran también los cocheros: él tiranizaba a los hombres, y ellos, a su vez, a los caballos. En este lugar no teníamos descanso dominical, y estábamos en pleno verano.

A veces, los domingos por la mañana, un grupo de derrochadores alquilaba un coche para todo el día; cuatro de ellos se instalaban dentro, y otro con el cochero en el pescante, y tenía que llevarlos diez o quince millas por el campo, y otras tantas de vuelta. Jamás se bajaba ninguno cuando íbamos loma arriba, por muy pronunciada que fuera la pendiente o muy caluroso el día, a no ser que el cochero temiese que yo no consiguiera avanzar, y yo estaba a veces tan febril y agotado que apenas probaba bocado. ¡Cómo añoraba la rica papilla de salvado con sal de nitro que Jerry solía darnos los sábados por la noche en los días de calor, y que nos refrescaba y nos dejaba tan contentos! Luego teníamos dos noches y un día entero de reposo ininterrumpido, y el lunes por la mañana estábamos tan descansados como un par de caballos jóvenes; pero aquí no había descanso, y mi cochero era tan tirano como su «gobernador». Tenía un látigo

brutal con algo tan afilado en la punta que a veces me hería, y con el cual me azotaba incluso bajo el vientre, haciéndolo chasquear cerca de mi cabeza. Indignidades como esa me descorazonaban por completo, pero, a pesar de todo, yo me esforzaba al máximo y no me hacía jamás de rogar, ya que, como decía la pobre Ginger, de nada servía, pues los hombres eran los más fuertes.

Mi vida era tan desdichada que, al igual que ella, sólo ansiaba caerme muerto durante mi trabajo, y poner fin así a mi desgracia. Un día, mi deseo estuvo a punto de hacerse realidad.

Llegué a la parada a las ocho de la mañana, y ya había trabajado bastante, cuando tuvimos que llevar a un cliente a la estación de ferrocarril. Como se esperaba la llegada de un gran tren, mi cochero se colocó en la fila, detrás de otros coches, para tener oportunidad de conseguir una carrera de regreso. Era un tren abarrotado de pasajeros, y cuando se llenaron todos los coches, enseguida nos llamaron. Era un grupo de cuatro personas: un hombre bravucón y parlanchín acompañado de una dama, un niño pequeño y una señorita, con un buen número de bultos y maletas. La dama y el niño se metieron en el coche, y mientras el hombre daba instrucciones para el equipaje, la señorita se acercó a mirarme.

—Papá —dijo—, estoy segura de que este pobre animal no puede llevarnos muy lejos con todo nuestro equipaje. Está débil y cansado, haz el favor de mirarlo.

—Oh, no le pasa nada, señorita —apuntó mi cochero—. Es lo bastante fuerte.

El mozo de la estación, que estaba cargando unos baúles muy pesados, propuso al caballero que tomara un coche adicional, pues había mucho equipaje.

—¿Puede o no puede su caballo con todo? —preguntó el bravucón.

—Oh, claro que puede, señor. Suba los baúles, mozo: podría tirar de más peso aún —y lo ayudó a subir un baúl tan pesado que sentí cómo se hundían los muelles del coche.

—Papá, por favor, coge otro coche más —pidió la señorita en tono suplicante—; estoy segura de que no hacemos lo correcto, estoy segura de que cometeremos una crueldad.

—Tonterías, Grace; sube de una vez, y no armes tanto revuelo. ¡Sería el colmo que un hombre de negocios tuviera que pararse a examinar cada coche de punto antes de alquilarlo! El cochero sabe lo que hace, no te quepa duda. ¡Así que sube y mantén la boca cerrada!

Mi dulce amiga tuvo que obedecer; fueron cargando baúl tras baúl, colocándolos sobre el techo del coche o sobre el pescante, junto al





cochero, hasta que por fin estuvimos listos para partir. Con su habitual tirón en las riendas, y haciendo chasquear el látigo, el cochero nos hizo salir de la estación.

La carga era muy pesada, y no había descansado ni probado bocado desde por la mañana, pero me esforcé al máximo como siempre he hecho, a pesar de la crueldad y de la injusticia.

Conseguí avanzar bien hasta que llegamos a Ludgate Hill, donde la pesada carga y el agotamiento pudieron más que yo. Luchaba por continuar, acosado por los constantes tirones de las riendas y los latigazos, cuando, en un instante y sin que yo sepa cómo ocurrió, mis cascos resbalaron y caí pesadamente al suelo sobre un costado. La caída fue tan fuerte y repentina que me quedé sin aire y completamente paralizado, y pensé que iba a morir. Oí una confusión a mi alrededor, voces altas y enojadas, y cómo bajaban el equipaje, pero todo se me antojaba un sueño. Me pareció oír esa voz dulce y compasiva que decía:

—¡Oh, pobre caballo! Es culpa nuestra.

Se acercó alguien y aflojó las correas de la brida, soltando las cinchas que me ajustaban tanto la collera. Alguien dijo:

—Está muerto. Ya nunca se levantará.

Luego oí al policía dar órdenes, pero ni siquiera abrí los ojos. Sólo acertaba a soltar un suspiro de vez en cuando. Me echaron agua fría sobre la cabeza, me vertieron un reconstituyente en la boca y me cubrieron con algo. No sé decir cuánto tiempo estuve allí tumbado, pero sentí que iba recuperando las fuerzas, mientras un hombre de voz amable me acariciaba, animándome a levantarme. Después que me dieron otro poco de reconstituyente, y tras un par de intentos, conseguí ponerme en pie a duras penas, y me llevaron despacio a una cuadra que quedaba cerca del lugar del accidente. Allí me colocaron en un compartimento con un buen lecho, y me trajeron unas gachas calientes que, agradecido, me comí.

Por la tarde ya estaba bastante recuperado, y me trajeron de vuelta a la cuadra de Skinner, donde creo que me trataron lo mejor que pudieron. Por la mañana, Skinner llegó acompañado de un herrador, que me examinó con mucha atención y dijo:

—Este caballo padece más de exceso de trabajo que de enfermedad alguna. Si pudiera usted darle un descanso de seis meses, podría volver a trabajar. Pero ahora no le queda ni un gramo de fuerza.

—Pues entonces habrá que sacrificarlo —dijo Skinner—. No tengo prados donde cuidar de los caballos enfermos. Podría recuperarse, o tal vez no. No me conviene para mi negocio. Mi intención es hacerlos

trabajar hasta que aguanten, y luego venderlos por lo que me den, al matarife o a quien sea.

—Si tuviese problemas respiratorios —dijo el herrador—, sería mejor que lo sacrificase ahora mismo, pero no los tiene; dentro de unos diez días habrá una feria de caballos. Si lo deja usted descansar y le da bien de comer, puede recuperarse un poco, y tal vez consiga ganar más de lo que vale este caballo.

Algo a regañadientes, diría yo, Skinner siguió este consejo y mandó que me alimentaran y cuidaran bien, y por suerte para mí, el caballero obedeció estas órdenes con mejor voluntad de la que tuvo su «gobernador» al darlas. Diez días de reposo absoluto, buenas raciones de heno, cereales, papillas de salvado con granos de lino hervido me mejoraron. Esas papillas eran deliciosas, y después de todo prefería vivir antes que ser sacrificado. Doce días después del accidente me llevaron a la feria que tenía lugar a unas millas en las afueras de Londres. Yo sentía que cualquier cambio sería para mí favorable, de modo que erguí la cabeza sin perder la esperanza.



*El granjero Thoroughgood y su nieto Willie*

**E**n esta feria me encontré, por supuesto, entre los caballos viejos y agotados: unos estaban cojos, otros tenían problemas respiratorios, otros eran sólo viejos, y había otros a los que, en mi opinión, hubiera sido caritativo sacrificar.

Tampoco los compradores ni los vendedores tenían mucho mejor aspecto que las pobres bestias cuyos precios discutían. Había pobres ancianos intentando comprar un caballo o un *poney* por unas pocas libras para tirar de alguna pequeña carreta para acarrear madera o carbón. Había también hombres pobres intentando vender por dos o tres libras un animal agotado, para ahorrarse el gasto de sacrificarlo. Algunos parecían totalmente endurecidos por la pobreza y las dificultades; pero había otros al servicio de los cuales yo hubiera estado dichoso de emplear las últimas fuerzas que me quedaban. Eran pobres y harapientos, pero dulces y humanos, con voces en las que yo podía confiar. Un anciano que apenas se tenía en pie manifestó un gran interés por mí, y yo por él, pero no le pareció lo bastante fuerte. ¡Qué inquietud! Reparé entonces en un hombre, con aspecto de granjero acomodado, que venía desde el mejor extremo de la feria, acompañado de un niño. El hombre era de anchas espaldas y fuertes hombros, tenía un rostro amable y sonrojado y llevaba un sombrero de ala ancha. Cuando llegó hasta donde me encontraba yo con mis compañeros, se quedó quieto y nos lanzó una mirada compasiva. Vi que su mirada se detenía sobre mí; yo conservaba aún una buena crin y una bella cola que mejoraban en algo mi aspecto. Levanté las orejas y lo miré.

—Willie, aquí tienes un caballo que ha conocido tiempos mejores.

—¡Pobrecito! —dijo el niño—. Abuelo, ¿tú crees que fue alguna vez un caballo de tiro?

—¡Oh, sí, hijo! —dijo el granjero—. Pudo haber sido lo que quisiera en su juventud; fíjate en su hocico y en sus orejas, en la forma de su cuello y de sus hombros; este caballo tiene mucha raza —alargó entonces la mano y me acarició. Yo le tendí el hocico en respuesta a su amabilidad, y el niño pasó su mano por mi cara.

—¡Pobrecito! Abuelo, mira qué bien entiende el cariño. ¿No podrías comprarlo para devolverle la juventud, como hiciste con Ladybird?

—Mi querido nieto, no puedo devolver la juventud a todos los caballos viejos; además, Ladybird, más que vieja, era una yegua agotada y maltratada.

—Abuelo, yo no creo que sea tan viejo; mira su crin y su cola. Me gustaría que le mirases la boca, y entonces me dirás; aunque esté muy delgado, no tiene los ojos hundidos como algunos caballos viejos.

El anciano granjero se echó a reír.

—¡Caramba con el muchacho! Le gustan tanto los caballos como a su abuelo.

—Pero no dejes de mirarle la boca, abuelo, y pregunta su precio; estoy seguro de que recobraré la juventud en nuestros prados.

El hombre que me había traído a la feria intervino entonces.

—El joven caballero es un verdadero entendido, señor; este caballo sólo está agotado. No es viejo y, por lo que le oí decir al veterinario, seis meses de descanso lo recuperarían del todo, pues no tiene problemas respiratorios. Lo he cuidado los últimos diez días, y nunca me he topado con un animal más agradecido y bueno que este. Merece que un caballero dé cinco libras por él para darle una oportunidad. Que me maldigan si no vale veinte la primavera que viene.

El anciano granjero se rió y el niño lo miró ansioso.

—¡Oh, abuelo! ¿No me acabas de decir que vendiste el potro por cinco libras más de lo que esperabas? Comprar este no significaría un pérdida para ti.

El granjero me palpó despacio las piernas, que estaban muy hinchadas y tensas; luego me miró la boca.

—Tendrá trece o catorce años, en mi opinión; hágale trotar un poco, ¿quiere?

Erguí mi pobre cuello delgado, alcé un poco la cola y me esforcé por levantar las patas lo mejor posible, pues las tenía muy rígidas.

—¿Cuál es el precio mínimo que aceptaría por él? —preguntó el granjero cuando regresé.

—Cinco libras, señor; ese es el precio mínimo que se ha fijado.

—Esto es especulación —dijo el anciano caballero negando con la cabeza, pero sacando a la vez su cartera despacio—. ¿Tiene algo más que hacer aquí en esta feria? —dijo, contando el dinero.





—No, señor; si quiere, puedo llevárselo a la posada.

—Hágalo, sí. Voy ahora para allá.

Avanzaron y yo los seguí. El niño apenas podía contener su satisfacción, y el anciano caballero parecía disfrutar al verlo tan contento. Me dieron de comer muy bien en la posada y luego un sirviente de mi nuevo amo me llevó tranquilamente a casa y me dejó en un gran prado que tenía un cobertizo en un extremo.

El señor Thoroughgood, pues este era el nombre de mi benefactor, dio órdenes de que me dieran heno y avena mañana y noche, y una vuelta al prado durante el día.

—Y tú, Willie —dijo—, debes vigilarlo; te lo encomiendo a ti.

El niño estaba orgulloso de su deber y se lo tomó con total seriedad. No había día que no viniera a hacerme una visita. A veces me llevaba aparte, lejos de los demás caballos, y me daba una zanahoria u otra golosina, y otras veces se quedaba junto a mí mientras me comía mis cereales. Me dedicaba siempre palabras amables y caricias y, claro, yo le tomé mucho cariño. Me llamaba «viejo compinche», pues salía a su encuentro en el campo y lo seguía a todas partes. A veces venía con él su abuelo, que siempre examinaba mis patas con atención.

—Este es el punto débil, Willie —solía decir—; pero está mejorando con tanta regularidad, que calculo que presenciaremos un cambio favorable en la primavera.

El descanso total, la buena comida, la hierba tierna y el ejercicio moderado empezaron pronto a actuar sobre mi estado y mi ánimo. De mi madre había heredado una buena constitución, y de joven nunca habían abusado de mí, así que tenía más posibilidades que otros caballos a los que se hubiera agotado antes de alcanzar toda su fuerza. Durante el invierno, mis patas mejoraron tanto que empecé a sentirme rejuvenecido. Llegó la primavera, y el señor Thoroughgood decidió probar a engancharme al faetón. Yo estaba encantado, y él y Willie me condujeron unas cuantas millas. Mis patas ya no estaban rígidas, y realicé el trabajo sin problema.

—Está rejuveneciendo, Willie; ahora debemos hacerlo trabajar moderadamente, y para cuando llegue el verano estará tan bien como Ladybird. Tiene además una boca muy hermosa, y un bonito andar; mejor, imposible.

—¡Oh, abuelo, qué contento estoy de que lo compraras!

—Yo también, hijo; pero es a ti a quien más tiene que agradecer. Ahora tenemos que buscarle un hogar tranquilo y agradable, donde sepan apreciar su valor.



*Mi último hogar*

Un día, durante el verano, el mozo me lavó y me adornó con tanto cuidado que pensé que estaba a punto de acontecer un nuevo cambio; me recortó las cejas y el pelo de las patas, me frotó los cascos con el cepillo de alquitrán, y llegó incluso a peinarme el copete. Me parece que sacó brillo al arnés más que de costumbre. Willie parecía a la vez nervioso y contento cuando se subió al carruaje con su abuelo.

—Si las damas lo aprecian —dijo el anciano caballero—, ellas quedarán satisfechas, y él también. No hay más que intentarlo.

A una milla o dos del pueblo llegamos a una bonita casa baja, que tenía en la parte delantera un césped con macizos de arbustos y un camino que llevaba hasta la puerta. Willie llamó y preguntó si estaban en casa la señorita Blomefield o la señorita Ellen. Y estaban, de modo que, mientras Willie se quedaba conmigo, el señor Thoroughgood entró en la casa. Volvió al cabo de unos diez minutos seguido de tres damas; una era alta y pálida, iba envuelta en un chal blanco y se apoyaba sobre una dama algo más joven, de ojos oscuros y semblante alegre; la otra, de porte muy majestuoso, era la señorita Blomefield. Se acercaron todas a mirarme y a hacer preguntas. Le gusté mucho a la más joven, la señorita Ellen; dijo que estaba segura de cogerme cariño, pues yo tenía cara de bueno. La dama alta y pálida dijo que se sentiría siempre nerviosa al tener que conducir un caballo que ya se había caído una vez, pues podría caerme de nuevo, y si esto ocurría, nunca se repondría del susto.

—Miren, señoritas —argumentó el señor Thoroughgood—, muchos caballos de primera categoría se han roto las rodillas por descuido de sus cocheros, sin que tuvieran ellos culpa ninguna, y por lo que veo en este caballo, ese es su caso. Pero, por supuesto, no quisiera





imponerles mi opinión. Si así lo desean, se lo pueden quedar a prueba, hasta que su cochero decida lo que opina de él.

—Nos ha dado usted siempre tan buenos consejos sobre nuestros caballos —dijo la dama majestuosa—, que sus recomendaciones son suficientes para mí, y si mi hermana Lavinia no tiene objeción, aceptaremos agradecidas su oferta de la prueba.

Se decidió entonces que me mandarían allí al día siguiente.

Por la mañana vino a buscarme un joven de aspecto elegante. Al principio parecía satisfecho, pero viendo mis rodillas dijo decepcionado:

—No pensaba, señor, que recomendaría usted a las señoritas un caballo con una imperfección como esta.

—Lo importante no es la belleza exterior, sino la interior —respondió mi amo el granjero—; se lo lleva usted sólo a prueba, y no me cabe duda de que lo someterá a una prueba justa, joven, y si no resulta tan seguro como los caballos que ha conducido usted en su vida, tráigalo de vuelta.

Me llevaron a casa, me pusieron en una cuadra cómoda, me dieron de comer y me dejaron solo. Al día siguiente, cuando el mozo me estaba limpiando la cara, dijo:

—Tiene la misma estrella que tenía Belleza Negra, y la misma alzada también. Me pregunto dónde estará ahora.

Un poco después se topó con el lugar en mi cuello donde me sangraron. En la piel había quedado una pequeña marca. Casi dio un salto, y empezó a examinarme por todas partes, hablando consigo mismo.

—Estrella blanca en la frente, una mancha blanca por encima del casco, esta pequeña cicatriz justo en ese lugar —y mirando luego sobre mi lomo continuó—: Y que me digan si estoy soñando, pero ahí está ese pequeño mechón de pelo blanco que John llamaba «la moneda de tres peniques de Belleza Negra». ¡Tiene que ser Belleza Negra! ¡Eh, Belleza, Belleza! ¿Me reconoces? ¿Reconoces al pequeño Joe Green, que casi acabó con tu vida? —y empezó a acariciarme, contentísimo.

No puedo decir que lo recordara, pues ahora se había convertido en un hombre, con patillas negras y voz grave, pero estoy seguro de que él sí me reconocía, y de que era Joe Green, y yo estaba muy contento. Le acerqué el hocico, intentando decirle que éramos amigos. Nunca vi a un hombre tan contento.

—¡Que te someta a una prueba justa! ¡Ya lo creo que lo haré! ¡Me pregunto quién fue el canalla que te rompió las rodillas, Belleza! Te deben de haber tratado muy mal en algún sitio; bueno, bueno, pues no será

culpa mía si no tienes ahora una buena vida. Ojalá estuviera aquí John Manly para verte.

Por la tarde me engancharon a un carruaje bajo y me condujeron hasta la puerta. La señorita Ellen iba a hacerme una prueba, y Green la acompañaba. Descubrí enseguida que era buena conductora, y parecía satisfecha con mis pasos. Oí a Joe hablarle de mí y decirle que estaba seguro de que era el Belleza Negra del caballero Gordon.

Cuando regresamos salieron las otras hermanas para enterarse de cómo me había portado. Les comunicó lo que acababa de decirle Joe y dijo:

—Escribiré sin falta a la señora Gordon para decirle que su caballo favorito está aquí con nosotras. ¡Qué contenta se pondrá!

Desde aquello, me engancharon al carruaje todos los días durante una semana más o menos, y como parecía ser bastante seguro, por fin la señorita Lavinia se atrevió a salir conmigo en el pequeño carruaje cerrado. Después de ello, se decidieron a quedarse conmigo, y volvieron a llamarme por mi antiguo nombre de Belleza Negra.

Llevo ya todo un año en este hogar feliz. Joe es el mejor y el más amable de los caballeros. Mi trabajo es fácil y agradable, y siento que estoy recobrando toda mi fuerza y mis ánimos. El señor Thoroughgood le dijo a Joe el otro día:

—En este hogar estará hasta que cumpla veinte años, o quizá más.

Willie habla conmigo siempre que puede, y me trata como a un amigo especial. Mis amas me han prometido que no me venderán jamás, así que no tengo nada que temer; y aquí termina mi historia. Mis tribulaciones han llegado a su fin y he encontrado un hogar. A menudo, antes de despertarme del todo, me imagino que estoy aún en el huerto, en Birtwick, a la sombra de los manzanos, junto a mis viejos amigos.





# Índice

## Primera parte

I

*Mi primer hogar/ 7*

II

*La cacería/ 9*

III

*Mi doma/ 12*

IV

*Birtwick Park/ 16*

V

*Un buen comienzo/ 19*

VI

*Libertad/ 23*

VII

*Ginger/ 25*

VIII

*Continuación del relato de Ginger/ 29*

IX

*Merrylegs/ 33*

X

*Una conversación en el huerto/ 36*

XI

*Hablando con franqueza/ 41*

XII

*Un día de tormenta/ 44*

XIII

*La marca del diablo/ 47*

XIV	
<i>James Howard/</i>	50
XV	
<i>El viejo mozo de cuadra/</i>	53
XVI	
<i>El incendio/</i>	56
XVII	
<i>Los consejos de John Manly/</i>	60
XVIII	
<i>En busca del médico/</i>	63
XIX	
<i>Simple ignorancia/</i>	66
XX	
<i>Joe Green/</i>	68
XXI	
<i>La separación/</i>	71

## Segunda parte

XXII	
<i>Earlshall/</i>	77
XXIII	
<i>Un intento de liberación/</i>	81
XXIV	
<i>Lady Anne o un caballo desbocado/</i>	84
XXV	
<i>Reuben Smith/</i>	89
XXVI	
<i>Cómo terminó todo/</i>	92
XXVII	
<i>Un descenso de categoría/</i>	95
XXVIII	
<i>Un caballo de alquiler y sus conductores/</i>	98
XXIX	
<i>Los cockneys/</i>	101
XXX	
<i>Un ladrón/</i>	106
XXXI	
<i>Un farsante/</i>	109

### Tercera parte

XXXII

*Una feria de caballos/* 115

XXXIII

*Un caballo de coche de punto londinense/* 118

XXXIV

*Un viejo caballo de batalla/* 121

XXXV

*Jerry Barker/* 125

XXXVI

*Trabajar los domingos/* 130

XXXVII

*La regla de oro/* 134

XXXVIII

*Dolly y un verdadero caballero/* 137

XXXIX

*Sam el Desaliñado/* 141

XL

*Pobre Ginger/* 145

XLI

*El carnicero/* 147

XLII

*Las elecciones/* 150

XLIII

*Una amiga necesitada/* 152

XLIV

*El viejo Capitán y su sucesor/* 156

XLV

*El Año Nuevo de Jerry/* 160

### Cuarta parte

XLVI

*Jakes y la dama/* 167

XLVII

*Tiempos difíciles/* 170

XLVIII

*El granjero Thoroughgood y su nieto Willie/* 174

XLIX

*Mi último hogar/* 177

